





Alf Manz

TANGER



OBRA S
DE
AL F M A N Z
PUBLICADAS POR
EDITORIAL ROLLAN
— : —

Colección EXTRAORDINARIA DEL OESTE

- Núm. 1.—Tiger, el Solitario. (Agotado.)
» 2.—El Espía Fantasma. (Agotado.)
» 3.—Corazón de Puma.
» 26.—Eran dos amigos.
» 28.—El Tahur.
» 30.—Yo fui esclavo.

Selecciones NEVADA

- Núm. 18.—Black, el Fugitivo.
» 21.—Caravana maldita.

Selecciones LOTO

- Núm. 5.—Tristeza de amor.
» 7.—Amor en Hollywood.
» 10.—Lucha en el alma.

Colección F. B. I

- Núm. 1.—¡Culpable! (4.^a edición.)
» 2.—La hora gris. (3.^a edición.)
» 4.—El cobarde. (2.^a edición.)
» 6.—Contra Scotland Yard.
» 11.—Shanghai.



San Bernardo, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Libros publicados:

- Núm. 1.—CULPABLE, por Alf Manz (4.^a edición)
2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz (3.^a edición.)
3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (3.^a edición.)
4.—EL COBARDE, por Alf Manz (3.^a edición.)
5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair
6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter
8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair
9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny
10.—LA REDADA, por O. C. Tavin.
11.—SHANGHAI, por Alf Manz
12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter
13.—¡SANGRE!, por Frank O. McFair
14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Siegfried Benet.
15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. C. Murphy.

En preparación:

TRAGEDIA EN BERLIN.
ALTA TRAICION.

*A la memoria de don Manuel
Rollán, el hombre que amó tanto
las tierras marroquíes y supo re-
coger cariño al sembrar afecto.*

ALF MANZ

I

NOCHE SINIESTRA



ZIM subía los peldaños de la escalera procurando no hacer ruido. Echaba de menos sus habituales babuchas, no se acomodaba a la vestimenta europea: la chaqueta le estaba estrecha por las axilas, la corbata le ahogaba y, sobre todo, los zapatos le oprimían los pies. Sacudía inconscientemente la cabeza, como si le estorbaba el sombrero flexible.

Al llegar al rellano de la escalera se detuvo unos instantes, haciendo oído: aquel piso, con su largo corredor central iluminado débilmente, se le ofrecía, solitario, silencioso, en calma. Abajo, en el vestíbulo y patio del lujoso hotel, se escuchaba el rumor de una

conversación ininteligible: el conserje estaría conversando con cualquier huésped trasnochador para matar el tedio de las horas nocturnas.

Paso a paso, con cautela, fue Azim adentrándose en el corredor, mirando de soslayo las cifras niqueladas que numeraban los cuartos; temía la posibilidad de ser descubierto por la doncella de servicio. Le aliviaba, en parte, la dureza fría del puñal agarrado dentro del bolsillo.

Cuando se aproximó a la zona más iluminada por la luz cenital, quedaron de relieve sus rasgos árabes, netamente árabes con sangre de «tuareg», brillando en sus negros ojos el relámpago del asesinato y del botín. La sombra del ala del sombrero le velaba la frente, más dejaba visibles las espesas cejas, la agresividad de su nariz aguileña, lo enjuto de las mejillas y la mancha pálida en el labio superior, contrastando con el tinte moreno de su piel.

Casi a lo último del corredor, Azim se detuvo ante una puerta, cuyo numeral se destacaba: 103. Se cercioró que del interior no brotaba ningún filo de luz. Tras aplicar el oído a la hoja de madera, y comprobar la quietud reinante en el cuarto, sacó una llave y la introdujo en el ojo de la cerradura con extremas precauciones, haciendo girar el pasador lentamente. Le temblaba el pulso y se maldijo a sí mismo: hubiese preferido enfrentarse a cinco hombres armados, en pleno desierto.

Un chasquido metálico, la llave había cumplido su misión. Empujó suavemente... y la puerta no se abrió, aun cuando él maniobraba en el picaporte. Entonces recordó la advertencia del mozo árabe del hotel, su compinche, el mismo que le había proporcionado la llave: «Todas las puertas tienen un cerrojo pequeño por dentro. Si ese kafaran[1] lo corre, tú empuja y los tornillos saltarán, porque esta tarde, mientras hacía la limpieza, los saqué, agrandé los agujeros y los volví a poner». En el fondo, Azim prefería hacer algún ruido y despertar al sentenciado a muerte; le repugnaba la idea de apuñalar a un hombre dormido, muerto ya pasajeramente por el sueño. No obstante, se le había repetido la indicación de que realizase su cometido con el máximo sigilo, como factor básico del éxito.

El obstáculo del cerrojo le obligaba fatalmente a causar algún alboroto o, al menos, a despertar a la víctima.

Volvió a meter su mano derecha en el bolsillo, y con la izquierda hizo girar el picaporte, a la vez que con el hombro del mismo lado presionaba sobre la madera. Una pequeña resistencia, un nuevo empujón amortiguado y los tornillos tuvieron que salir de sus agujeros, pues la puerta se abrió casi de par en par, y una pieza metálica rodó por el suelo de la habitación 103, en penumbra a causa del ligero resplandor lunar que penetraba por la abierta ventana.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó en inglés, con acento norteamericano, una voz ronca, a la vez que una mancha blanquecina se erguía en la cama.

Azim no dejó tiempo suficiente al recién despertado para razonar y aprestarse a la defensa; se lanzó sobre él, con el puñal en alto. Al caer el árabe en la cama, el acero se hundió en el costado izquierdo del hombre, arrancándole un grito de dolor que repercutió en la noche. El herido de muerte quiso inclinarse a la derecha, alargando un brazo, buscando algo. No le permitió Azim conseguir su propósito: otras dos veces volvió a sepultar su daga en el cuerpo de la víctima, con furor, asustado de aquel grito que pondría en conmoción a los moradores del hotel, mientras con la mano izquierda le apretaba el cuello, haciendo caso omiso de los cada vez menos violentos esfuerzos del hombre por defenderse. Éste cayó pesadamente sobre la almohada, en tanto que de su desgarrada camiseta de verano fluía la sangre a raudales, inundando sábanas y colchón. Un estertor espeluznante le estremeció los labios; los ojos, desmesuradamente abiertos, destacaban con su blancura en la oscuridad, cual si quisiesen albergar en la retina la completa visión del cobarde asesino.

En una de las sábanas limpió Azim la hoja del puñal, guardándoselo a continuación en un bolsillo de la chaqueta. Estaba excitado, nervioso; los acontecimientos no se habían desarrollado como él pensaba. Habría dado cualquier cosa porque su misión se hubiese reducido a asesinar solamente, más aún tenía que registrar la ropa de la víctima.

Corrió a la puerta, sacó la llave de la cerradura y se la guardó junto a la daga, después de cerrar por dentro. Sin atreverse a encender la luz, comprobó que sólo había un reloj de pulsera en el cajón de la mesita de noche. Sobre el cristal, un paquete de

cigarrillos, un encendedor, un vaso y un cenicero.

Iba a registrar los bolsillos de los pantalones doblados a los pies de la cama, cuando el murmullo de unos pasos y de unas voces le mantuvo inmóvil, escuchando. Algunos de los huéspedes del hotel habían oído el grito anterior. Oyóse decir en francés:

—¿Qué ha pasado? Me despertó un alarido, como si estuviesen matando a alguien.

En el mismo idioma respondió otra voz diferente, endureciendo las consonantes, seguramente proferidas por un alemán:

—Igual me ha sucedido a mí. Creo que ha sido en esta habitación; además, no sale nadie. ¡Vamos a ver! —Una pausa corta, durante la cual sonó la manilla del picaporte al girar, una oscilación de la hoja de la puerta, unos nudillos golpeando fuertemente y luego la misma voz—: Está cerrado y no contestan. Sería conveniente avisar al conserje. ¡Esto es muy extraño!

Asustado al verse cogido en la ratonera, Azim escuchaba otros tonos y acentos: los demás huéspedes estaban reuniéndose en el pasillo, alarmados también. Tenía que actuar a toda prisa.

Al otro lado de la cama, del respaldo de una silla, colgaba una chaqueta y una correa con una pistolera; a este lado se había inclinado la víctima al recibir la primera puñalada, en busca de su pistola.

No olvidando Azim las recomendaciones que se le hicieron aquella misma tarde, de comprobar que entre el forro de la ropa no existían guardados documentos, y no dándole tiempo ahora a examinarla detenidamente, se puso la chaqueta del muerto, y haciendo una pelota con la suya, la tiró encima del armario, mueble que se quedaba sin registrar.

Afuera, en el corredor, el zumbido de las voces iba en *crescendo*, y la puerta recibía llamadas cada vez más fuertes.

Dispuesto a matar, Azim tomó la pistola de la víctima y metió la primera bala del cargador en la recámara. Apuntaba contra la puerta, cuando los estridentes estampidos de una motocicleta por la calle le atrajeron a la ventana, y se encontró frente a Tángér.

La ciudad internacional mostraba las siluetas de los tejados y de las terrazas al resplandor lunar. El hormigueo de luces eléctricas y la brisa transportando el gutural sonido de una sirena en el puerto, demostraron al asesino que la vida continuaba su ritmo, ahora más

lento por ser de noche. Mientras él se hallaba acorralado, con los nervios a punto de quebrarse y una tenaza agarrotándole el corazón, otros seres dormían plácidamente, reponiendo sus fuerzas para la lucha en el nuevo día.

Abajo, la calle Foucault, solitaria, pero demasiado alumbrada para los fines fugitivos de Azim. Éste no vio otra salida más que descender como fuese. Había excesiva altura y el salto sería mortal. Volviendo junto al lecho, de un empujón arrojó el cadáver al suelo y se apoderó de las sábanas, ligándolas para formar una especie de cuerda. Ató un extremo a la falleba de la ventana; los dedos le parecieron torpes al hacer el nudo.

Con la pistola en el bolsillo de la chaqueta del asesinado, el árabe descendía a pulso por la improvisada cuerda y volvió a maldecir los zapatos que le atenazaban los pies; con estos desnudos hubiera tenido mucha más habilidad al desprenderse de la fachada y apartarse de las ventanas de los pisos inferiores.

Llegaba al final de la última sábana y aún le faltaban unos tres metros para tocar el suelo. Se dejó caer en el justo momento que dos cabezas asomaban por la ventana del huésped asesinado.

—¡A ése! ¡A ése! ¡Cogedlo! ¡Al asesino! —gritaron varias voces en diferentes idiomas.

De la esquina del bulevar Antée surgió una patrulla de la Policía Internacional, con sus cascos y uniformes caqui verdosos de los usados por la Policía Militar norteamericana.

—¡Alto! —gritó una voz autoritaria en francés.

Azim se encontraba ya corriendo a lo largo de la calle, en sentido contrario a la patrulla. Los malditos zapatos le impedían correr como él hubiese querido, y, de una ojeada atrás, observó que la Policía le perseguía, armas en mano. Hizo fuego contra ellos, empleando la pistola recién adquirida. La respuesta fue radical: sonaron cinco estampidos y cuatro proyectiles silbaron alrededor del fugitivo; el quinto le mordió el muslo derecho, haciéndole dar un traspie y proferir una exclamación en su lenguaje nativo. La Rue de la Croix se le ofreció tentadora a la derecha, y, cojeando, se internó en ella, jadeante, sudoroso y temiendo que las detonaciones atrajesen a cualquier otra patrulla.

Un cable de salvación fue tropezarse con un coche de alquiler desocupado. El conductor estaba apoyado en un guardabarros,

fumándose un cigarrillo y veía acercarse a aquel individuo cojo. Hasta él había llegado el crepitar de los estampidos, pero cuando quiso ponerse a salvo y zafarse de un compromiso, el individuo ya le estaba encañonando y amenazando en francés:

—¡Pronto, arriba! ¡Adelante, o tendré que meterte el cargador en el cuerpo!

El conductor era un pobre padre de familia y no quería dejar una legión de huérfanos. El coche, de líneas aerodinámicas — destaca la modernidad de los «taxis» en la ciudad de Tánger—, se puso en movimiento calle arriba, alejándose de la patrulla, que torcía en aquel momento la esquina.

Sonaron gritos y las armas entraron en acción.

—¡Aprisa o te mato!

A toda velocidad, el vehículo comenzó a recorrer calles y más calles, bajo las directrices que marcaba el asesino. Dejaron atrás la calle Galvani, la de la Plage, bordeando el cementerio israelita, y se acercaron a la Ciudad Vieja o Medina de Tánger, cruzando el Gran Zoco, para atravesar después la puerta de Fez hasta correr por la calle de los Siaguin, que, a aquellas altas horas de la noche, parecía aletargada con sus muchos establecimientos cerrados y sin luces.

Antes de entrar en el Zoco Chico, Azim mandó, a la vez que colocaba el frío cañón de su pistola en la nuca del conductor:

—¡Para aquí mismo! En cuanto me baje, te largas, y no se te ocurra espiarme, porque entonces...

No se hizo repetir el «chófer» la orden; apenas hubo descendido el molesto pasajero, torció el volante y regresó por el mismo camino, alejándose del ambiente terrorífico de la Ciudad Vieja durante la noche.

Sólo en Zoco Chico, Azim contempló la huida del coche hasta perderle de vista, sin soltar el arma que llevaba dentro del bolsillo. Luego dirigió una mirada en derredor, buscando algún posible transeúnte que pudiese dar a la mañana datos peligrosos a la Policía. La plaza se presentaba silenciosa y abandonada, como descansando, hasta que con la luz del amanecer sus muchos cafés se viesan animados por el bullicioso mundo de los turistas y de los espías internacionales, vigilándose unos a otros, fiscalizándose mutuamente los menores detalles de la vestimenta o la importancia de las consumiciones que hacían o escuchando de refilón las

conversaciones que mantuviesen otras personas.

Y entonces, como una sombra vacilante —acusaba de más en más la cojera—, el asesino anduvo hasta internarse por la calle del Huerco, sin más iluminación que la lunar; era una callejuela de casas bajas, sórdidas y miserables, nidos inexpugnables del vicio, del crimen y del hampa tangerino.

Renqueando caminaba Azim, sorteando y salvando las irregularidades del piso, como de persona habituada a recorrer frecuentemente aquel barrio bajo de la Medina.

La pierna le dolía y con una mano se tocaba el pantalón, pretendiendo en vano reprimir la hemorragia producida por la bala de la Policía. En su alma árabe, alma formada en las vastas extensiones del desierto, aquella soledad nocturna le obligaba a pensar en el asesinato acabado de cometer. Aún sentía el rebote de la carne a la punta aguzada de la daga, y todavía desgarraba sus oídos el hiriente lamento del norteamericano del Hotel Rex.

Sintió miedo de sí mismo y hubiera dado un fajo de billetes con tal de cruzarse siquiera con un perro rebuscador de carroña entre la basura de la calleja. Tuvo que aferrarse a la *Shahada* o acto de fe del Corán, iniciando mentalmente: «*Allah ill allah...*», para así resguardarse en las palabras de Mahoma, incitando a la lucha contra los infieles.

Con un estremecimiento de pavor oyó frente a él una exótica canción, coreada por varias voces gangosas, acompañadas del ruido de pisadas. Reaccionando y volviendo a empuñar la pistola, se refugió en el quicio de una puerta, pegado materialmente a ella. No le convenía retroceder y tampoco podía cruzarse con los ruidosos trasnochadores sin llamar la atención, dada la extrema estrechez de la calleja, que no tendría más de un metro de anchura.

Allí, conteniendo la respiración, con el arma dispuesta a actuar, aguardó unos instantes. Cinco siluetas humanas, que fueron perfilándose como marineros ingleses, a juzgar por sus uniformes y sus palabras, se acercaron y pasaron cantando y riendo alegremente, sin notar que un par de ojos asesinos les miraban desde un portal.

Al rato, la calma volvió a ser, y Azim pudo continuar su camino, cojeando más que antes y sintiendo que la sangre, en un beso viscoso, le recorría el muslo derecho. Tiraba de la pierna cual lastre

molesto y doloroso, llevaba la frente inundada de sudor y el corazón le latía desenfrenadamente. Su único consuelo era pensar que su misión había sido realizada con éxito.

Lanzando una mirada retrospectiva, convencióse de que no era seguido y, entonces, penetró en una de las ruinosas casas, bastándole con empujar una puerta entornada y decir en árabe y con voz queda:

—Soy Azim. Ya puedes cerrar, Mehmed.

Un suave rumor de ropa, el rechinar de la cerradura, y después, los pasos de dos personas subiendo una escalerilla en tinieblas; Azim delante, apoyando la mano izquierda en la pared.

Al fin, un ligero resplandor, una estrecha galería con barandal de madera y, por último, una habitación alumbrada, con la puerta entreabierta. Una lámpara de petróleo iluminaba cuatro paredes mal encaladas y sucias por toda clase de humos. Un desagradable hedor irritaba el olfato. Tres árabes, envueltos en sus albornoces y cubiertos con un rojo «*tarbuch*» rodeado de un turbante blanco, estaban sentados alrededor de un pequeño hogar, donde se calentaba una especie de tetera; fumaban en pipa, llevaban al cuello un rosario, a modo de collar. A la derecha, una mujer con vestimenta árabe y tapado su rostro por un tupido velo, que sólo dejaba al descubierto unos ojos grandes, de mirar profundo. Fue ella la que se levantó, saliendo al encuentro del agotado asesino. Le preguntó en árabe, cuajado de sonidos guturales:

—¿Qué ha sucedido, Azim? ¿Lo traes?

El aludido se dejó caer en el suelo, a la vez que respondía afirmativamente con la cabeza.

—¿Dónde lo tienes? ¡Dámelo! —ordenó ella, imperiosa e impacientemente, sin preocuparse de la mancha que oscurecía el pantalón del asesino. Éste se despojó de la chaqueta y se la entregó, diciendo:

—Ahí tiene que estar. En alguno de los bolsillos. Es la chaqueta suya.

La mujer, cuya estatura se agigantaba por lo bajo del techo, comenzó la búsqueda de algo que parecía interesarle mucho. Con manos de piel aceitunada registraba febrilmente, arrojando al suelo cuánto papel iba encontrando, sin detenerse siquiera en leerles. Entre tanto, uno de los árabes allí sentados, de bigote y barba cana,

se acercó a Azim y comenzó a lavarle la herida con agua de la tetera, a la vez que este último narraba a medio tono lo sucedido.

Uno tras otros iban siendo registrados los bolsillos exteriores e interiores de la chaqueta; al suelo fue tirada una cartera con el cuero rasgado, puestas al descubierto sus entrañas de seda. La mora profirió una exclamación colérica: los forros de la prenda cayeron hechos jirones, pero lo buscado no apareció. Con los ojos centelleantes de ira, la mora se fijó en el herido y escuchó su última parte de la aventura. No le dejó terminar.

—¡Eres una bestia, Azim! No has conseguido lo que te ordené y, además, has dejado allí pruebas suficientes para que te sigan la pista. No te bastó con armar semejante escándalo, sino que dejaste allí la chaqueta tuya, el puñal y la llave obtenida por mediación de nuestro cómplice en el hotel. ¿Has olvidado ya que esa chaqueta la compraste hace unas horas en la ropavejería de Isaac? *Maboul!*[2].

— *Uallahi*

Ma'layok!

! [3]. Creerán que soy un *kajaran*, y no un *muslim* [4]. La Policía me vio desde largo. Hice bien las cosas, aunque esa fotografía no haya aparecido. No es mía la culpa, Zoraida.

—Hiciste bien las cosas, ¿eh? —recalcó ella irónicamente, con un brillo diamantino en sus pupilas—. La Policía encontrará la chaqueta encima del armario, recorrerá todas las sastrerías y las tiendas de compraventa hasta dar con el viejo Isaac. El dará tu nombre en cuanto lo sobornen o le aprieten las clavijas, eso si no es un confidente de la Policía, que mucho me lo temo.

—No exageres las cosas, Zoraida. Esa fotografía, al no estar en manos del «yanqui», la tendrá Ricci. Podemos buscarlo y me comprometo a sacársela.

Azim argüía desesperadamente por ofrecer una solución al problema que él había dejado sin solucionar; era evidente que la autoridad de la bella mora le atemorizaba.

—De Ricci nos preocuparemos mañana —y Zoraida prosiguió, sentenciando con una frialdad inhumana—: ¡El viejo Isaac ha de morir esta misma noche! ¡Y tú te encargarás de hacerlo!

Vislumbróse una expresión de terror en Azim: se hallaba aún sobrecogido por la muerte del «yanqui» y el peligro de la persecución.

—¡No, Zoraida; yo no podré! Me es imposible andar. ¡Mira! —Y le enseñó el rojo chasponazo del proyectil, más aparatoso que peligroso.

Uno de los árabes, hasta ahora callado, formuló una petición respetuosa:

—¿No sería mejor que lo hiciese yo, Zoraida?

Su voz era grave, indicando pertenecer a un hombre de unos cuarenta años, de gran corpulencia, cuya fisonomía no podía verse por completo a causa de la cerrada capucha del jaique.

—¡Azim cometió el error, Azim debe enmendarlo! —Fue la respuesta implacable.

El moro de la barba cana intervino, conciliador:

—Mi parecer es que Abbas cumpla este servicio. Azim está herido y asustado; no lo haría bien. Si hay que castigarle, se le notificará a Adda Ben Tounes y que él decida.

—Adda mandará en nosotros, pero él está en Mostaganem y me dio poderes. ¡Yo mando aquí! —Fue la respuesta seca e iracunda de la mujer.

—Tienes razón y, aunque eres mujer, te respetamos. Tú sola vales por muchos hombres, pero...

El reconocimiento de su autoridad aplacó parcialmente a Zoraida, que al momento ordenaba a Abbas, el moro de la voz sonora:

—Será mejor que tú te encargues. Llévate a Mehmed. Antes de una hora tenéis que estar de vuelta. La casa de ese judío no presentará obstáculos. Os esperaremos para saber el resultado.

Mehmed, el vigilante de la puerta, no contaría más de veintidós años, y su cuerpo esmirriado, unido a una expresión vivaz en los ojos, le asemejaba a un monstruo fabuloso: anguila con cabeza de hurón.

Zoraida miró despreciativamente a Azim, encogido en un rincón como perro temeroso del amo, y volvió a sentarse junto al fuego, disponiéndose a servirse un vaso de té, cargado de azúcar y hierbas aromáticas, al gusto árabe.

Hubo un corto silencio, roto después por las enigmáticas palabras de la hermosa mujer:

—No podemos perder tiempo. En cuanto Ricci entregue la fotografía, continuaremos nuestra venganza.

II

DOS EXTRAÑOS PASAJEROS



los nueve días de ocurrir el asesinato en el Hotel Rex, un imponente cuatrimotor de nacionalidad británica, a juzgar por sus distintivos, descendía majestuosamente sobre la pista II del aeródromo tangerino. Ya rodando sus gruesos neumáticos por la llana superficie, la aeronave era conducida como el más dócil autobús, hasta hacer un viraje de 90 grados y quedarse inmóvil ante la puerta que conducía a la Aduana.

Descendieron veintitantos pasajeros, ansiosos de poder estirar las piernas en suelo firme. Algunos de ellos mostraban en el rostro

señales del mareo a causa de los naturales «*baches*» aéreos. Uno de los pocos que bajaron por la escalerilla, con paso seguro y diligente, fue un joven que resultaba achaparrado por su corpulencia. El cabello, rubio, y la pecosa piel le conferían un aspecto casi infantil, aumentado por la respingona y corta nariz. Su traje, de buen y amplio corte, presentaba arrugas y rodilleras, reveladoras del carácter descuidado e inquieto de su dueño. Portaba un maletín de cuero marrón claro.

Al pie de la escalerilla se detuvo un momento, recreándose en la perspectiva panorámica que le ofrecía la ciudad internacional, más que en el barullo peculiar del aeródromo, donde las voces infrahumanas de los altavoces se perdían en el aire estremecido furiosamente por las hélices y los motores de los aviones que se preparaban a despegar.

—¡Permítame! —rogó a su espalda una voz dura, metálica, en un francés deformado.

El joven de las pecas se apartó para dejar paso a un árabe de elevada estatura, cuyo moreno rostro aparecía ensombrecido por un poblado bigote de puntas caídas y una larga barba negra con algunas hebras plateadas.

Detrás de él echó a andar el joven, observando el ropaje del árabe, consistente en un aba de lino, bordado con volutas coránicas en hombros y cintura, ceñida ésta por una correa de cuero artísticamente repujada. Le entrelazaba el níveo turbante una cinta de color verde, denotadora de su calidad de *hadji*[5], y de la manga derecha del *kior* de seda verde le colgaba un rosario de pulimentadas cuentas de piedra caliza.

En los pasillos, empleados uniformados, pilotos de muy distintas nacionalidades y viajeros y más viajeros: unos, con aire indiferente, de trotamundos incansables, y otros, curioseando encogidamente, fuera de su ambiente habitual.

En las oficinas de la Policía, los pasajeros del cuatrimotor británico esperaban su turno para la presentación de documentos. El árabe contestó en su peculiar francés al funcionario:

—Jeque Suleiman bey Kefrim.

—¿Qué motivos le traen a Tánger?

—Deberes religiosos —fue la lacónica respuesta, dicha en tono acre.

Cuando le correspondió, el joven pecoso repuso:

—Sí, Edward

O'Brien,

de Dublín. Vengo en viaje de negocios. Como podrá ver por el pasaporte, me dedico a maquinaria eléctrica especialmente.

Al recoger el equipaje en la Aduana,

O'Brien

echó hacia atrás una de las maletas, dándole a alguien. Volvió la cabeza, encontrándose frente al árabe, acompañado de un mozo.

—*Excuse me, please* —se disculpó el joven, observando la altiva mirada de aquellos ojos negros que le asaeteaban, y fijándose en el cordón de un amuleto ciñendo el cuello del árabe, visible por entre el kior.

El jeque Suleiman Bey Kefrim mantuvo su serena apariencia y continuó hacia la salida, sin dignarse conceder el perdón solicitado por el aturdido infiel.

Los empleados de la Aduana insistieron en saber la causa de que una de las maletas estuviese repleta de aparatos a cada cual más raro.

—Soy representante de la Smithfield and Brothers Company, inventora de los modernos aparatos eléctricos que revolucionarán el mundo en muy pocas fechas. El mercado de Tánger es muy interesante, y éstas son unas muestras, sin ningún valor, porque no están destinadas a la venta. Como decía antes, nosotros fabricamos lo mejor de lo mejor en lo que respecta al «confort» moderno y a la investigación científica. Igualmente construimos la cocina automática, que los más poderosos microscopios. La casa Smithfield and Brothers Company será muy pronto reconocida mundialmente como la benefactora de la Humanidad. Ustedes mismos, sus mujeres, tendrán ya hecha la labor del día antes de levantarse. Nuestro lema es: «La investigación científica al servicio del “confort”». Justamente ahora...

Y a no ser por la indicación del empleado, invitándole a marcharse con sus maletas, Edward

O'Brien

hubiese desarrollado un programa completo de las maravillas producidas por la casa que representaba.

Al salir, en la explanada esperaban muchos automóviles,

bastantes de ellos con las características de alquiler. Eligió uno de éstos y, mientras el «chófer» acomodaba las maletas, tuvo ocasión de fijarse en el pasajero árabe, que había tomado también otro coche de alquiler y ordenaba en voz alta a su conductor:

—¡Hotel Rex!

Interpelando al «chófer» suyo, Edward

O'Brien

preguntó:

—¿Cuánto hay de aquí a la ciudad?

—Alrededor de los once kilómetros, señor.

—Apresúrese; he de comprar algunas cosas antes del anochecer.

¡Lléveme al Hotel Minzah!

El «taxista» dirigió una mirada furtiva al viajero, no exenta de respeto. Si se alojaba en el Minzah, no andaría escaso de dinero.

Arrancó el automóvil, enfilando la carretera hacia Tánger, cruzándose y adelantando a otros vehículos.

O'Brien

dirigió la vista a su derecha, a la lejanía del mar y, luego al frente, distinguiendo los altos edificios del moderno Tánger en lo alto de una colina. El paisaje, a su alrededor, le ofrecía lomas peladas, reseca, y chumberas erizadas de espinas.

Sólo Dios sabía los pensamientos que ocupaban su cerebro, los mismos que le obligaron a cerrar los ojos, sin dormirse, puesto que se llevaba el cigarrillo a los labios de cuando en cuando.

Abrió los párpados al penetrar en los arrabales de la ciudad internacional. Por la ventanilla de la derecha distinguió unos campos de deporte, y más adelante, en una placa leyó: «Calle de Fez». Un mundo desconocido para él se le ofreció: árabes con largos albornoces, chiquillos harapientos y de piel tostada, puestos repletos de golosinas extrañas, blancos de pantalón corto, sin duda alguna, ingleses que confundían el clima benigno de Tánger con el infierno del desierto; mujeres vestidas a la europea y moras con su típica vestimenta y la faz oculta por el velo, pero calzando zapatos de tacón alto y con gafas ahumadas, produciendo un efecto chocante para el espectador desacostumbrado. Observó también un sinnúmero de perfiles judíos.

Le causó grata impresión la plaza de Francia y, sobre todo, el bello edificio donde ondeaba la bandera tricolor.

El automóvil entró en la calle del Estatuto, deteniéndose ante la puerta del Minzah.

El Edward

O'Brien

que se apeó del coche era muy diferente al de unos momentos antes, cuando iba con los ojos cerrados; ahora volvía a ser el parlanchín viajante de sonrisa permanente.

Su entrada en el gran *hall* del lujoso hotel pasó inadvertida a los numerosos huéspedes que charlaban sentados en los sillones o entraban y salían. Había habitaciones libres y

O'Brien

eligió una del piso último, pese a la insistencia del gerente en ofrecerle otras en pisos más bajos.

—Prefiero las alturas. En guerra fui aviador y me ha quedado esa manía —aclaró el joven pecoso jocosamente.

Acompañado por un «botones» de origen moruno, subió a su habitación, no sin antes percatarse de una ojeada del ambiente del *hall* y de los dos grandes salones que a éste daban: el bar a un lado y el comedor a otro.

No habría pasado media hora, cuando

O'Brien,

llevando un traje de color crema claro, salió del hotel, caminando con aire distraído por la acera, como podía haber hecho cualquier turista, mareado del tráfico, del murmullo de conversaciones en mil idiomas y del montón de artículos heterogéneos que exhibían los escaparates de los numerosos establecimientos que hacen de Tánger una ciudad bazar, donde todo, absolutamente todo, es susceptible de comprarse y de venderse.

Al doblar una esquina se enfrentó con una parada de coches de alquiler. Se metió en uno, ordenando en francés al conductor:

—¡Al Consulado de los Estados Unidos!

Momentos más tarde corrían a lo largo de la calle de Portugal, y después, el vehículo penetró en la calle de América, deteniéndose ante la puerta del Consulado norteamericano.

La entrada precipitada de

O'Brien

fue cortada en seco por la mano ruda de un portero.

—¿A dónde va con tanta prisa?

—Quiero ver al cónsul ahora mismo.

—No son horas de visitas, señor. Y las oficinas funcionan solamente por las mañanas.

—Está aquí el cónsul, ¿sí o no?

El portero vaciló un momento antes de responder negativamente, y esto fue suficiente para que el joven supiese que el representante de los Estados Unidos se encontraba allí. Hizo ademán de desprenderse de los dedos que le sujetaban por la manga; más luego, sonriendo, sacó un billete y jugueteó con él.

—Sé que el cónsul está aquí; acaba de citarme por teléfono. Me extraña mucho que no le hayan advertido a usted. Tome, guárdeselo y anímese a decirle que un señor del Consulado inglés desea verle con urgencia.

El portero se guardó el dinero, manifestando:

—Veremos, veremos lo que se puede hacer. Pero es que el señor cónsul se enfada mucho cuando hay una visita inoportuna. Ya que usted ha sido tan «amable», trataré de que le reciba el secretario. ¡Espere un instante, caballero!

Esta indicación fue desobedecida, pues

O'Brien

iba pisándole los talones al funcionario, hasta que una puerta se cerró ante sus narices y se abrió al rato para dar paso a una joven rubia, tipo norteamericano cien por cien.

—¿Qué deseaba, señor?

—Hablar ahora mismo con el cónsul: asunto urgente, importante y confidencial. Dígale que el hijo de Churchill está aquí.

La linda muchacha se quedó un momento perpleja, dubitativa, y luego rompió a reír.

—En ese caso podrá ver a mi padre.

—¡Ah! Su padre es él... —Y el viajante paseó su mirada por el cuerpo de la joven, como si la hija de un diplomático tuviese características diferentes a las demás mujeres—. Muy interesante, señorita, y un verdadero placer. Veo que la diplomacia da frutos muy atractivos. ¿Cuál es su nombre?

—Sarah.

—Bien, Sarah, dile a tu «papi» que necesito verle enseguida, o, al menos, déjame que le hable por teléfono, si es que tenéis teléfonos interiores; nada de teléfonos conectados con la central.

Una expresión de estupor se asomó al agraciado rostro de la joven, al ser tratada con tanta familiaridad por un desconocido impertinente.

—No puede ser ni lo uno ni lo otro. Soy la secretaria particular de mi padre, y sé que no espera a nadie esta tarde —y dirigiéndose al portero, que contemplaba la escena con una mueca de asombro —: Acompañe al señor a la puerta de la calle; le hace falta tomar un poco el fresco.

—Si es en compañía tuya, con mucho gusto, encanto. Los poetas hablan y no acaban de la belleza de las noches tangerinas. Tú y la luna, ¿qué más puedo pedir a la vida, aunque no pueda hablar con el cónsul? —Y

O'Brien

puso los ojos en blanco, cómicamente.

—¡Oiga, esto no es...! —comenzó a decir el portero, cogiéndole del brazo para arrastrarle fuera de la casa.

El joven se limitó a sonreír y poner los músculos del cuerpo en tensión.

—Cuidado, no vaya usted a hacerse daño si me aprieta mucho.

Y antes de que el portero sospechase siquiera lo que le iba a suceder, se encontró con la muñeca retorcida, y rodando por el encerado suelo como una pelota.

O'Brien

continuaba sonriendo a la joven, inmutable; le había bastado con un veloz movimiento del antebrazo, un empujón y un pie colocado a tiempo y diestramente.

—Oiga: ¿qué se ha creído?... —preguntó la joven, colérica y, a la vez, admirada.

—Déjame pasar, preciosidad, voy a ver a tu padre.

—¡No me toque! Mi padre no está aquí dentro, está arriba.

El dato necesario se le había escapado impensadamente a Sarah.

Con media inclinación versallesca, de agradecimiento burlón,

O'Brien

se lanzó escaleras arriba a todo correr. Llegado al piso superior se tropezó con una doncella.

—¿Dónde está el señor?

—¿En su alcoba, señor? —repuso la muchacha inocentemente.

—¿Dónde está?

Ella señaló una de las puertas, que al momento era abierta por el viajante. En el interior, una alcoba, con dos camas gemelas. Sentada al tocador, una mujer, que parecía la hermana mayor de Sarah, y frente a la luna del armario, un hombre de unos cincuenta años, de cabello plateado, con un cigarrillo en los labios y vestido de *smoking* blanco. La mujer emitió una exclamación de sorpresa; el hombre se quedó terriblemente serio ante la presencia del intruso, el cual, sin pasar más adentro, sintiendo los pasos de sus perseguidores en la escalera, preguntó, afirmando al mismo tiempo:

—Usted es el cónsul norteamericano, ¿no?

Irreflexivamente, el hombre afirmó con la cabeza. De dos zancadas estuvo el joven a su lado, diciéndole al oído:

—Soy Edward

O'Brien,

agente especial del

F. B. I.

Vengo de Washington. Necesito hablar a solas con usted.

Hubo una mutación sorprendente en el rostro del diplomático, sus rasgos se suavizaron; había temido otro motivo en la visita del intruso a sus habitaciones particulares. Reaccionando, dijo:

—Bien; podía usted haberme avisado por teléfono. Entrar así...

—Odio el teléfono, y tengo prisa.

El cónsul dijo a su mujer, que permanecía aturdida:

—Llegaremos un poco tarde a la fiesta, Liza. Este caballero es un antiguo amigo mío, y hemos de hablar.

Con una desenvoltura rayana en el más fino cinismo, pero dentro de una línea cortés, el falso viajante se inclinó ante la dama, manifestando:

—Perdone mi intromisión, señora, y más aún estropearle durante un rato su asistencia a esa fiesta. Sarah es digna hija de usted por su belleza. Entre ella y el portero me han traído por la calle de la amargura.

Y justamente, en aquel instante, las dos personas nombradas irrumpieron en la alcoba, sofocadas e irritadas; el portero empuñando una *browning*. Les contuvo el cónsul con serenas palabras y una sonrisa:

—Cuidado, nada de tonterías. El señor es un antiguo amigo mío, muy aficionado a gastar bromas de esta clase. Puedes retirarte,

Peter. Y vosotras, esperad unos momentos, estaremos en el despacho.

Encerrados ya en el despacho oficial del cónsul, y sentados frente a frente, con una cajita de cigarrillos y unas copas sobre la mesa, comenzó la conversación, iniciándola el agente del

F. B. I.

—Desde nuestro Estado Mayor de Washington se le cablegrafió a usted de mi llegada, hace días, a raíz de notificar usted el asesinato de mi compañero Leslie Morton. Aquí estoy, todos oídos, esperando me cuente minuciosamente lo ocurrido, señor...

—Miller —indicó el diplomático, que, tras saborear el licor de la copa, empezó a narrar—: La historia es algo larga y bastante complicada, señor

O'Brien.

Hace algún tiempo el agregado militar a este Consulado, Pete Ford, un buen militar, pero demasiado joven e impulsivo, me notificó los deseos de un grupo de musulmanes ricos de esta región. Deseaban que los Estados Unidos apoyasen la independencia de todo Marruecos, sacudiéndose la protección de Francia y España. Mi obligación era transmitirlo a Washington, y así lo hice, pero informándolo en contrario, porque conozco muy bien la necesidad de esos protectorados.

—¿Cuál fue la respuesta del Departamento de Estado?

—Desechaban la petición por considerar que esos musulmanes no querían crear una nación libre y civilizada, sino volver a los tiempos feudales, ser ellos de nuevo los poderosos reyezuelos de estas tierras, tiranizando al pueblo y sumergiéndolo otra vez en la barbarie. Nuestro Departamento de Estado aconsejó disuadirlos de tal idea, y, en último caso, que expusiesen su petición al Consejo de las Naciones Unidas. Era una respuesta sabia, prudente, reconociendo que España ejerce en Marruecos un protectorado bienhechor y humano, muy distinto del ejercido por nuestros queridos primos los ingleses en otros territorios.

Hubo una corta pausa. El cónsul ordenaba los recuerdos en su memoria,

O'Brien

le escuchaba con atención. Reanudó el diplomático su narración:

—Mi agregado militar, Ford, era partidario de esos musulmanes

poderosos, y él los había alentado y apoyado en sus peticiones. Un día desapareció misteriosamente de sus oficinas en la Rue des Vignes. No volvimos a saber de él. La Policía Internacional de esta ciudad fue movilizada, pero no se encontró ninguna pista. Espías, confidentes, y hasta agentes del *Intelligence Service* británico se pusieron en movimiento, pero no consiguieron nada, nada en absoluto, fracasaron todos.

—¿También el *Intelligence Service*? —preguntó el agente especial del

F. B. I.,

con una sonrisita conejuna.

—¡También! El *Intelligence Service* está más que pasado. Es un vejstorio al lado de nuestro Federal Bureau of Investigation. Los hechos lo corroboraron, como ahora voy a contarle. Ante la falta de resultados, vino aquí uno de sus compañeros: Leslie Morton, decidido, audaz y todavía más joven que usted, pero con experiencia. Así lo demostró. A los cinco días se me presentó aquí una tarde a pedirme cinco mil dólares, para comprar un negativo de una fotografía muy interesante, según decía.

—¿Cinco mil dólares por el negativo de una fotografía? ¡Muy interesante tenía que ser!

—Verá usted. A raíz de la desaparición de mi agregado militar, se sucedieron en Tánger cinco asesinatos: aparecieron muertos misteriosamente los más principales musulmanes que deseaban la independencia de Marruecos. Otro murió en Fez y dos más en Casablanca. Morton, el compañero de usted, aseguraba aquella tarde que se trataba de una venganza, y para demostrarlo me pidió cinco mil dólares. Si le conocía usted, recordará su impaciencia por actuar, quería el dinero aquella misma tarde.

—Sí, le conocía —admitió

O'Brien

con un velo de tristeza en sus pupilas habitualmente sonrientes—. Era el hijo único del jefe del Estado Mayor del

F. B. I.

Su padre no quería que ingresase en nuestra organización, pero el muchacho se entercó y... ¡Valía mucho Leslie!... ¡Un buen amigo y un gran agente!... En Washington causó una gran sensación la noticia de su asesinato.

—¿Su padre es el jefe del Estado Mayor del
F. B. I.?

—Sí. Su padre se llama también Leslie, y es uno de los hombres de confianza de Hoover, de nuestro director. Pasó unos días terribles el pobre hombre, no tenía más cariños que su hijo y el
F. B. I.

Pero, en fin, así es la vida, y más la que nosotros llevamos: despidiéndonos para siempre de la cama cada mañana. ¿Cómo pudieron asesinarlo?

—A eso voy, pero deseo contarle a usted cuánto sucedió. De aquellos asesinatos, la Policía Internacional sólo logró apresar a uno de los criminales, un árabe. Se negó a confesar, aunque alguien le acusó de pertenecer a la secta de los addauitas. De haberse comprobado esta acusación...

—¿Quiénes son esos tipos?

El cónsul sonrió levemente, al disculparse:

—Perdone, señor

O'Brien,

olvidaba que usted no tiene por qué conocer el desarrollo de la política en el Marruecos actual. El fanatismo religioso de los musulmanes ha sido siempre una potencia peligrosa para los que ellos llaman infieles. Llevan en la medula las palabras de Mahoma incitando a la «guerra santa». Este espíritu religioso les lleva a unirse en cofradías, cada una con distintos símbolos exteriores. No hay que ser un lince para comprender lo que significa dirigir una de estas sectas. Francia, nación que posee enormes territorios en el África islámica, se decidió a consolidar su permanencia dominadora en esta parte del mundo, y así nació la secta ajauita, que ahora se llama addauita.

—Entonces. ¿Francia?...

—No; no sabe nada de nada oficialmente, pero su *Deuxième Bureau* sí lo sabe, puesto que este servicio secreto francés es quien puso a Adda Ben Tounes, un suboficial de «*spahis*». Este hombre sembró el terror entre los tibios de la secta y castigó a los que la habían abandonado por ver en ella injerencias extranjeras.

—¿Reside aquí en Tánger ese tipo? —preguntó el joven, cada vez más interesado en el relato.

—No; en Mostaganem, cerca de Orán, territorio argelino. Allí se

levanta una «*zawia*» o santuario, cuartel general, en realidad, de la secta, y centro del que parten órdenes a los prosélitos de Túnez, el Senegal, Marruecos, Oriente Medio; y hasta en nuestro Nueva York hay una «*zawia*» addauita, y también en Londres y en París. Sus tentáculos son largos y poderosos, porque su cuerpo se nutre del *Deuxième Bureau* francés. Lo curioso del caso es que a esta secta pueden pertenecer los infieles.

—¿No dice usted que los musulmanes esos son muy fanáticos?

—Ha sido una verdadera obra de arte. Adda Ben Tounes no podía introducir entre los addauitas a infieles, pero creó una rama, llamada Los Amigos del Islam, aparentemente de tipo espiritual, compuesta de aquellos que simpatizan con la cultura y la teología musulmana; claro está, los únicos infieles que entran en Los Amigos del Islam son agentes de dicho Servicio Secreto francés, que se mezclan así, indirectamente, a los árabes addauitas, miembros por derecho nato de esta «sociedad espiritual» —recalcó con ironía el cónsul.

—¿Qué opinan de esta situación los árabes de otras sectas?

—Piensan mal, pero no opinan en voz alta por temor a las represalias. El mismo Sultán de Marruecos, residente en Rabat, ordenó expulsar a los «*mokademines*» —jefecillos de la secta—, pero no lo consiguió.

—¿Cómo se les reconoce? Porque si tienen santuarios de éstos, no actuarán ocultamente.

—Actúan a plena luz. Llevan un turbante de tela blanca sobre el rojo «tarbuch», además de dejarse la barba y rodearse el cuello con un rosario. Y no se crea usted que se trata de una secta cualquiera, bárbara y desorganizada. Es una «quinta columna» en África, con sus mandos respectivos, misiones concretas de espionaje o siembra de terror, y hasta tienen emisoras de radio propia en Mostaganem para transmitir órdenes, en clave. Luchan como condenados contra lo que amenaza el dominio de Francia en el suelo africano.

—Comprendido todo, señor Miller. Los addauitas mataron a los musulmanes que solicitaron la ayuda de Estados Unidos para independizarse, hicieron desaparecer al agregado militar por haberles apoyado o por saber algo más de la cuenta y, por último, asesinaron a Leslie Morton, mi compañero, porque les seguía la pista certeramente. De esto no hay duda. Y como consecuencia,

nacen dos incógnitas a solucionar: ¿Qué ha sido de su agregado militar? ¿Qué contenía el negativo fotográfico que robaron a Morton?

—No, no creo que se lo robasen, por la sencilla razón de que aquella tarde no pude entregarle los cinco mil dólares. Había de esperar a la mañana siguiente, y él murió por la noche. Sin dinero, es seguro que no pudo hacerse con el negativo.

Hubo un corto silencio en el bien amueblado despacho del cónsul. Los dos hombres meditaban sobre lo hablado y en las consecuencias que se deducían. Fue

O'Brien

el primero en decir:

—¿No le dijo nada Morton acerca de lo que representaba en el negativo?

—Un indicio solamente: afirmaba que la fotografía sería una prueba de acusación contundente contra los addauitas, en su relación con el árabe asesino detenido, pues éste negaba su relación con la secta, pese a los «argumentos» que empleaba la Policía Internacional. Se entercaba en decir que había matado a aquel musulmán por cuestiones particulares, una deuda o cosa parecida.

—¿No han logrado arrancarle nada más?

—Fue ajusticiado a los tres días.

—¡Estúpidos! —exclamó

O'Brien

impulsivamente—. Destruyeron una pista.

—Entre nosotros —inició el cónsul, bajando el tono de voz—, creo que le juzgaron con demasiada rapidez, como si alguien tuviese interés en no darle tiempo a flaquear y hablar.

—Muy posible. Estos asuntos de tipo político levantan mucha marea. ¿Dijo Morton quién poseía el negativo?

—Dio un nombre, sí: Ricci, a todas luces, italiano. Le he hecho buscar por medio de espías y no he conseguido descubrirlo. Ha desaparecido como tragado por la tierra. Solía frecuentar una taberna de mala fama, llamada El Sable del Turco. Mucho me temo que haya corrido la misma suerte de mi agregado, Peter Ford. No se han encontrado los cadáveres.

—¿Qué ha conseguido usted saber acerca de la muerte de Morton?

—La tarde que me pidió los cinco mil dólares, salió de aquí hacia las siete, estuvo una media hora en la cafetería Port, solo; luego utilizó dos horas en nadie sabe qué, apareciendo alrededor de las diez en el hotel Rex, donde cenó, subiendo después a su habitación.

—¿No hubo testigos que diesen algún detalle sobre visitas que tuviese o llamadas telefónicas, en ese día?

—Ninguno, y es lógico: las actividades de Morton eran secretas y mal agente del

F. B. I.,

hubiese sido si alguien hubiera podido seguirle la pista.

—¿Qué habitación tenía? En su comunicación a Washington sólo decía usted que había ocurrido en el hotel Rex.

—La habitación ciento tres, en ella se encerró después de cenar, según testimonio de la doncella de servicio, a la que pidió agua fresca. A altas horas de la noche, los demás huéspedes del mismo piso fueron despertados por un grito estremecedor, salieron al corredor y al ver que la puerta del ciento tres no se abría, supusieron, certeramente, que allí había ocurrido algo. Llamaron, empujaron y la puerta estaba cerrada por dentro. Alarmada también la camarera de servicio buscó su llave maestra, la que utilizan para abrir y limpiar las habitaciones del piso mientras los huéspedes están fuera; no la tenía, le había desaparecido sin saber cómo. Cuando echaron la puerta abajo, el asesino saltaba a la calle por la ventana, mediante unas sábanas y se alejaba. Una patrulla de la Policía Internacional le disparó, logrando herirle en una pierna, pero tuvo la suerte de meterse en un coche de alquiler que le llevó al Zoco Chico perdiéndose allí la pista, en aquellas malditas callejuelas de la Medina. Los de la patrulla afirmaron que se trataba de un individuo delgado, de estatura corriente, con un traje marrón oscuro y sombrero. El «taxista» se obstina en afirmar que, pese al traje, aquel hombre no era europeo, sino árabe, porque hablaba un francés viciado.

—¿Cómo murió mi amigo Morton? —interrogó

O'Brien,

con un leve temblor en su voz.

—Fue apuñalado mientras dormía; le dio tiempo a despertarse, pero no a defenderse. Faltaba su chaqueta. Sin embargo, el asesino

no tuvo tiempo de registrar el armario ni la maleta.

—¿Se encontró algo interesante?

—Nada; ropa, unos cargadores y unos aparatos que guardo aquí, entre los que hay un revelador de huellas dactilares. Los otros no sé para qué sirven.

—Otro día les echaré una ojeada. ¿Tiene usted algo más que contarme, señor Miller? —dijo

O'Brien,

poniéndose en pie, y sacudiéndose la ceniza del pantalón.

El cónsul frunció el entrecejo, haciendo memoria. Muy lentamente notificó, como vacilando:

—Aquella misma noche ocurrieron dos crímenes más en Tánger: un contrabandista en una casa de mala reputación, y un ropavejero judío. No sé si tendrán relación con lo otro.

—Gracias, señor Miller —dijo el agente del

F. B. I.,

dirigiéndose hacia la puerta—. Si necesito ayuda, ya vendré a pedírsela.

—¿Cómo es que ha venido usted solo, señor

O'Brien?

Me deja usted preocupado. Sentí mucho lo de Morton, y ahora usted se va a lanzar...

—Sí, he venido yo solo; son muchas las misiones a cumplir para los agentes que hay... Pero, en fin, no se preocupe por mí, señor Miller. Procuraré atrancar puertas y ventanas —manifestó burlonamente el joven—. ¡Ah! Tengo pasaporte inglés, como viajante de una casa de aparatos eléctricos, y me hospedo en el Minzah. No me llame por teléfono, ni me busque para nada. Ya vendré por aquí, de vez en cuando. No quiero que nadie conozca mi nacionalidad de norteamericano, ni que he tenido una entrevista con usted.

—Tenga cuidado con la Policía Internacional. Como le cojan en alguna actividad un poco turbia, va usted a pasarlo mal, y yo no podría hacer nada.

—Ya, ya me lo imagino, señor Miller. Al salir de Washington, dejé encargada en la imprenta mi esquila funeraria —bromeó

O'Brien,

abriendo la puerta—. ¡Buenas noches! No me acompañe hasta la

salida. ¡Gracias! ¡Hasta la vista!

Si hubo casualidad o premeditación, sólo la linda Sarah Miller lo sabía: Edward

O'Brien

se tropezó con ella en el vestíbulo. La joven vestía un traje de noche, atrevidamente escotado y de líneas que moldeaban las de su cuerpo. El agente miró atrás, comprobando que el cónsul había cerrado la puerta del despacho y no le oía.

—¡Adiós, Sarah! No sabes cuánto siento no poder acompañarte esta noche. En casa tengo una habitación llena de copas por mis victorias en los campeonatos nacionales de baile, y contigo nos llevaríamos una bien grande. Oye, nena: ¿juras quererme hasta la eternidad?

Por mucha soltura que tuviese la joven, se quedó alelada, sin saber qué decir de momento. Reaccionó después, llena de cólera:

—¡Es usted un «fresco»! ¿No sabe tratar debidamente a una señorita?

—No te enfades, preciosa, porque van a salirte arrugas en el cuello. Sé que eres una señorita y que yo soy un sinvergüenza, pero si por una sonrisa tuya tuviese que «sacudirle el polvo» a tres morabitos de esos que infestan la calle, me los «merendaba» en un abrir y cerrar de ojos. ¡Adiós, corazón, no me olvides! Y recuerda que hemos de bailar muy juntitos, con el debido respeto a «papi» cónsul y a «mami» «cónsula», ¡claro está!

Sarah Miller le vio salir del vestíbulo, y no sabía si tirarle un jarrón a la nuca o sonreír.

En la puerta de salida, el portero descorrió el cerrojo con un gesto de mal humor.

—¿Te duele aún, muchacho? —preguntó

O'Brien

muy serio, en cuanto la puerta estuvo abierta—. Es que te portaste algo bruscamente conmigo, y los ingleses somos unos leones, ¿sabes? pero también perdonamos —y cogiéndole el brazo anteriormente retorcido, como si fuese a quitarle el dolor, prosiguió con igual seriedad—: Un masaje técnico te vendría bien, y yo sé hacerlo...

No continuó hablando. Cuando el portero quiso darse cuenta, estaba en el aire, cabeza abajo, para después medir el césped con la

espalda.

—¡Bruto! —Sonó la voz juvenil de Sarah, que había visto lo sucedido desde los escalones del pórtico.

—¿Bruto yo? —preguntó

O'Brien,

terriblemente amenazador, y dirigiéndose hacia la muchacha a largas zancadas.

Sarah se metió en el interior del edificio a todo correr, chillando de terror. El agente, por su parte, también retrocedió a buen paso, temiendo el primer arrebato del portero, y salió a la calle, sonriendo alegremente. El mismo se reprochaba su forma de ser, pero la sangre le hervía en las venas, pidiéndole acción. Había entrado en el

F. B. I.

en busca de aventuras, después de hacerse abogado, y en la Academia de Quantico obtuvo «sobresaliente» como «alumno bromista».

Era ya de noche. La ciudad de Tánger ofrecía su belleza exótica aumentada por la rica pedrería de los anuncios luminosos.

Apenas tuvo ocasión, el agente del

F. B. I.

tomó un coche, haciéndose llevar al hotel Minzah.

Si desea usted leer buenas novelas del Oeste
americano, compre

Selecciones NEVADA

¡Un éxito más de EDITORIAL ROLLAN!

III

EL F. B. I. ATACA



O'Brien

N cuanto estuvo

en su habitación del hotel Minzah, con la puerta bien cerrada, abrió su voluminosa maleta de viajante y de los muchos aparatos que contenía, sacó una pitillera plateada, de bastante largura. La abrió, apretando un resorte, dejando al descubierto una névea hilera de cigarrillos. Separó dos de éstos, dejando al descubierto un trozo de cable fino envuelto en hilo de seda verde. Se curvaron sus labios

con aire de satisfacción, volvió a juntar los cigarrillos, y cerró la pitillera, metiéndola a continuación en el bolsillo interior de la chaqueta.

Cerrada la maleta con llave otra vez, salió del cuarto, no sin antes palparse con la mano izquierda el faldón de la chaqueta por el mismo lado. Sintió el bulto duro de una *browning* pequeña.

O'Brien,

como casi todos los agentes especiales del

F. B. I.,

prefería el revólver, tan usado en el Oeste heroico, a las armas automáticas, porque aquél no daba nunca la desagradable sorpresa de encasquillarse cuando la vida del dueño pendía de un relámpago. Ahora llevaba un arma automática, extraplana para que nadie se la notase si se quedaba en mangas de camisa, dada la benigna temperatura de Tánger. Y el astuto agente, se hacía abrir un bolsillo en la parte izquierda posterior de los pantalones, dejando el bolsillo posterior de la derecha para la cartera, una cartera bien repleta de recortes de periódicos, hablando del último vestido de Joan Crawford. Más de una vez, encañonado por sorpresa, el enemigo le había palpado el bolsillo derecho de atrás, notando la inofensiva cartera, sin sospechar que

O'Brien

tenía la manía de no seguir la costumbre de los demás portadores de armas.

Los huéspedes del Minzah ocupaban el comedor, iluminado a todo esplendor, el agente especial atravesó el espacioso vestíbulo, saliendo a la calle del Estatuto. De nuevo tomó un coche de alquiler, ordenando al conductor, en francés:

—Deme unas vueltecitas por la ciudad, amigo, por la ciudad vieja, que me han recomendado como muy típica.

La animación esplendorosa, el bullicio enervante de las calles tangerinas, con sus escaparates vomitando raudales de luz, los lujosos coches «últimos modelos», todo era perdido para

O'Brien,

dedicado a abrir la larga pitillera plateada en la penumbra del «taxi». Dos pequeños cuerpos metálicos sacó unidos mediante el cable. Uno de ellos se lo metió en el bolsillo derecho del pantalón; el otro en el izquierdo, pasándose el cordón, tirante, por la espalda,

debajo de la chaqueta.

Guardóse la pitillera, cerró descaradamente el cristal que le separaba de la cabina del conductor y sus dedos comenzaron a tamborilear sobre una palanquita que apenas producía un leve tableteo; para un oído experto hubiese sonado a sistema Morse.

Edward

O'Brien

estaba transmitiendo radiotelegráficamente un mensaje, y usaba el aparato más curioso e interesante que conocerse pueda, recibido del laboratorio electrotécnico del

F. B. I.,

en Washington. En el bolsillo izquierdo llevaba el alimentador, y en el derecho, la emisora y el receptor. La Policía escucharía la emisión, pero nunca podría cazar a la ilegal emisora, porque cambiaba de sitio a cada momento, siendo invulnerable dentro de su barrera de transmisión en ondas ultracortas, no superiores a los tres metros.

En aquellos mismos momentos, otro aparato recogía el repunteo radiotelegráfico de

O'Brien.

Y ese otro aparato estaba manejado por el jeque Suleiman bey Kefrim, en su habitación número 73 del Hotel Rex, de Tánger.

Tenía encendida solamente la lamparilla de noche, con la ventana abierta a los ruidos callejeros, inclinado sobre la mesita y anotando en un papel los puntos, rayas y pausas que su aparato registraba. La larga barba y el descuidado bigote entrecano no disminuían el brillo de sus ojos grises, duros como el pedernal. Se había despojado del aba, y tenía arremangado el *kior* verde, mostrando los nervios de sus antebrazos morenos.

Al rato, tabaleó una vez solamente y dejó el aparato a un lado, poniéndose a traducir el mensaje, que decía así:

«Enterado datos importantes. Punto. Transfórmese.
Punto. Espere. Punto. Continúo. Punto. Dentro quince
minutos diré sitio. Punto. Atención. Punto final».

Con movimientos fáciles y veloces guardó el aparato en un fondo secreto de su maleta, volvió a cerrarla, y momentos después,

se encontraba ante el espejo. De un frasquito se vertió en la palma de la mano un líquido oleaginoso, de color verdoso, frotándose con él la barba y el bigote, hasta rociarse la piel. Y luego, comenzó a tirarse de los pelos, que se le iban desprendiendo, causándole evidente daño, a juzgar por sus mal reprimidas muecas.

Conforme operaba, iba transformándose en un hombre de mandíbula cuadrada, dura y de fisonomía viril. Tendría unos cuarenta y dos años. Seguidamente se encontró bajo el acuático cono truncado de la ducha, habiéndose frotado anticipadamente la oscura piel con el contenido de otro frasco. Su cuerpo desnudo, alto, robusto, de músculos poderosos, iba perdiendo el tinte moreno, para tomar un color más pálido, de hombre blanco.

Diez minutos más tarde, el huésped del cuarto número 73 del Hotel Rex no se parecía en nada al grave e imponente jeque Suleiman bey Kefrim. Vestido a la europea con un traje azul marino oscuro, cubierta la cabeza con un sombrero flexible de color negro, resultaba un tipo elegante, sobriamente elegante, de aire netamente inglés.

Otra vez volvió a sacar el aparato radio telegráfico, lápiz en mano.

No tuvo que esperar mucho. A los pocos minutos, rompió el silencio de la habitación el repiqueteo peculiar de la transmisión por Morse. Puntos y rayas se fueron sucediendo sobre la cuartilla de papel. El transformado jeque acusó la recepción, y pasó a traducir lo escrito. El mensaje decía textualmente:

«Le recogeré en coche cinco minutos puerta hotel suyo. Punto. Precaución. Punto. Repito. Punto. Le recogeré en coche cinco minutos puerta hotel. Punto. Asomado ventanilla. Punto. Acúseme. Punto. Sobrino. Punto final».

Tras guardar el aparato en el mismo sitio y apagar la luz, el camuflado jeque desechó el pestillo y abrió la puerta con toda clase de precauciones. El pasillo aparecía desierto. Animóse a salir furtivamente.

Cerró por fuera y, adoptando el aire de una persona que se encuentra familiarmente en un lugar, bajó la escalera, cruzándose con otros huéspedes. Si le hubiera visto la camarera de servicio,

hubiese creído se trataba de un visitante de tantos como acuden a los hoteles de importancia.

Se paseó un corto rato a lo largo de la acera del Rex, procurando no llamar la atención, y fumando un cigarrillo. Llegó un «taxi» dorado y, por la última ventanilla lateral derecha, asomó un instante la cara jovial de

O'Brien.

Antes de que el vehículo se detuviese del todo, ya adquiría velocidad, con un pasajero más.

—Oiga, «chófer», llévenos por algún sitio cercano al mar, sin prisas, ¿eh? en plan de paseo. Me han dicho que hay unas vistas maravillosas a la luz de la luna.

—Comprendido, señor —repuso el conductor—. Les llevaré por la avenida de España.

Nuevamente fue cerrado el cristal que aislaba los dos cuerpos interiores del vehículo.

—¿Qué noticias hay? —preguntó el supuesto jeque, sentado junto al agente del

F. B. I.

Su voz era armoniosa y grave a la vez, cautivando por un magnetismo especial e indefinible.

—Muchos datos, pero nada en concreto, jefe. Escuche, señor Morton: ¿quiere saber antes lo de su hijo o...?

Hubo una corta pausa en la conversación, oyéndose un suspiro de labios del jefe del Estado Mayor del

F. B. I.,

Leslie Morton. Al fin respondió:

—¿Qué ha contado el cónsul?

O'Brien

comenzó a repetir cuánto había oído al señor Miller, hablando muy junto a su superior y en tono quedo, a fin de que ninguna de sus palabras llegase a oídos del conductor, el cual estaría algo extrañado de los caprichos de su pasajero, deseoso de pasear arriba y abajo durante tanto tiempo.

Leslie Morton escuchaba sin respirar siquiera, el cigarrillo ardía en vano entre sus dedos. Cuando el agente especial llegó a la muerte del hijo de su jefe, describiendo que lo encontraron apuñalado y que había tenido tiempo de gritar, señal de que sufrió

antes de morir, sintió que la pierna izquierda de Morton temblaba contra la suya. Era evidente que el más principal lugarteniente de John Edgar Hoover, director del

F. B. I.,

sufría horriblemente en su cariño paternal, pero no dijo nada ni comentó nada. Escuchaba y escuchaba en silencio, sin bullir en el asiento, como si el coche transportase un cadáver en equilibrio. Al pasar ante un refulgente escaparate, su luz iluminó en ráfaga el rostro de Morton, y

O'Brien

pudo darse cuenta de que estaba pálido, pese a que su color natural de tez era tostado.

Cuando

O'Brien

terminó de hablar, Morton siguió callado, observando el desfile de palmeras y edificios junto al vehículo. Su pierna izquierda ya no temblaba.

O'Brien,

perdida su jovial compostura, guardaba un respetuoso silencio. Al fin dijo Morton, encendiendo un nuevo cigarrillo:

—No olvides una cosa, muchacho; mejor dicho, no debemos olvidar que nuestra obligación es destruir a nuestros enemigos, fríamente, astutamente, sin tener en cuenta ni recordar siquiera que ellos mataron a traición a un buen amigo tuyo... a mi hijo.

Esto fue cuánto habló un padre respecto a los cobardes asesinos de su hijo; cuánto su corazón sufriese y su cerebro pensase, ningún ser mortal, más que él mismo, podía saberlo.

—En cuanto los localice voy a emplearme a fondo con ellos, jefe —prometió

O'Brien,

emocionado a su pesar.

—No, muchacho, no. Calma, mucha calma; nuestro deber no es vengarnos, sino cumplir una tarea de justicia. Lo revelado por el señor Miller tiene importancia como serie de datos, pero no hay ni una sola pista que valga dos centavos. Comenzarás esta misma noche a buscar a Ricci. Si era un hombre que vendía secretos al mejor postor, estará escondido en cualquier cafetucho de mala muerte. Búscalo y exígele que te entregue ese «negativo». Y no

olvides que en Tánger se reúne la escoria humana de cien naciones. Sigue representando tu «papel» de viajante bromista y curioso, que todo lo husmea, llevado de su carácter alegre e irresponsable. Si Ricci ha muerto o desaparecido de la ciudad, perderemos la única pista; no obstante, habla con sus amigos e invítales a unas copas. Ellos sabrán algo.

—Bien, jefe. Entonces, mañana le comunicaré a primera hora el resultado de mis gestiones de esta noche.

—No emplees el teléfono, sino la pequeña emisora, y siempre estando en movimiento; has de evitar que te localicen los escuchas de la Policía. Por mi parte, voy a trasladarme de habitación, tomaré la que tuvo mi hijo, según te ha dicho el cónsul, el ciento tres. Creo que la clave del asesinato reside en el Hotel Rex. ¿Cómo lograron abrir sin mucho escándalo la puerta, que tenía el cerrojo echado? ¿Por qué la camarera perdió su llave maestra del piso?

—Sí, claro, jefe. Esos addaunitas tendrán allí varios cómplices vigilando a los huéspedes. Tenga usted cuidado, señor Morton. No se exponga. Si hay que «pegar» cinco tiros bien «pegados», avíseme a mí.

—No te preocupes por mí,
O'Brien.

Mi disfraz me preservará de mucho, y en mi calidad de árabe, podré hacer gestiones sin levantar sospechas. Así lo planeamos el director y yo. Conozco bien todo el norte de África. Durante la guerra estuve aquí dos años, con una misión especial y aprendí el árabe en varios de sus dialectos. Por estos conocimientos, accedió Hoover a que yo viniese; no quería, poniéndome el inconveniente de la muerte de mi hijo. Se pensaba que el deseo de venganza me ofuscaría los sentidos. No tengo sed de venganza, sino de justicia.

—Guárdese usted, señor Morton. Si a mí me dan un balazo, el
F. B. I.,
se queda igual; pero si usted...

—No pases cuidado por mí, muchacho. Voy bien armado y nadie podrá sospechar que no soy un *senussi*. Mi caracterización es completa. Cuando estuve en estas tierras, algunas veces me hice pasar como un santón árabe, y nadie me lo descubrió. Tú serás la acción y yo seré el timonel. Se está haciendo tarde,
O'Brien;

dile al chófer que regrese al centro de la ciudad. Estoy pensando que convendría darnos las noticias a las diez de mañana. Estoy interesado en el resultado de tus gestiones de esta noche sobre el tal Ricci. Si lo encontrásemos...

Unos minutos más tarde, Leslie Morton se apeaba del coche de alquiler en el bulevar Antée, llegando enseguida al cercano Hotel Rex.

Su entrada como un europeo de tantos, apenas si fue advertida entre el barullo de los huéspedes que tomaban café en el vestíbulo y de los otros que aguardaban mesas libres en el comedor.

En cuanto se encerró en su cuarto, el 73, comenzó a caracterizarse de nuevo para el «papel» de jeque Suleiman bey Kefrim. Nuevamente teñida su piel, fue pegándose al mentón, con mastic muy fluido, manojitos de pelos cortados de un hacecillo. Verificaba la operación con parecida destreza a la de los maquilladores de artistas de «cine». Por último, con unas tijeritas, se recortó la barba, dándole la forma anterior. De igual forma se puso el bigote. Cubierto con la vestimenta mora, bajó al *comptoir*, preguntando por el gerente del hotel.

—Escuche: tengo la habitación setenta y tres y no me gusta; está demasiado baja y el ruido de la calle me molesta cuando estoy meditando. ¿No tendría alguna más en otros pisos superiores?

El gerente quedóse un momento desconcertado, sopesando la petición un poco extraña del árabe, al que él consideraba de estirpe por su aspecto, aire altivo y un detalle muy significativo: ningún moro de poca alcurnia se hubiese atrevido a alojarse en el Rex, donde las habitaciones costaban diariamente una buena cantidad de francos.

—Pues sí, con mucho gusto trataré de complacerle —y ojeando el cuadro, y luego un libro, prosiguió diciendo—: En el piso inmediatamente superior tenemos el noventa y cinco, el noventa y ocho, el ciento tres, el ciento siete y él...

—Uno cualquiera de éstos, con tal que tenga ventana a la calle. A esa altura, creo que los ruidos no me... El mismo ciento tres, es igual —indicó el jeque Suleiman, adoptando un aire de indiferencia.

Acompañado de un «botones», el jeque se trasladó a la habitación 103 con su equipaje. Seguidamente llamó a la camarera de servicio, ordenándole le sirviesen la cena en la habitación. Se

quedó mirando disimuladamente a la mujer, mientras ella arreglaba la ropa de la cama. La doncella tendría cincuenta años, alta, delgada, con la cara llena de arrugas y un gesto avinagrado que invitaba a pocas preguntas, pese a que ella intentaba mostrarse atenta y servicial, en busca de la gratificación en el día de la partida. Morton, en su «papel» de jeque, no quiso perder tiempo, y mientras ella arreglaba el embozo de la sábana, dijo:

—¿Es usted la camarera de noche o todavía no la han relevado?

—Soy yo, señor; entro a las nueve y media.

—En ese caso, le advierto que deseo cenar siempre en la habitación. Le entregaré una lista de lo que deseo, porque ya sabrá que a nosotros nos están vedados ciertos alimentos. Y como estoy acostumbrado a que se me sirva bien y pronto, tome esto. ¡Vamos, tómelo!

Más que sorprendida, la mujer se guardó los billetes y hasta dedicó una sonrisa al huésped.

Fue mientras ella le servía la cena. Suleiman no había dejado entrar al camarero, cuando comenzó el diálogo, dando pie la propia mujer, en su afán de mostrarse amable con el generoso huésped.

—Yo que usted me cambiaría de habitación, señor, claro que en este mismo piso, está por completo a mi cuidado.

—¿Por qué habría de cambiarme? Me parece una buena habitación —manifestó, con aire inocente, el jeque.

—La Dirección nos ha prohibido hablar de esto a los huéspedes, pero es que, al entrar, lo recuerdo.

—¿Qué sucedió? —preguntó Morton, simulando indiferencia, sin dejar de comer.

—¡Horrible, horrible! Mataron a un joven hace unos días. Desde entonces no pienso más que en eso, y creo ser la culpable.

—¿Lo mató usted?

—¡No, por Dios! Ocurrió así: estaba yo haciendo mi guardia, en el ropero, medio dormida, cuando oí voces en el pasillo. Me asomé y los huéspedes me dijeron haber oído un grito en esta habitación. La puerta estaba cerrada. Me eché la mano al bolsillo, en busca de la llave que abre todas las puertas a mi cuidado, y se me había perdido no sé cuándo ni cómo. Subió el conserje y echaron la puerta abajo. En el suelo, junto a la cama, estaba muerto el americano. Por la ventana vimos correr a un hombre por la calle, y aunque la

Policía le persiguió, no pudieron cogerlo.

—Entonces, no fue usted la culpable.

—Sí, señor; porque si entraron en la habitación fue con mi llave. Se conoce que el huésped no había echado el pestillo.

—¡Qué extraño es eso! ¿Cómo pudieron a usted quitarle la llave? Seguramente abrirían con una ganzúa, digo yo. ¿Quién podía haberle quitado a usted la llave?

—Pues ahí está, señor. Si yo no me separo nunca de ella, en cuanto me la entrega la camarera del turno de antes.

—No pudo ser. Emplearon una ganzúa, seguro. No se preocupe usted.

La conversación se suspendió al terminar de cenar el supuesto jeque, quien, al poco rato, se encontraba a solas en el cuarto. Entonces se quitó su disfraz de árabe, se despojó de la barba y bigote postizos, terminando de quitarse el tinte con otra ducha. Seguidamente, bien cerradas las maderas de la contraventana, se puso a buscar por toda la habitación. Fue revisando las costuras del colchón: nada descosido ni un trozo cosido a mano. Examinó los muebles uno a uno, sin hallar otra cosa que polvo.

Sin fe, por rutina, se subió a una silla para mirar encima del armario. El corazón comenzó a latirle desenfrenadamente. Allí, tras la cornisa frontal, una chaqueta hecha una pelota.

Le temblaban los dedos al registrar los bolsillos, todavía en pie en la silla. El puñal y la llave aparecieron. Una corriente eléctrica pareció galvanizar al jefe del Estado Mayor del

F. B. I.

Con sumo cuidado, sin resobar los dos acusadores objetos, los envolvió en un pañuelo de seda.

Era ya muy tarde cuando pudo conciliar el sueño. Allí estaba él, el padre del agente asesinado, en la misma habitación y en la misma cama donde su hijo había sido apuñalado a traición, sin darle tiempo a defenderse. Una cólera irrefrenable y un ansia de venganza inextinguible fue dominándole, hasta el punto de obligarle a estrujar la sábana, como si bajo sus dedos tuviese el cuello del asesino y no un simple trozo de tela. Después, el espíritu justo de los agentes del

F. B. I.,

venció en aquella tortuosa lucha espiritual de opuestos

sentimientos. Haría justicia, sólo justicia.

Nadie sabría nunca que Leslie Morton, el jefe del Estado Mayor del Federal Bureau of Investigation, el hombre que había llegado a tal puesto a fuerza de inteligencia y de jugarse la vida a cada momento, había humedecido la funda de la almohada con sus lágrimas. ¡No vería más a su hijo, al muchacho grande que llevaba sangre de él y de la mujer amada que murió años antes!

A aquella hora, Edward

O'Brien

se apeaba del «taxi» que le había conducido a la ciudad Vieja y dejado ante la puerta de El Sable del Turco, situado en una inmensa callejuela. Penetró en el local, procurando no llamar la atención. El Sable del Turco era un tugurio en la más completa acepción de la palabra: paredes con la pintura descascarillada, mesas de madera resquebrajada y adornada con los círculos señalados por los vasos desbordantes de licor, un largo mostrador de barra roñosa, aire emponzoñado por sudores fétidos y humo de tabaco, pasillos que parecían sin fin y que, seguramente, conducirían a los reservados «muy reservados»; el zumbido grave de una colmena humana, donde los asistentes charlaban en voz baja y casi al oído de su compañero, gesticulando mucho y apurando vasos y más vasos, mientras lanzaban ojeadas en derredor, y las voces fuertes, estrepitosas, de los camareros encargando al del mostrador las consumiciones.

Se veían allí reunidos individuos de todas las nacionalidades y razas: europeos, los franceses, moviendo los brazos al hablar; ingleses, de una impasibilidad casi absoluta; españoles, de ojos vivos y sonrientes; moros, envueltos en sus albornoces; judíos, encogidos en los rincones disimulados, más observando que hablando; algunos spahis franceses, de vistosos uniformes; tipos de raza negroide, y mujeres que fumaban sin cesar, lanzando sus «miradas de gancho».

Antro del vicio, del deshonor, poblado por las *subnapas* de la sociedad humana, dedicadas al contrabando, al espionaje, al mercado negro, al robo y al asesinato, si el que ordena paga bien por el servicio.

No había mesas libres;

O'Brien

tuvo que sentarse junto a un individuo vestido de jersey amarillo a rayas negras, con cara de «apache de Marsella», impresión que enseguida se comprobó apenas comenzó a decir en francés, con acento plebeyo:

—¿Nuevo aquí?

—Sí, soy periodista —repuso

O'Brien,

como quien no desea conversación.

—Al verle entrar lo catalogué en cosa parecida. No se me despidan las personas. Me dije:

«Paul, ése es “poli” o un turista con ganas de conocer la vida». Y un periodista es una mezcla de las dos cosas. Pues ha tenido usted la suerte de tropezarse conmigo, con Paul Lille, nada menos, *monsieur* —notificó el francés, sirviéndose con plena desfachatez de la botella pedida por

O'Brien.

—No, amigo, aquí no vengo a hacer un reportaje; vengo buscando a un antiguo amigo que conocí en Florencia hace unos años. Me dijeron que solía venir por aquí.

—Hombre, yo conozco a todos los muchachos de por aquí; tal vez pueda ayudarle. ¿Cómo se llama su amigo?

—Ricci; al menos así se llamaba cuando le conocí. Llevábamos entonces los dos una vida un «poco agitada» —mintió el joven agente, guiñando un ojo, en gesto de complicidad.

—¿Ricci? ¡Claro que lo conozco! No lo veo desde hace unos días; estará fuera, con alguno de sus «negocios».

—Siento no poder verlo, porque tengo una operación a la vista, muy interesante, y confiaba en Ricci. Además necesitaré dos hombres como ayudantes.

La postura indolente del «apache» se trocó en vigilante.

—¿Es imprescindible Ricci?

—Ricci sabía abrir una caja fuerte con una sola mano, mientras yo necesitaría un carro de nitroglicerina. Por eso me interesa Ricci.

—No sabía yo que Ricci... —murmuró Paul admirativamente, cayendo en la trampa—. Claro que en Tánger sabemos la mitad de la mitad.

Espere un instante, *monsieur* —y dirigiéndose en voz alta a uno

que estaba sentado con una mujer—: ¡Eh, Luigi, ven acá!

Se acercó el llamado, tipo netamente latino, de pelo grasiento, rizado y descuidado.

—¿Qué hay, Paul?

—Aquí el amigo está buscando a Ricci; se trata, al parecer, de un «asunto» interesante, del que tú y yo también podríamos sacar tajada. Tú «trabajabas» con Ricci: ¿dónde lo podremos encontrar?

El tal Luigi observó concienzudamente al extraño, midiéndole de pies a cabeza, con tanta impertinencia, que

O'Brien

le preguntó, secamente:

—¿Es usted amigo de Ricci?

—Sí, son io. ¿Qué quiere usted de él?

—También es amigo mío, y me interesa mucho verlo para un «golpe». Lo conocí en Florencia. Ya le he dicho al amigo Paul de lo que se trata, y justamente necesitaremos hacerlo entre cuatro. Os ruego que cerréis la boca, no vayan a «levantarnos la caza» antes de tiempo —aconsejó

O'Brien,

tuteándole, decidiéndose a fingir una personalidad de ladrón.

—¿De qué se trata? —interrogó Luigi, sentándose a la mesa.

—Más despacio, muchacho. Primero he de ver a Ricci, y él decidirá.

—El caso es que no sé dónde pueda estar. Hace días que no viene por aquí. Cuando le da por estar triste, se mete en la cama y no sale en una semana. Tal vez en su casa...

—¿Cuál es su dirección? Necesito verle esta misma noche. Se trata de un yate particular que ha llegado esta tarde al puerto. Yo estoy empleado en él y sé que en la caja de caudales hay cerca de dos mil libras esterlinas. Un buen bocado, ¿eh, amigos?

Los ojos de Paul relucieron. Luigi confirmó:

—*Bocatto di cardinale*. Ricci vive en el callejón Ducala, una casa de un piso, con la puerta pintada de verde. Acompáñale tú, Paul. Tú sabes ir, lo no puedo, porque he de hacer. Os esperaré aquí.

Juntos salieron del tugurio; Paul, siempre con el cigarrillo en la comisura izquierda de la boca, y

O'Brien.

Caminaban en silencio por las estrechas callejuelas de la Medina, solitarias a aquellas horas de la noche. Ninguno de los dos se dio cuenta de que un par de sombras les seguían a corta distancia, y detrás, otra sombra más. Los bajos fondos de Tánger habían sido enturbiados por las indagaciones del agente especial del

F. B. I.

Imponía el callejón de Ducala, sumido en la oscuridad más profunda; la luna no lucía en el firmamento estrellado. La brisa no lograba arrastrar los desagradables olores del lugar.

—Ya nos falta poco, *mon ami* —anunció Paul, con las manos metidas en el bolsillo—. Ahora que recuerdo, yo estuve aquí una vez, y no sé para qué.

Introducía la llave en la cerradura, cuando oyeron unos pasos ruidosos, de personas que corren; volvieron la cabeza tardíamente. Dos moros se echaban encima, empuñando largos cuchillos.

Paul fue torpe en eludir el golpe que le asestaba uno de los árabes y enfundó en su cuello el acero, derrumbándose mortalmente.

O'Brien

sintió que un relámpago le quemaba el hombro derecho al hacerse atrás y de costado. Vio al atacante perder el equilibrio al no encontrar apoyo firme y lo aprovechó para tirarle a la nuca un puñetazo capaz de derribar a un buey, pero no precisó y sólo golpeó el cuello. Retrocediendo, hasta pegar la espalda a la pared, sintiendo que la sangre le corría por el brazo derecho, se llevó la mano izquierda al bolsillo posterior izquierda del pantalón, en busca de su *browning*. Los moros no le dejaron hacerlo, acosándole dagas en alto.

Ágilmente se agachó y de un salto pasó entre los dos, yendo a refugiarse en el portal de enfrente, cuya puerta seguía cerrada. Los atacantes parecían tener los demonios en el cuerpo y músculos de tigre en las piernas, pues nuevamente, sin darle tiempo a recuperarse, atacaron, asestando cuchilladas a diestro y siniestro, sin proferir una palabra. Se inclinaba, sacudía puntapiés, descargaba puñetazos y no perdía de vista los reflejos metálicos de las armas. Eran dos enemigos de cuidado, y cuando hacía retroceder a uno, el otro le atacaba, sin dejarle llevarse la mano izquierda al bolsillo.

Tuvo la suerte de agarrar una muñeca en el aire, y la retorció violentamente, a la vez que soltaba un rodillazo al bajo vientre del contrario. Cayó el acero al suelo, y el árabe fue arrojado contra su compañero, que se acercaba, repuesto de un puñetazo recibido. Rodaron por tierra ambos enemigos, momentos preciosos que aprovechó el agente para empuñar el puñal; había decidido no usar pistola a fin de no poner en conmoción todo el barrio y perder la ocasión de interrogar a alguno de sus enemigos, que se levantaban otra vez.

Era difícil de acertar al cuerpo con una cuchillada a aquellas masas blancas de los amplios albornoces.

O'Brien

se adelantó valientemente, puñal a la altura de la cintura, con la punta hacia arriba, dispuesto a destripar al primero que se le pusiese al alcance. El moro que perdió el cuchillo se hizo atrás, dejando paso a su compañero armado. Hubo un choque brutal, de dos hombres dispuestos a matar. Actuaron las manos izquierdas en el aire, mientras las otras atacaban. El agente consiguió sujetar el antebrazo de su enemigo, descargando a la vez con el acero un golpe bajo. Sintió el desgarrar de la ropa, de la carne, algo blando, y luego, el árabe se encogió trágicamente, herido de muerte.

Antes de que sacase el cuchillo, diez dedos se ciñeron al cuello de

O'Brien:

el otro moro quería estrangularle por detrás. Fue un movimiento rápido, de luchador profesional. Una inclinación violenta hacia delante, y el enemigo salió despedido por el aire. El cuello de

O'Brien

sintió el tirón, más consiguió liberarse. De un salto cayó el joven sobre el árabe, aún en tierra, y, tal era su rabia por el inesperado ataque y el peligro pasado, que perdió la serenidad y clavó repetidas veces el cuchillo. Un estertor y una palabra en lenguaje desconocido se perdieron en el aire.

Respirando con fruición,

O'Brien

se puso en pie, y entonces sintió que un objeto duro se le hundía en la columna vertebral, al mismo tiempo que escuchaba la voz untuosa de Luigi, el italiano del pelo rizado:

—*Buona notte, amico!* ¡Suelta eso!

El agente reconoció que estaba cazado, después de haber luchado victoriosamente. Obedeció la orden y levantó los brazos. Había perdido la partida y no le quedaba otro remedio que esperar el curso de los acontecimientos. Su sentencia era de muerte, valía más prolongarla. En realidad, todo lo sucedido le desconcertaba y en su cerebro sólo existía el caos. Luigi, al que todavía no había visto, no le dejó meditar:

—Date la vuelta y no bajes los brazos; tendría que apretar el gatillo. Acércate a la puerta de Ricci.

Apenas hubo cumplido

O'Brien

el mandato, tropezando sus pies con la piedra del umbral, recibió un mazazo en el cráneo y perdió el conocimiento, cayendo en un pozo negrísimo, sin fondo.

Al volver en sí se encontró atado de pies y manos, tirado en el suelo. No pudo evitar un gemido; le dolía la cabeza de un modo horrible. En la nebulosa que le rodeaba, que poco a poco iba esclareciéndose, refulgía algo, que luego resultó ser la luz de una vela.

Se hallaba en una alcoba de escasos y malos muebles. Las paredes presentaban manchas de vino o de tinta. Luigi estaba sentado en una silla, junto al lecho, y en éste, un hombre medio incorporado, apoyado en la almohada. Tenía el pecho desnudo, cruzado por unas vendas, y sus facciones eran parecidas a las de Luigi. Ambos le observaban, fumando en silencio.

O'Brien

comprendió que estaba a merced de aquellos dos; no sabía lo que deseaban de él, ni su relación con los motivos que le trajeron a Tánger. De buena gana habría preguntado, hablado, dicho algo, y así salir pronto de dudas. Mas una elemental precaución le aconsejaba aguardar el interrogatorio, que no se hizo esperar:

—¿Para qué querías ver a Ricci? —Inició el de la cama, cuya voz era áspera, rota, de persona que abusa del alcohol de muchos grados.

—¿Eres tú?

—Sí, yo soy. Responde a lo que te he preguntado, y no mientas. Nunca me has visto, y en la taberna dijiste que me habías conocido

en Florencia.

—Necesitaba mentir, para llegar a encontrarte, aunque no en esta situación de inferioridad —tuvo fuerzas el joven para bromear—. Dile a ese que me desate y te propondré un buen negocio.

—Habla antes y no hagas que te lo saque Luigi con la punta de la navaja.

O'Brien

trataba de inventar rápidamente una mentira creíble y no lo lograba: desconocía las actividades y las relaciones de Ricci; sólo hubiera podido hablarle del «negativo fotográfico» que costaba cinco mil dólares. Prefirió repetir la primera mentira:

—He llegado esta tarde en el yate Long Island, matrícula de Nueva York, donde presto mis servicios como ayuda de cámara del millonario Anthony Harrison. Sé positivamente que en la caja de caudales del barco hay guardadas más de dos mil libras esterlinas. Tánger es una ciudad ideal para esconderse en ella, y por otra parte, yo estoy harto de servir a un burgués que me paga poco. Hablando de esto con Paul, el francés, en El Sable del Turco, me dio tu nombre, diciendo que abrías una caja de caudales por muy fuerte que fuese.

—¡Estás mintiendo! —aseguró Luigi, coléricamente—. Paul dijo que tú...

O'Brien

sabía que tenía salida. Paul no podría desmentirle.

—Eso lo inventamos en un momento para que tú nos diceses la dirección de Ricci. Vamos, me lo aconsejó él mismo. No era tonto.

—Demasiado tonto era. Él no sabía que Ricci es mi primo, y que yo estaba enterado de su vida. Ricci nunca había estado en Florencia ni había abierto una caja de caudales en su vida. Además, bien tonto fue cuando se dejó matar tan fácilmente.

—¿Quiénes eran aquellos moros? —preguntó

O'Brien,

deseando despejar una incógnita.

—Eran de los addauitas. Tengo que reconocer tu valentía. Os venía siguiendo desde la taberna, cuando me di cuenta de que os vigilaban dos moros. Vi la pelea desde la esquina y me fui acercando. Te portaste bien y es una pena que hayas de morir.

—¿Por qué? ¿Qué os he hecho yo?

No respondió Luigi a su pregunta, sino que Ricci hizo otras dos a cambio:

—¿Qué tienes tú que ver con los addauitas? ¿Por qué quisieron matarte?

—No lo sé; creo que buscaban dinero.

Los dos italianos se miraron; era evidente que también ellos estaban desconcertados, dando palos de ciego.

Bruscamente, Ricci dijo a su amigo:

—Dame ese periódico que hay a los pies de la cama.

El italiano ojeó el diario, terminando por decir irónicamente a O'Brien:

—¡Mentiroso! Así que el yate Long Island, ¿eh? No viene en la sección de barcos entrados en el puerto.

—Eso ya lo sabía yo —repuso el joven, mintiendo con una naturalidad sorprendente, aprendida en las lecciones de la Academia de Quantico[6]—. El dueño del yate tiene aquí muchos amigos, y no quería verlos; deseaba pasar de incógnito, como si dijésemos. «Untó» al periódico para que no reseñasen su llegada. Pero si vamos al puerto, allí está el yate, pintado de blanco y rojo. Podemos comprobarlo ahora mismo, si queréis. Sería estúpido que por vuestra desconfianza se perdiesen tan hermosas libras esterlinas. Como los dueños estarán en el

Brook's,

según dijeron, la tripulación también habrá bajado a tierra. En el yate quedarán solamente un marinero y camarera. Como veis, el asunto es fácil.

—Si está en la caja de caudales, el asunto está fracasado —afirmó Ricci—. Yo no entiendo de eso.

O'Brien

sonrió para sus adentros. La fantástica historia comenzaba a afincarse en los villanos cerebros de los dos italianos. Luigi notificó:

—Yo conozco a uno que puede servirnos: es perito en esas cuestiones. Hace un rato lo vi por El Sable del Turco; estará allí todavía.

—Antes de hacer nada, hay que tratar de una cuestión muy importante. Yo quiero la mitad de lo que se saque; la otra mitad la repartís entre vosotros como queráis —condicionó

O'Brien,

cínicamente—. Y ya podéis quitarme estas cuerdas, que me están segando las muñecas y los tobillos.

—Un momento, amiguito, un poco de calma —recomendó Ricci, con su gesto habitual de dominio y de burla—. Como es natural, mientras estabas «dormido» te hemos registrado los bolsillos. Han aparecido una cartera, un pasaporte a nombre del súbdito inglés Edward

O'Brien

y una pistola. En el pasaporte pone: «De profesión, viajante». ¿Cómo es que...?

Rápidamente comprendió Edward que Ricci era demasiado vivo, y a la misma velocidad buscó una ingeniosa salida.

—¿Viajante? ¿Viajante yo? ¡No digas tonterías! En mi pasaporte pone: «Viajero», es decir, turista, lo que soy, igual que mi señor. Sí sabéis inglés, la cosa está bien clara[7].

Los dos italianos, que sólo tenían un ligero conocimiento del idioma inglés, volvieron a mirarse, interrogativamente. Ricci hizo un guiño significativo, que no pasó inadvertido para

O'Brien.

—Bien, muchacho. Te llevarás la mitad de lo que se consiga, si no hay disturbios en el asalto al yate; si los hubiese, repartiríamos a partes iguales todos.

—¡Conforme! Venga, quitadme las cuerdas y vamos allá. No hay que perder tiempo.

—Eres muy impulsivo,

O'Brien.

Antes hemos de saber si el barco ese existe, o todo ha sido una mentira tuya. En este caso, lo pasarías bastante mal.

—¡Bueno! Id a comprobarlo. Será una pena, perderemos la ocasión.

Ricci se dirigió a Luigi:

—Vete al puerto, enseguida y entérate si hay atracado algún barco llamado Long Island. Si lo encuentras, buscas y te traes a ese amigo tuyo que entiende de cajas fuertes. Si no te tropiezas con el yate, vente enseguida para interrogar al *signor*

O'Brien.

—¡Alto! Un momento —dijo el agente del

F. B. I.,

a Luigi—. Antes tenéis que desatarme o, por lo menos, quitarme las cuerdas de las piernas, para que yo pueda sentarme en una silla o pasearme. No voy a estar tirado en el suelo toda la noche. Si Ricci se queda en la cama, podrá vigilarme a su gusto, teniendo al lado, en la mesilla, esa pistola mía. Repito que estamos perdiendo demasiado tiempo.

No tardó Ricci en decidir la cuestión:

—Desátalo, Luigi, de los pies solamente. Yo lo tendré a raya desde la cama. Anda y date prisa.

Con las manos atadas a la espalda,

O'Brien

se puso en pie, una vez quitadas las ligaduras de sus tobillos. Quedaron solos en la alcoba el italiano y el norteamericano. Éste comenzó a pasearse por la habitación, en silencio. Ricci fumaba y le observaba, como el gato al ratón. Sin fijarse detenidamente, el joven comprobó que todas sus cosas estaban sobre la mesilla de noche: la cartera, el pasaporte, la pitillera, el mechero y la «*browning*». Ricci no le dejaría acercarse, y, en realidad, de nada le valdría, teniendo las manos atadas, a la espalda. No obstante, fraguaba la liberación. Luigi comprobaría que el tal yate no existía más que en la imaginación del prisionero, y volvería a todo correr para entretenerse en apalearle. Sólo disponía el agente de un cuarto de hora. Comenzó a operar. Sin acercarse a la cama, continuó paseando a lo largo del cuarto. Como aburrido, con una naturalidad admirable, preguntó al italiano:

—¿Qué te pasa en el pecho? ¿Cómo es que lo tienes vendado?

—Esos addaunitas del diablo me hicieron una encerrona. No sé ni cómo pude escapar con vida. Me rompieron dos costillas a fuerza de palos. *Managia i piscetti!*

—¿Por qué?

—Asuntos que no te interesan, joven.

—¿Los mismos que quisieron matarme?

La pregunta hizo mella en el italiano. Se quedó meditabundo, hasta responder, con el entrecejo fruncido:

—Eso me temo. Se ve que conocen este nido, lo vigilaban y quisieron apoderarse de la llave al veros llegar a la puerta. Por esa parte te estoy agradecido.

Hubo otros dos minutos de silencio en la estancia, hasta que el

agente especial solicitó, deteniéndose a los pies de la cama de Ricci:

—Oye: dame un cigarrillo. Estoy seco.

Preventivamente, Ricci empuñó la «*browning*», después cogió la pitillera con la mano izquierda y la arrojó sobre la colcha.

O'Brien

comentó, humorístico:

—Como no la abra con la boca...

Dejó Ricci la automática sobre el embozo de la sábana y recogió la pitillera, medio incorporándose, con manifiesto gesto de incomodidad, diciendo:

—Yo sólo fumo tabaco negro y a los ingleses no os gusta.

Era evidente que el italiano desconfiaba de

O'Brien,

más no hasta el punto de considerarlo como un enemigo declarado, puesto que podía ser cierta la historia del yate, y, además, tenía abonada a su cuenta la muerte de dos addaunitas.

El agente especial estaba vigilante, con los músculos de las piernas tensos, mientras en su semblante había una leve sonrisa de amistad y agradecimiento. Al ver que el italiano buscaba el resorte para abrir la pitillera, creyó llegada la ocasión. Le aconsejó:

—No, por ahí no. Toca fuerte y hacia abajo el otro saliente.

Durante un instante, el italiano, ingenuo, pero humanamente, deseoso de descubrir el secreto del mecanismo, olvidó su propósito, poniendo sus cinco sentidos en la cajita de plata. Y ese instante fue aprovechado por el audaz y atlético agente del

F. B. I.,

quien, en un salto de lucha libre americana, se arrojó a la cama, con los pies por delante y dirigidos a la pistola. Las suelas de sus zapatos chocaron contra el arma, que salió despedida del lecho, yendo a caer en el suelo, junto a un rincón.

La reacción de Ricci fue inmediata, pasada la sorpresa del ataque; más un hombre con dos costillas rotas no tiene completa libertad y velocidad de movimientos. Soltó la pitillera y con las manos hizo presa en las piernas del agente, que intentaba levantarse, estando ya de rodillas sobre el lecho.

O'Brien,

con las manos inmovilizadas a la espalda, se portó cruelmente; era necesario. Levantó el pie derecho y con el tacón del zapato machacó

por tres veces la frente del herido, que se desplomó sobre la almohada, desvanecido.

Continuó el apuro de
O'Brien.

Sólo le quedarían diez minutos, antes del inevitable regreso de Luigi; se encontraba, de momento, sin enemigos con su automática, pero con las manos atadas; por tanto, tan prisionero como antes. Podía huir, si es que no había nadie más en la casa. Desechó este pensamiento. Allí tenía a Ricci y debía de sacarle cuanto supiese sobre los addaunitas y sobre el «negativo fotográfico».

Registró todos los cajones de la alcoba; no encontró nada cortante. Salió de la alcoba, entrando en otra habitación destartalada y sucia. A la luz de la vela halló en la cocina un cuchillo y con él volvió rápidamente a la alcoba. Cogiendo el mango con el cajón de la cómoda, y dejando el acero fuera, comenzó a frotar las cuerdas contra el filo. Miraba constantemente hacia la puerta, cuyo pestillo no había echado imprudentemente. Sentía tentaciones de hacerlo, y a la vez, temía perder tiempo. Luigi estaría al regresar y Ricci no tardaría en volver en sí.

El sudor le inundaba la frente; volvía la cabeza a intervalos, para colocar bien al filo el trozo de cuerda comprendido entre las muñecas. Movía los brazos arriba y abajo, a su espalda. El miedo a estar acorralado e indefenso de nuevo, le hizo fijar su mirada en la atrayente pistola tirada en el suelo. Sufría el suplicio de Tántalo.

Tan grande era su nerviosismo, que no se dio cuenta de que el cuchillo había terminado su misión, hasta que sintió el acero en la propia carne. Instintivamente apartó las manos, encontrándose libre.

A partir de aquel momento, su actuación fue vertiginosa. Apoderóse de la pistola, amordazó al inconsciente Ricci con un pañuelo y le ocultó la cara con el embozo de la sábana, puso orden en el lecho y salió de la habitación, apostándose en la otra contigua, que daba también al final de la escalera, en la oscuridad.

Minuto tras minuto estuvo esperando. Luigi tardaba en regresar.

Al fin, un ruido abajo —el rechinar de una cerradura—, unos pasos y una respiración jadeante. Luigi estaba subiendo la escalera. El agente se encogió en las tinieblas cuanto pudo, con la automática preparada.

Vio al italiano detenerse ante la puerta de la alcoba y llevarse la mano al bolsillo, en busca de un arma. Llegó el momento del ataque. De una zancada,

O'Brien

adelantó y hundió el cañón de su arma en la espalda de Luigi, mandándole fieramente:

—¡Manos arriba, Luigi! ¡Quieto o te acribillo! —repitió el joven, observando un movimiento sospechoso—. Hay tres de los míos en la casa. ¡Pasa a la alcoba y nada de trucos!

Obedeció el italiano, con un juramento en su lenguaje vernáculo. Al ver inmóvil el bulto de Ricci bajo la sábana, preguntó con verdadero sentimiento:

—¿Lo has matado?

La respuesta fue un golpe de pistola en la nuca, que le hizo caer al suelo, sin sentido y sangrando abundantemente.

Cuando diez minutos más tarde recobró Ricci el conocimiento, estaba atado a la cama. Le fue quitada la mordaza y entonces vio, detrás de una silla, la cabeza ensangrentada de Luigi. El terror hizo presa en él. Apenas si pudo balbucir:

—¿Has matado a Luigi?

—Lo mismo haré contigo si no hablas claro. Estoy cansado ya de perder tiempo. No tienes más que dos caminos: contestar con la verdad a mis preguntas o perder la vida, igual que le ha sucedido a ése.

—¿Qué deseas saber? —preguntó Ricci roncamente.

—Tú tienes un negativo fotográfico relacionado con un asesinato. Pedías cinco mil dólares por él. Necesito ese negativo ahora mismo.

Ricci entornó los ojos. Se le veía meditar. Dijo:

—Tú eres compañero del americano que murió en el Rex; no puede haber otra explicación.

—¿Dónde tienes el negativo? —insistió duramente

O'Brien.

—No lo tengo yo, ni lo he tenido nunca en mis maños.

Lleno de cólera por lo que él creía una falsedad, el agente especial golpeó con el cañón de la automática la mandíbula del italiano, arrancándole un bufido de dolor.

—No mientas o te castigaré hasta deshacerte. ¡Necesito ese

negativo, Ricci!

—Nunca lo he tenido en mis manos. Lo tenía un árabe addauita, que se lo trajo de Mostaganem. Era un jefecillo de la secta y tuvo que huir de allí, por oponerse a los dictados de Adda Ben Tounes. Me ofreció dinero si se lo «negociaba» a raíz de los asesinatos de varios musulmanes, y cuando cogieron a uno de los asesinos. Yo vi el negativo, pero no lo tuve en mis manos. Me lo enseñó solamente. Tropecé con el muchacho aquel del Rex, le hice la oferta, quedamos en cinco mil dólares, y aquella noche murió. Alguien se enteró del asunto, y por más vueltas que le di en la cabeza, todavía no he llegado a descubrirlo. Lo del negativo sólo lo sabíamos el addauita huido, «yo» y el americano; pero el addauita no conocía al americano.

—¿Dónde podré encontrar a ese addauita?

—En ningún sitio —aseveró el italiano—. Al día siguiente de la muerte del americano estaba yo aquí, echado a la siesta, cuando asaltaron varios moros la casa, entrando por los tejados al patio, yo...

En aquel instante, la llama del velote comenzó a vacilar, hasta apagarse. Hubo un instante de sobrecogedor silencio en la estancia. Por fin,

O'Brien

utilizó el mechero.

—¿Dónde hay otra vela?

—En ese cajón de abajo de la cómoda —le indicó Ricci, que parecía estar dispuesto a salvar la vida.

Otra vez con luz en el cuarto, el agente especial interrogó:

—¿Qué buscaban? ¿También el negativo? ¿Eran addauitas?

—Sí. Me ataron y me golpearon. Tuve que revelar el nombre y la dirección del moro, porque yo no podía sufrir más. Lo trajeron aquí mismo aquella noche, y delante de mí lo desnudaron, encontrándole el negativo entre la ropa. Y delante de mí lo apuñalaron. Yo fingí perder el conocimiento, pero los escuchaba. Entiendo algo de árabe y hablaban de una tal Zoraida; discutiendo si se lo habían de dar a ella o no. Aproveché el momento y no sé cómo tuve fuerzas para huir, con el cuerpo destrozado. Caí rodando por las escaleras, pero ya en la calle, a la luz del día, no quisieron perseguirme. Entonces me encontró mi primo Luigi, que venía, extrañado de mi falta a una

cita con él en el café. Me metió en la casa de un vecino, amigo nuestro. No quisimos dar parte a la Policía, porque... hubiésemos tenido que explicar muchas cosas.

Ésa es toda la historia acerca del maldito negativo. ¡Maldita sea la hora en que pensé sacarle dinero! Nosotros no somos asesinos; nos dedicamos a vender y comprar informaciones secretas. No queremos dinero a costa de sangre. ¡Has hecho mal en matar a mi pobre primo Luigi! *Egli era un uomo buono.*

Tan sincero era su pesar, que

O'Brien

le reveló:

—Te he engañado, Ricci. No le he matado; sólo le golpeé en la cabeza y está sin conocimiento. De ti depende que muráis los dos. Tú viste el negativo: ¿qué había en él fotografiado?

—El addaunita que iba a venderlo decía que allí estaba el asesino cogido por la Policía, y Adda ben Tounes y una mujer. Yo miré al trasluz y vi las figuras de dos hombres y una mujer, pero no pude distinguirles las facciones. Aquello probaba que el asesino cogido estaba en relación con los addaunitas. Por eso le pedí cinco mil dólares al americano, que estaba interesado en conseguirlo.

—Está bien, Ricci, te creo —aseguró el joven.

A continuación lavó la destrozada cara del italiano con licor de una botella, le dio a beber agua y vendó la herida en la nuca de Luigi, que poco a poco iba reanimándose. Después arrastró a este junto al lecho.

—En cuanto me haya ido podéis intentar desataros. Aquí os dejo veinte libras esterlinas, a cambio de los golpes recibidos. No quiero ningún daño para vosotros, a no ser que os mezcléis en mi camino.

Momentos más tarde,

O'Brien

se encontraba en el callejón Ducala de la impresionante Medina, respirando el aire fresco de la madrugada.

Desorientado, tardó bastante en salir de la Ciudad Vieja. Encaminóse hacia el Hotel Minzah, donde tenía la habitación.

IV

TRAS LA PISTA



mañana, cuando
O'Brien

fue despertado por la camarera del hotel, hora que había indicado al conserje al llegar al hotel. Levantóse en pijama, puso en funcionamiento la pequeña emisora receptora, acomodó la longitud de onda, e instantáneamente recogió una emisión en puntos y rayas, que fue traduciendo:

«Tío habla. Punto. Acúsame sobrino. Punto. Tío

ABAN las nueve de la

habla. Punto. Acúsame sobrino. Punto».

Y así se repetían las frases, señal de que Leslie Morton estaba impaciente por comunicarse con su subordinado. Éste aguardó un momento de pausa, a fin de emitir su acuse. Acordaron verse enseguida frente al Instituto Pasteur, en la plaza del Doctor Doux.

La entrevista fue interesantísima, mientras paseaban por los alrededores del Estadio Municipal. Tras el cambio de noticias respectivas, Leslie Morton permaneció en silencio, fumándose un cigarrillo. Se había presentado en traje europeo, a fin de que nadie pudiese relacionar a Edward

O'Brien

con el jeque Suleiman bey Kefrim. El resumió las consecuencias.

—De tus noticias se deduce, muchacho, que en el Consulado norteamericano hay un espía, alguien que escucha todas las conversaciones que se celebran en el despacho del cónsul. Pruebas: Mi hijo sólo habló con el cónsul acerca del negativo, cuando fue a solicitarle los cinco mil dólares, y, sin embargo, aquella noche murió asesinado; tú solo descubriste tu personalidad de agente del F. B. I.,

al cónsul, ayer tarde, y por la noche ya tenías sobre tu pista a dos addauitas, decididos a matarte. Esta misma mañana irás y expondrás el asunto al cónsul, al aire libre, en el jardín mismo. Habéis de localizar el micrófono escondido en el despacho, seguir la derivación, y detener al hombre que esté escuchando.

—Necesitaríamos más gente, jefe —comentó el joven.

—Emplea a la familia del cónsul. Toma este cuchillo y la llave —entregándoselos envueltos en el pañuelo con sumo cuidado—. Prueba a obtener las huellas digitales. Hallarás varias: las mías, las de la camarera, posiblemente las de otra camarera, y de alguien más, ese alguien sería el cómplice que facilitó a los addauitas la entrada en el cuarto de mi hijo. Explícaselo al cónsul y que él obtenga de la Policía Internacional las huellas de todos los empleados del Rex. Trabajo urgente, sin que se deba explicar a la Policía los motivos verdaderos, sino sospechas vagas. Lo harán con tal de agradar al cónsul norteamericano.

—Está bien, señor Morton. Esta noche, a las nueve, tendrá usted noticias mías.

Súbitamente, Morton cogió a su compañero del brazo.

—Vamos a hacer una variante en nuestros planes. Con el fin de sorprender al espía introducido en el Consulado, y dado el poco número de personas de confianza que podrán encargarse de vigilar a las otras, será mejor que hagamos lo siguiente: habla ahora con el cónsul, en su despacho; exige que sea a solas, con mucho misterio, y habla al principio de vaguedades, a fin de que el espía tenga tiempo de prepararse a escuchar. Al rato, le dices que un compatriota vuestro desea revelarles datos muy importantes sobre los addauitas. Consigue que la cita sea con luz del día, por la tarde, mejor. Me presentaré con esta misma ropa, y tú tendrás ya organizada la vigilancia de los que viven en la casa. Emplea para esto a la familia del cónsul y a las personas que sean norteamericanas. Mientras yo hablo en el despacho, tú registra todas las habitaciones. En fin, consigue que sea a las cinco de esta tarde. Nada de avisar para esto a la Policía.

Eran las cinco en punto de la tarde, cuando un coche de alquiler penetraba en el jardín del Consulado norteamericano, apeándose Leslie Morton, en traje de europeo. Pagó al conductor, ordenándole se marchase, y siguió al portero, que le condujo directamente al despacho del cónsul, sin hacer preguntas innecesarias, señal de que estaba enterado de la visita tan importante. Miller aguardaba, y saludó cordialmente a su compatriota, que se presentó como un rico negociante de Chicago, recién llegado del Marruecos francés.

Inicióse la conversación sobre el tema de la influencia de los addauitas en todo el norte de África.

En el resto de la casa, la mujer y la hija del cónsul vigilaban las habitaciones del piso bajo, dándoles miedo alejarse mucho del despacho; el piso superior estaba siendo registrado por O'Brien

y el portero, también norteamericano.

Se había dado orden general a la servidumbre, después de la comida, de que dispusiesen de la tarde completa para diversiones. No habían aprovechado la ocasión el chofer, el jardinero, ambos árabes, y el cocinero, francés, ni la doncella de las señoras. El secretario oficial del cónsul se hallaba desde dos días antes en Gibraltar, en visita de turismo.

O'Brien,

con la pistola montada en el bolsillo, iba abriendo puerta tras puerta del piso superior, mientras el portero examinaba la otra ala.

Se encontraba en la alcoba del matrimonio, cuando un grito penetrante, de mujer, entró por la ventana que daba al jardín. Reconoció la voz de Sarah, y algo inexplicable estrujó su corazón, a la vez que la excitación del acecho le revolucionó la sangre. A todo correr salió al pasillo, bajó las escaleras de cuatro en cuatro, reprimiéndose el deseo de gritar el nombre de la joven. Vaciló un instante en el vestíbulo, dudando entre ir a un lado o a otro. De la Secretaría no salió nadie, señal de que los ocupantes del despacho no habían oído nada; el portero tampoco descendía. Dedujo en un santiamén que el grito había sido dado en la habitación debajo de la alcoba del matrimonio.

Recordando el plano de la casa, estudiado una hora antes, se orientó y, con la pistola en mano, se arrojó contra una puerta.

Dentro estaba Sarah forcejeando con un joven de tez morena, que empuñaba un cuchillo. La joven sujetaba el brazo que iba a descargar el golpe mortal sobre ella; en sus ojos latía un terror espantoso, y éste debía ser el que le impedía gritar.

O'Brien

iba a lanzarse contra el árabe vestido a la europea, cuando vio descender la hoja brillante de la daga. Sin apuntar siquiera, con la maestría de un legendario *gun-man*, adquirida en la Academia, hizo fuego. Una mancha rojiza se extendió en la frente del moro; tenía el cráneo horadado por el proyectil. La muerte fue instantánea. El agente, con rapidez, separó a la joven del que ya era cadáver y se desplomaba.

Mientras tenía abrazada a la muchacha, que lloraba sobre su pecho, pudo observar en un rincón, dentro de una maleta, unos auriculares y un aparato amplificador de sonidos. El espía introducido en el Consulado norteamericano no espiaría más.

—Vamos, Sarah, no llores. Serénate, mujer, el peligro ha pasado. No te ha hecho nada. No llores, Sarah.

Sentía contra sí el tibio cuerpo de la joven, estremecido a causa del miedo pasado. Y así la mantuvo, estrechada, hasta que acudieron los demás moradores de la casa, atraídos por la detonación. Como a la madre de Sarah le dio un vahído en cuanto

vio la escena,

O'Brien,

con un desparpajo admirable, mantenía abrazada a la sollozante muchacha, mientras explicaba lo ocurrido. Y hasta se permitió palmotearle la espalda y decirle, delante del padre:

—Nada, nenita, si no es nada. Anda, ven afuera a que te dé el aire. Ya te dije que estaba yo aquí para salvarte. Lo tomaste a broma, pero...

Y se cortó en sus palabras de aliento, al fijarse en la mirada que le dirigía su jefe. Entonces enrojeció y se mostró nervioso, como colegial cogido en falta por el maestro, y murmuró:

—Era el chófer, ¿sabe, señor?

No tardó Morton en despedirse del cónsul, lamentando lo sucedido, y ofreciéndosele con el nombre de James Walter, quedando en regresar al día siguiente, para la formalización del pasaporte. El cónsul apenas si le hizo acaso, preocupado en reanimar a su mujer.

Los agentes del

F. B. I.,

no se vieron hasta dos días más tarde, citados por su método habitual, encontrándose ahora en la playa, a la hora del mediodía, los dos en bañador.

Bajo la protección de un quitasol multicolor,

O'Brien

comunicó a su superior que el cadáver del espía en el Consulado fue entregado a la Policía Internacional, como sorprendido en el momento de robar. Le había matado el cónsul, en defensa propia, a fin de que no figurase el nombre de

O'Brien

en el atestado.

—¿Qué hay de las huellas?

—Fueron reveladas, jefe. La Policía nos facilitó la de todos los empleados del Hotel Rex.

—Ya me enteré por la camarera. ¿Has obtenido algo?

—Sí; de la comparación con las conseguidas en la llave, aparecen el nombre de la camarera, de un mozo de limpieza del Rex, llamado Aboul: hay otras dos que no han podido identificarse y que son iguales a las que aparecen en el cuchillo. Deduzco que

unas son de usted y las otras serán las del asesino. Se ha examinado el registro de la Policía y no están registradas estas huellas.

—Sí, yo toqué el cuchillo y la llave. Sin duda alguna, las otras son las del asesino. De momento me parece muy interesante ese Aboul, el mozo de limpieza del Rex. Estudiaremos la forma de...

Se pusieron en pie y se lanzaron al agua. Aun cuando O'Brien

era mucho más joven que Morton, éste poseía una excelente musculatura, de masas alargadas, y muy pronto dejó atrás a su compañero, nadando a double over con una suavidad maravillosa, pareciendo resbalar sobre la cresta de las olas.

Fue después, al volver a tierra, cuando acordaron secuestrar al mozo del hotel; estaban dispuestos a hacerle hablar por todos los medios imaginables. Él podía proporcionar la pista verdadera, puesto que indirectamente intervino en el asesinato del hijo de Morton.

Aquella tarde, Leslie Morton, en su personalidad de europeo, alquilaba una pequeña villa junto al camino Djemaa el Mokra, en las proximidades del cementerio católico. Y al anochecer, cuando Aboul, joven de unos treinta años y de gran corpulencia, se dirigía a la puerta de servicio del Hotel Rex, a cumplir su tarea de mozo de limpieza, le salió al paso

O'Brien,

levantándose la solapa izquierda de su chaqueta para enseñar una chapa, mientras el bolsillo de su derecha aparecía abultado:

—Te esperan en la Comisaría, Aboul, para hacerte unas preguntas. Estoy apuntándote. ¡Sube enseguida a ese coche, sin armar alboroto!

El sorprendido mozo, que debía de entender el francés, quedóse inmóvil un momento y obedeció al empujón imperioso del supuesto agente secreto de la Policía Internacional de Tánger.

Ya en el interior del coche, conducido por Morton vestido a la europea, se veía un cuerpo humano tirado en el suelo. Al verlo, Aboul comenzó a decir:

—Yo no he hecho nada malo. ¿Qué quieren de mí?

—Cállate y será mejor para ti. El comisario desea hacerte unas preguntas y enseguida quedarás libre.

Arrancó el vehículo. En el asiento posterior iba

O'Brien

sin perder de vista al mozo del Hotel Rex. Dejadas atrás las calles más céntricas, Aboul observó que no era aquélla la ruta de la Comisaria.

—¡Eh! Por aquí no es...

Un brazo se le ciñó al cuello y una mano le aplicó a la boca un trozo de algodón empapado en cloroformo. Sus protestas y movimientos fueron reduciéndose hasta quedarse en un sueño profundo.

—¡Vamos allá, jefe! Éste ya está.

Poco después llegaban a la deshabitada casa, que tenía escasos muebles y sí mucha suciedad, y

O'Brien

quedóse a solas con el inanimado árabe, mientras Morton regresaba al centro de la ciudad, con el taxista todavía tumbado en el piso del coche. En una calle de reducido tránsito se apeó con parsimonia, cerró la puerta y se alejó a paso normal. Apenas hubo doblado la esquina, anduvo a zancadas, tomó otro coche, abandonándolo al rato de recorrer varias calles y observar por el cristal posterior que ningún otro vehículo le seguía con persistencia.

Cenó más temprano de lo corriente, en su habitación, después de caracterizarse de árabe, tomando la personalidad del jeque senusi Suleiman bey Kefrim. La camarera comentó, en su afán de agradar al ilustre huésped que la favorecía con propinas, la ausencia del mozo de la limpieza. Se quejaba de que ella había tenido que limpiar algunas habitaciones, cuando su deber se reducía —y lo manifestaba con orgullo— a preparar las camas de los huéspedes y atenderles en cuanto solicitasen.

Morton preguntó, como quien continúa la conversación por educación:

—Habría ido a divertirse.

—No digo que no, señor. Ese muchacho nunca me ha gustado. Más de una vez le he visto andar por los pisos a horas que no correspondía limpiar, y siempre contestaba con un pretexto que no me convencía. Más de una vez he pensado que muy bien pudo ser el que me quitó la llave.

—¿Vio usted algún detalle más en él, para acusarle de tal cosa? El carácter de las personas se conoce mediante el estudio de sus

hechos. Si usted hace memoria y recuerda algo importante que se refiera a él, podría ayudarle a adivinar si le quitó la llave.

La mujer, charlatana en demasía, vio la ocasión pintiparada de despacharse a su gusto hablando.

—Ahí tiene usted, un detalle: hará cosa no más de un mes, un huésped, en este mismo piso, lo encontró registrándole la habitación mientras hacía como que limpiaba. Le tenía ya abierta la maleta, Dios sabrá cómo. El huésped era inglés, rubio, muy alto y muy delgado, con un cristal de una gafa en el ojo izquierdo. Llegaron casi a pegarse, porque el muy ladino de Aboul se entercaba en decir que era al contrario, que él se había encontrado la maleta abierta y estaba cerrándola. Llegó a convencer al inglés, y luego a mí, que acudí a las voces, me dio diez francos con tal de que cerrase la boca. Y como el huésped no echó nada en falta, y la vida está muy mala, me callé; porque una es honrada, a pesar de los malos tiempos en que vivimos, ¿sabe usted?

Y así prosiguió, contando otras dos historias no muy honorables, referentes a Aboul.

—Yo nunca me lo he encontrado aquí —dijo el jeque.

—Claro, como que él viene a limpiar al anochecer, cuando ustedes están fuera. En cuanto llega la hora de la cena, su obligación es bajarse a la cocina y ayudar a servir a los camareros.

Pasados los postres, Morton cerró la puerta, una vez a solas, y puso en funcionamiento la diminuta emisora receptora. Se habría fumado tres cigarrillos, tumbado sobre la cama, cuando el aparato comenzó a acusar la llamada en Morse:

O'Brien

le solicitaba acudiese a verle vestido de árabe.

En un «taxi» se hizo llevar a la puerta del cementerio católico, y continuó a pie el resto de camino hasta la villa. Abrió con su llave la puerta de la verja y penetró en la casita, de una sola planta. El agente especial estaba esperándole, en mangas de camisa, despeinado y con los nudillos de los dedos despellejados.

—¿Qué hay de novedad, Edward? ¿Ha «cantado»?

—Ni una palabra, jefe, y conste que le he dado lo suyo. Le garantizo que me he empleado a fondo, pero es más duro que el pedernal, el muy condenado. Aprieta los labios y no dice siquiera esta boca es mía. Por eso le he llamado, a ver si a usted se le ocurre

algo. Le he registrado la ropa y no le encontré nada importante.

Morton, con su vestimenta de jeque, permaneció callado unos momentos, mientras paseaba la mirada por la habitación, contigua a la que encerraba al prisionero. No había muebles, excepto dos sillas, cojas y empolvadas, y una mesita, que en sus buenos tiempos sería para sostener una máquina de escribir. Miró en sus cajones, llenos de telarañas y papelotes, y no encontró tinta, que era lo que deseaba. Dirigiéndose a Morton, le ordenó:

—Sal con un cajón de éstos, fuera de la casa, y tráetelo lleno de arena. ¡Vamos a ver si ése se resiste a la prueba de la adivinación! Recuerdo que, hace unos años, también la utilicé con un moro, empleando tinta, y me dio resultado. Temen a los espíritus malignos.

Pasado un cuarto de hora, el escenario estaba preparado, a fin de impresionar el entendimiento primitivo del árabe. Había sido desprendido el cable de la luz y descendida la bombilla al suelo, envolviéndola en un papel secante, que daba su tono rojo a la destartada estancia. La mesa fue puesta en el centro, con arena esparcida sobre su superficie, y el supuesto Suleiman bey Kefrim sentóse, adoptando una postura impresionante, con su larga barba y bigote de puntas caídas, y ojos profundos de mirar penetrante.

O'Brien

sacó al prisionero de la otra habitación, atado de brazos y muslos, dejándole una mínima libertad de movimientos para dar pasos cortos, y lo colocó en pie frente al jeque, que estaba de espaldas a la luz. Todo esto en un silencio que atosigaba por su pesadez y que predisponía al misterio que iba a representarse.

Los ojos de Morton se fijaron en el secuestrado, que tenía la faz llena de sangre, rota la ropa y desmadejado por el «interrogatorio» del agente especial. Comenzó a hablar el jeque Suleiman bey Kefrim, en árabe, recitando primeramente la Sura de la Inmunidad con una voz grave, bajísima, a la vez que levantaba las manos hasta la altura de los hombros:

—Sólo verá el templo de Alá aquel que crea en Él y en su último día. Quien siga sus reglas, pague los tributos y no tema a nadie más que a Alá. Así estará entre los de la justa senda. Amén.

Hubo un corto silencio, durante el cual el jeque clavó su mirada en los ojos del secuestrado que permanecía anhelante. Luego

prosiguió diciendo, también en árabe:

—Aboul: se te cree culpable del asesinato de un infiel. La muerte de un kafaran no es pecado para el muslim que la ejecuta, pero si tú no la cometiste, debes decirlo, porque la mentira sí te apartará del camino de los justos, y caerás en las llamas eternas de los jinns. Yo poseo la prueba de la adivinación, porque Alá me concedió el don de ver el pasado y el futuro de los seres mortales. En esta arena leeré primero tu pasado, Aboul, y entonces no podrás mentir.

Temblaban las piernas del árabe, caído en la trampa, pero sus labios sólo emitieron un suspiro. Suleiman bey Kefrim puso las manos, abiertas sobre la arena de la mesa, y con los dedos fue haciendo surcos y más surcos, lentamente, como si acariciase oro en polvo. De pronto, una voz que parecía lejanísima fue tomando robustez:

—Te veo, Aboul, arrodillado en el suelo de una habitación, en una alcoba. Has abierto una maleta y estás registrándola. El dueño de ella aparece en la puerta y te sorprende. Es alto, muy alto y delgado, y en la arena le veo muy poco la cara, pero algo brilla en su ojo izquierdo, como si llevase un cristal... Ahora habla... Te acusa de ladrón... —Oyóse un estertor gutural y otra vez la voz de ultratumba—: Se está borrando la imagen en la arena, Aboul, pero eres culpable.

Y siguió un silencio terrorífico, aumentado por la postura inmóvil del jeque con su aspecto sobrenatural en juego con la penumbra roja de la estancia. El árabe respiraba afanosamente, se humedecía los labios y parecía hipnotizado de aquellos dedos que descubrían el pasado de los hombres en la arena. El mismo O'Brien,

que ignoraba esta historia, se hallaba sobrecogido a su pesar, y por ello su voz fue débil, rota, al solicitar, prosiguiendo la comedia:

—¡Oh jeque! Pregunta más a la arena. Escarba en ella y saca a la luz el pasado completo de Aboul, el miserable.

Otra vez las grandes y nervudas manos se extendieron, como alas de ave malagorera, sobre la arena. Sus pupilas se dilataron extraordinariamente y la voz ultraterrenal vibró en el cerrado aire de la habitación, arrancándole resonancia por la desnudez de las paredes:

—Veo un pasillo largo, largo, con puertas a los dos lados...

Aboul aparece, despacio... Se detiene... Mira al frente y atrás... Adelanta, adelanta y llega a la puerta entreabierta de una habitación que tiene la luz encendida... Una mujer está allí...

—¡Sí! ¡Sí, es cierto! —gritó histéricamente Aboul, tembloroso.

No había podido resistir la aparatosa prueba y confesaba su culpabilidad. Cayó de rodillas en el suelo, sollozando, y tapándose la cara con las manos, como si los demonios estuviesen ya a su alrededor queriendo quitarle la vida.

—¡Cuenta, Aboul, cuenta! —ordenó el jeque, en su tono solemne de profecía.

—Yo me apoderé de la llave. Me lo ordenó Zoraida; ella me dijo que la maldición de Alá había caído sobre el infiel del cuarto ciento tres del hotel. Necesitábamos la llave, para matarlo mientras dormía sin que nadie se enterase. Azim fue encargado. Yo le di la llave al pie de la escalera, aquella noche, que se la había quitado un rato antes a la camarera del piso, cuando estaba durmiéndose en una silla.

—¿Dónde está Zoraida? —interrogó
O'Brien,
impulsivamente.

—En Mostaganem. Se marcharon hace unos días y yo me quedé de jefe de los cuatro que quedábamos aquí.

—¿Quiénes son? ¿Cómo se llaman y dónde podemos encontrarlos?

—Dos murieron la otra noche siguiendo a un americano amigo del que murió en el Hotel Rex; yo no conozco siquiera a ese americano. Me avisó su llegada el otro addaíta, empleado en el Consulado, que también murió ayer.

—¿Quién más te queda en Tánger?

—Nadie más; he teleografiado a Mostaganem diciendo lo que pasaba.

Morton hizo un gesto a
O'Brien

de que se lo llevase a la otra habitación. Cuando regresó, solo, le comunicó:

—A este hay que meterlo en la cárcel. Cuéntale al cónsul nuestro todo, menos que yo estoy aquí. Dile que mañana sales para Mostaganem, en barco, y necesitas dinero, en francos franceses:

cincuenta mil. Mañana me esperarás a las once, en el Zoco Grande, dispuesto para el viaje. Tú sígueme los pasos y toma pasaje donde yo lo tome. Iré de jeque. No me mirarás siquiera.

Aquella misma noche,

O'Brien

entregaba a Aboul al cónsul norteamericano, quien, a su vez, lo llevó a la Comisaría de la Policía Internacional, acusándolo de los cargos que le indicó el agente especial del

F. B. I.

Éste recibió de Sarah Miller una sonrisa y unas frases de agradecimiento por haberle salvado la vida. Fue un instante delicioso para

O'Brien,

que pareció perder, durante un segundo, su habitual desenfado. Pronto se recobró, y poco más tarde, se hallaban ambos jóvenes en el

Brook's,

bailando hasta la madrugada, y comenzando un idilio matizado de rosa.

Fue al saltar del trampolín de la piscina, bajo la luz pálida de los potentes focos que la bordeaban, y dentro del agua, donde

O'Brien

se atrevió a besar a la joven.

V

EN LA BOCA DEL LOBO



mañana del día siguiente, cuando
O'Brien

ERÍAN las once de la

llegaba al Zoco Grande, lugar con sabor típico y excitante para los ojos forasteros. Un piélago de flores se unía con su colorido al reverbero del sol en las encaladas paredes de las casas. Un zumbido de colmena se elevaba al cielo azul, producido por los numerosos compradores y vendedores de las más variadas mercancías. En los

bakalitos aguardaban los moros envueltos en sus chilabas; esparcidos en el suelo, sobre una tela, o en cestos, panes de harina de trigo, ofrecidos por mujeres árabes de carne flácida y arrugada, cubiertas muchas de ellas con grandes sombreros de paja; otras ofrecían pollos, frutas, especialmente higos; carbón de leña, mientras sus maridos se hallaban tomando té con los amigos, los mismos maridos que, durante el viaje de su montaña a la ciudad, habían bajado en borrico, y ellas andando, con los pies descalzos, y a las espaldas, el haz de leña o la mercancía, además del chiquillo.

En un rincón de la plaza, un grupo de curiosos rodeaba a un encantador de serpientes, que arrancaba a su flauta una tonadilla quejumbrosa. El reptil se erguía sin gracia, como si a un viejo asmático y con reuma le hiciesen bailar al son del pandero. Los narradores de cuentos también atraían a los árabes, siempre dados a la fantasía, soñando con el príncipe que, de la noche a la mañana, los hiciese grandes visires y los casase con su hija, como se cuenta en Las mil y una noches. Un titiritero alardeaba de su agilidad y destreza, ayudado por un niño que debía tener todas las articulaciones descompuestas. Mendigos, leprosos, ciegos, implorando la caridad ajena.

Y sobre aquel barullo, variedad de tipos y coloridos de vestimentas, el repetido y monótono grito de los aguadores susis, diciendo con voz ronca y sin vida:

—¡El mal! ¡El mal! [8].

O'Brien

dio una vuelta al mercado, hasta que logró ver a Morton, envuelto en albornoz y sobresaliendo entre la muchedumbre de nativos y extranjeros, por su gran estatura y aspecto venerable. También el jefe del Estado Mayor del

F. B. I.,

le había visto, y ambos cruzaron una mirada de inteligencia.

El supuesto jeque, que de todos los moros recibía una inclinación respetuosa, por su categoría y por ser hadji, salió del mercado, en dirección al puerto pesquero, seguido de

O'Brien

a prudente distancia.

El joven agente habló con el mismo patrón moro que acababa de conceder pasaje en su barco de vela al jeque. Un comisionado de la

Aduana y otro de la Policía inspeccionaron los papeles y no pusieron impedimento alguno, puesto que otros viajeros con poco dinero también usaban este medio de transporte, en viaje de cabotaje, para visitar otros puestos norteafricanos.

La travesía del estrecho de Gibraltar no fue muy tranquila, porque el choque de las dos corrientes levantaba un gran oleaje. El jeque simulaba orar, moviendo los labios incesantemente y pasando entre los dedos las cuentas de su rosario. Los árabes le miraban con un respeto profundísimo, y cuando llegó la oración del mediodía, entonaron con él la *shahada* o acto de fe pública de que sólo Alá es Dios y Mahoma su profeta.

—*Allah il allah, la, la, la... Allah il allah, la, la, la...* —se repitió varias veces, en un canto general de voces roncadas y guturales que amedrentaban.

O'Brien

contemplaba el espectáculo, y él, norteamericano hasta la médula, hombre positivista cien por cien, sintióse conmovido ante el poder de la religión, que iluminaba aquellos rostros barbudos, feroces y sucios, confiriéndoles nobleza.

Fueron quedando pasajeros en los distintos puertos del Protectorado español en Marruecos, pasaron Oran y llegaron, por fin, a la ciudad de Mostaganem.

Población costera de importancia, dedicada a las pesquerías especialmente, mostraba en su puerto una gran animación. Al fondo, sobresaliendo de las terrazas de las casas y de las copas de las palmeras mecidas por la brisa, se destacaba la alta mezquita o *zawia*, con sus murallas almenadas, las cúpulas y el rechoncho alminar, desde donde el *muezin* invitaba a los fieles musulmanes a la oración a las horas debidas.

Las calles estaban transitadas por beduinos de albos ropajes, con el *baffiyeh* protegiéndoles el cuello del sol, ligado en la frente con el *agal* o cuerda de pelo de cabra; muchos «spahis» franceses, charlando, fumando y molestando a cuantas mujeres se encontraban al paso. No faltaba en la población el casi característico hediondo olor, donde enjambres de moscas pegajosas molestaban más de la cuenta.

O'Brien

seguía a Suleiman bey Kefrim, desconcertado, sin saber todavía qué

«papel» le correspondía hacer a él en Mostaganem. El joven estaba preparado, desde antes de salir del barco, a recibir cualquier información radiotelegráfica; llevaba preparada en los bolsillos del pantalón las diminutas emisora y receptora. Vio cómo el fingido jeque volvía la cabeza hacia él, y este movimiento le bastó.

Ambos agentes del

F. B. I.,

con las manos ocultas entre la ropa, comenzaron a comunicarse y a recoger los puntos y rayas radiados. Tan grande era su práctica, que iban deletreando los mensajes sin necesidad de escribirlos. Suleiman aconsejaba a

O'Brien

se buscase hospedaje, diese unas vueltas por la ciudad, curioseándolo todo, y luego indagase acerca del paradero de la mujer mora llamada Zoraida.

Aquí se separaron los dos compañeros, cada uno determinado a triunfar en su tarea respectiva. El jeque, sin impedimenta de viaje alguna, se encaminó a las afueras de la ciudad, donde estaba la mezquita, rodeada de copudas y gráciles palmeras.

Dejando las babuchas a la entrada del recinto sagrado, Morton penetró con los pies desnudos, recreándose ante la belleza del mihrab; admiró la elegancia de las columnas de pórfido y de mármol, y las maravillosas vidrieras de color en la cúpula. El tallado y la construcción del púlpito, en maderas de Bagdad, era un verdadero alarde artístico.

Con la unción que podría exigírsele a su jerarquía dentro del Islam y a su categoría de hadji, así aparentó orar Morton, mientras sus ojos no cesaban de percatarse de cuanto le rodeaba. Había pocos fieles y pronto se dio cuenta de que su presencia había ocasionado la salida de un árabe, con sus distintivos de jeque. Se hallaba detrás de una columna, y a él se dirigió decididamente Suleiman, dispuesto a meterse de cabeza en la boca del lobo. Aquella mezquita había sido levantada por los addauitas. Hizo la reverencia de rigor en la etiqueta árabe, llevándole la mano diestra al pecho y a la frente, saludando en árabe:

—*Salaam aleikhum!*[9].

—*Aleikhum es salaam!*[10] —fue la respuesta del jefe espiritual de la zawia, *imán*[11] de avanzada edad y larga barba blanca.

—*Bismillahi rahhmani rrahhim*^[12] —dijo Morton.

—El *hamdu lillahi rabi lalamin*^[13] —repuso el jeque de la mezquita, afablemente—. ¿Eres forastero?

—Sí, hermano. Nací en Kufra, en la Libia, y he sido jeque en la mezquita de Bardai. Después, las intromisiones de los infieles, ¡que Alá sepulte en los infiernos! me hicieron salir de allí y dedicarme a predicar y luchar por la guerra santa. Vengo en busca del cabeza de los addauitas, a fin de cambiar impresiones con él, y llegar a un acuerdo en bien de nuestras creencias. Represento a los *senusis*. Tú podrás informarme, hermano.

—La morada de los infieles está en el infierno y jamás saldrán de allí —corroboró. Y a continuación—: El jefe de los addauitas está ausente; se halla en El Cairo y no sabemos cuándo volverá. Pero pasa a mi morada y en ella serás admitido y atendido como huésped de honor.

Morton acompañó al sacerdote, salieron del templo y atravesaron un patio con una fuente en surtidor y cubiertas las tapias de trepadoras que alegraban la vista, a la vez que el olfato se deleitaba con los aromas a jazmines y a azahar. En las habitaciones del anciano, sentados en blancos cojines, al estilo moro, comieron tortas y dulzones dátiles pegajosos, y tomaron el inevitable té cargadísimo de esencias.

La conversación se encaminó por la senda religiosa, comentándose la necesidad de reavivar la fe musulmana en aquellos árabes que cedían a los halagos de la vida moderna. El *isman* era partidario de realizarlo mediante la persuasión y el ejemplo; pero Morton, más fanático que el addauita, al parecer, batallaba por la violencia armada si fuere preciso. Cuando lo creyó oportuno, manifestó:

—Me entristece el alma pensar que no podré ver a vuestro jefe espiritual. Me dijeron que se llama Adda Ben Tounes. ¿Acaso no ha dejado a nadie en su puesto?

—Calma, hermano, y podré arreglar una solución. Confía en mí, y entre tanto, dispón de esta humilde morada como si fuese tuya.

—No quisiera molestarte mucho, hermano. Sagrados son los deberes que me traen a esta tierra, pero también en otras me esperan.

Durante el día completo que Morton paso con el sacerdote, se

comportó como el más fiel musulmán. Acudía al templo constantemente, hacia las abluciones en la fuente del patio y, en las horas restantes, se sentaba en su habitación y pasaba las cuentas del rosario, moviendo los labios, o fingía estar absorto en la lectura del Corán, pero siempre procurando que la puerta o la ventana estuviese abierta, a fin de que observasen sus piadosos ejercicios.

Al día siguiente, al llegar la noche, después de frotarse la cara con agua y disponerse a orar, el sacerdote le hizo señal de querer hablarle. Morton, en su «papel» de senusi exaltado, obligó al otro a rezar con él los siete versículos de la oración, empezando con la invocación:

—Por la noche, cuando esta descende con la luna, y cuando ésta se remonta, quiero refugiarme en Ti, mi Dios de la Aurora.

Luego, al terminar, el sacerdote le comunicó:

—Mi corazón está afligido, hermano. Has de marchar, si deseas seguir tu difícil camino. Cumplí tu encargo y podrás hablar con una persona que te escuchará como Adda ben Tounes. Afuera espera un automóvil.

Dándole las gracias por todos sus favores, Morton se despidió del jeque de la zawia, hombre bondadoso, que seguramente era una pantalla protectora de los turbios manejos de la política seguida por los dirigentes addauitas.

Efectivamente, fuera de la mezquita esperaba un coche. El resplandor argentado de la luna permitía ver al conductor, un moro, y a otro sentado a su lado. Morton subió al asiento posterior y el vehículo arrancó.

Durante toda la noche corrió el coche a gran velocidad por una carretera pedregosa, dejando atrás páramos desolados que poco a poco iban sembrándose de pedruscos, a la vez que el camino se hacía más pendiente. Hacía frío, frío extremado, característico de aquellas tierras desoladas y yermas.

Amanecía cuando llegaron a una especie de mesón, al pie de una montaña escarpada, donde terminaba la carretera. Morton sabía que se trataba de las estribaciones de los Atlas, cuyos picachos aparecían desdibujados al fondo.

Respetuosamente, los moros le ofrecieron té, pastas secas e higos, acompañándole antes en la oración del amanecer, arrodillados y en dirección a la Meca. Les sugestionaba la presencia

del jeque senusi.

El mesonero puso a disposición de los viajeros tres caballos de poca alzada y de patas finas y nerviosas. Los dos árabes guías montaban bien, a su estilo, pero el del

F. B. I.,

no les iba a la zaga, conteniendo con mano suave, pero enérgica, la sangre hirviente del corcel.

Siguiendo senderos, bordeados de matorrales espinosos y resecos, fueron ascendiendo. El paisaje carecía de belleza, repitiéndose con sus lomas peladas, sus pedrizas y algunos riachuelos.

El supuesto jeque Suleiman bey Kefrim cabalgaba en medio de los árabes, en silencio, no rebajándose a entablar conversación con dos criados, sin duda alguna. Tras la oración del mediodía comieron y reanudaron la marcha bajo un sol limpio, menos cálido que el de la llanura, dada la altura del lugar que recorrían.

Atardecía, cuando el que iba delante detuvo su cabalgadura y se empinó en los estribos. Volvió la cabeza, diciendo en su lenguaje:

—¡Estamos llegando! ¡Ya nos han visto!

Abajo se distinguía un valle amplio, cruzado por un arroyo, y en el centro, sobre una loma que dominaba los próximos alrededores, se elevaba una especie de fortaleza, con sus murallas almenadas y encaladas, muy al gusto de las construcciones moras. Un grupo de jinetes subía por un ancho camino, a todo galope, enarbolando armas largas, que despedían reflejos a la luz solar.

A la vez que experimentaba una sensación de alegría, por el inminente descubrimiento, sintió temor: iba a enfrentarse con el misterio, más el fin de su misión era castigar a los culpables del asesinato de su hijo y esclarecer la desaparición de Peter Ford, el agregado militar del Consulado norteamericano en Tánger. Recordó a Edward

O'Brien,

que aún estaría en Mostaganem, esperando órdenes; ninguno de los dos podía suponerse que el lugarteniente de Adda ben Tounes tenía su cuartel tan lejos de la población y en un sitio tan recóndito, en las entrañas de los agrestes Atlas.

Iniciaron el descenso, saliendo al encuentro del pelotón, que les rodeó con algarabía de voces y gritos árabes. Todos los recién

llegados, con tarbuch rodeado por un turbante blanco, miraron al jeque con curiosidad, tras las primeras saluciones, más no hicieron pregunta alguna, señal de que conocían su llegada.

Escortado como si se tratase de un príncipe —aunque a Morton le pareciese ser conducido prisionero—, bajaron la ladera, sembrada de guijarros, que entorpecían la pisada de los caballos.

Vio en las murallas asomar los cañones de ametralladoras montadas sobre trípodes; creyó reconocerlas, de marca «*Wickers*». El lugarteniente de Adda ben Tounes no estaba equipado a la antigua, y, además, había elegido el mejor lugar para aislarse y defenderse de cualquier incursión de los rifeños. Las armas de la escolta eran fusiles de último modelo, contrastando los alfanjes y cimitarras que llevaban al costado.

Abrióse la enorme puerta de maciza madera claveteada, y salió a darle la bienvenida, ceremoniosamente, un moro alto, que le invitó a apearse y a seguirle. Atravesaron un jardín de ensueño, donde el canto de los pájaros se unía al murmullo de los surtidores, y el aroma de las flores se amalgamaba al olor de las plantas exóticas. En un estanque de aguas límpidas, que reflejaban el cielo con la tersura de un espejo, unos cisnes permanecían inmóviles, como dormidos al calor del sol. Grandes pavos reales, de plumaje multicolor y atrayente, recorrían las estrechas avenidas arenosas, perdiéndose entre los verdes macizos y los árboles.

Levantando la cabeza, y mirando a su alrededor, Morton observó que en la muralla hacían guardia seis centinelas, colocados en los sitios más estratégicos, junto a las ametralladoras, y disponiendo de prismáticos.

Escapar de allí, a la fuerza, sería muy difícil; se imponía el empleo de la astucia. Determinado a descubrir el misterio, atravesó el umbral del palacio de mármol que se erigía en el centro del jardín. Tapices, sedas, brocados, mármoles, dorados y terciopelos ornaban los salones con un gusto refinado. Criados negros, casi desnudos se inclinaban, saludando al visitante, que caminaba con paso largo y elástico, sintiendo la dureza del revólver contra el pecho, único amigo suyo en aquella mansión de esplendor, nido del enemigo.

El acompañante del fingido jeque se detuvo ante un cortinaje, lo levantó en parte, dejando paso franco, y se echó a un lado. Sereno,

al parecer, tensas las mandíbulas y su característico mirar de águila, pasó majestuosamente Morton al interior.

Una mujer mora, por él desconocida, reclinada en unos cojines a modo de diván. Era bellísima, de piel aceitunada, cabello largo, negro, cayéndole sobre los desnudos hombros, brazos torneados, cuerpo de proporciones de hurí, contorneado por una túnica de gasa azul celeste. Calzaban sus pies unas chinelas bordadas en oro. Su rostro hubiese recordado a las bellezas griegas, si las aletas de la nariz no hubiesen sido tan abiertas ni los labios tan gruesos e incitantes. En sus oscuras pupilas latía un mar proceloso, cuajado de insondables abismos. Acogió al visitante con una graciosa inclinación de cabeza y le observó de pies a cabeza. Morton sostuvo la mirada, erguido y casi retador.

En un pebetero ardían sustancias aromáticas, perfumando el ambiente. A la derecha de la mora, tendida sobre el escalón de mármol, una pequeña pantera parecía dormitar, aun cuando sus fosforescentes ojos se entreabrieron a mirar al desconocido. Detrás de la mujer, un árabe corpulento y barbudo, quieto cual una estatua; detrás del jeque, el moro que le había guiado por el palacio. Todas las precauciones estaban tomadas.

Morton dedujo que aquella mujer tan seductora era Zoraida, la nombrada por el mozo de limpieza del Hotel Rex, la que había dirigido el asesinato de su hijo.

—Sé bien venido a esta morada, jeque, y considérate en tu casa. Te he recibido sin darte tiempo a descansar, faltando a las leyes de la hospitalidad, a causa de mi afán por conocer las noticias que deseabas darme.

—No es a ti a quién deseo ver. En Mostaganem pregunté por Adda ben Tounes y me dijeron de su viaje al Cairo, pero que me recibiría su lugarteniente.

—Soy yo, jeque —afirmó ella, sonriente, mostrando una hilera de perlas que resaltaban entre el rojo de sus gruesos labios.

Morton paseó la mirada, deteniéndose en el moro que estaba detrás de Zoraida y en el que se hallaba a su espalda. Después volvió a fijar la vista en la mujer. Ella comprendió su petición e indicó, mediante un gesto, a sus servidores que saliesen. Aparentemente quedaron a solas los dos, más él no ignoraba que, tras los tapices, habría una comunicación, por dónde le vigilarían y

escucharían.

—Siéntate, jeque, y tomaremos una taza de té.

Decir aquellas palabras y aparecer una esclava negra con una bandeja cargada de confituras y una tetera, todo fue uno.

—Siento, señora, no poder aceptar ahora tu invitación, aun cuando me considero ya entre amigos. El sol va a morir y antes necesito hacer mis oraciones. Si no te molesta desearía se me indicase un aposento solitario y se me proporcionase una jofaina con agua, a fin de reverenciar a Alá.

Zoraida dio unas palmadas y entró un criado nubio, que recibió las órdenes pertinentes, inclinado y mirando al suelo, con los brazos cruzados. Morton observó que llevaba una daga al cinto.

Siguiendo al criado, fue conducido a una pequeña estancia rodeada, igual que todas, de tapices y cortinas. Sabía que continuaban espíandole; hasta creyó escuchar una respiración.

Como conocía a la perfección el rito árabe, se puso de cara a la Meca, de rodillas, hizo las abluciones con el agua, rezó la Sura del anochecer, repitió siete veces los versículos y, por último, rezó la *Fatiha* de las despedidas:

—En nombre de Alá el misericordioso, el compasivo... ¡Alabado sea Alá, Señor de los mundos! ¡Rey en el día del juicio final! A Ti sólo veneramos y a Ti sólo acudimos pidiendo ayuda. Guíanos en la senda de la rectitud, la senda de aquéllos a quienes Tú has dado la gracia, aquellos contra quienes Tú no estás airado y quienes no se han desencaminado.

Hizo una pausa en su oración, dicha con solemnidad impresionante, y cuál no sería su sorpresa al oír decir en alta voz, de alguien que estaba escuchando y se le había escapado involuntariamente la palabra de ritual:

—Amin!

De un salto se puso en pie el fingido jeque, y de otro llegó al cortinaje del rincón derecho, de donde él juzgó había surgido la voz. Levantó el pesado tejido, dejando al descubierto una puertecilla y a un moro de espesas cejas, levantadas por la sorpresa, de nariz aguileña y de escaso bigote. Le cogió por el cuello con sus manos de hierro y lo arrastró al centro de la habitación, antes de que el otro se hubiese recobrado. Como por arte de magia, la estancia se vio llena de árabes, que sujetaron al enfurecido jeque.

Entró Zoraida, con ondulantes movimientos y dignidad de reina, dirigiéndose a Morton:

—Perdona a Azim, jeque, aun cuando haya cometido una grave falta de cortesía. Ordenaré que reciba el castigo merecido. ¿Has terminado ya tus rezos?

Manteniendo su «papel», Morton fingió estar encolerizado:

—¿Es así cómo se trata a los huéspedes de mi categoría? ¿Poniéndoles espías?

Zoraida se deshizo en excusas, que terminaron por amansar al enfurecido jeque, puesto que así le convenía a éste. Regresaron los dos al salón, donde tomaron el té aplazado.

Ante los requerimientos de ella, Morton repitió las falsedades dichas al sacerdote de la zawia de Mostaganem, recargando las palabras de odio hacia los infieles que osaban entremeterse en los asuntos internos de los musulmanes, y abogó por una unión de los pueblos del Islam para acogerse bajo la protección de una potencia extranjera bienhechora.

Mientras Morton hablaba, ella le escuchaba cada vez más interesada, mostrando en sus ojos una luz de satisfacción, cual si las afirmaciones de aquel hombre corroborasen algo que ella hubiese soñado, y ahora se encontraba a punto de verlo plasmado. El recalcó bien su condición de jeque en la mezquita de Bardai, aun cuando se temía que ella ordenase preguntasen allá la certeza de esta aseveración, pero las indagaciones durarían más que la gestión del jefe del Estado Mayor del

F. B. I.

Necesitaba conseguir la confianza de la mujer en pocas horas. Y ella parecía dársela ya, pues apenas si le dejó terminar, comenzando a decir:

—Muchas veces he repetido eso a Adda. El lleva una política de contemporización y sólo se muestra despiadado con nuestros desertores. Le incito a la unión de los musulmanes bajo la bandera francesa; está de acuerdo, pero lo relega y retrasa, pretextando motivos políticos internacionales.

Morton descubría ahora por qué una musulmana entendía en asuntos propios de hombres, a pesar de ser mujer: Zoraida poseía un cerebro masculino, violento y calculador. Su belleza no era más que un arma a emplear cuando sus razonamientos fallaban.

Ella proseguía hablando, ahora de su viaje reciente a Tánger, como prueba de su preferencia por la violencia:

—Nueve de los que solicitaron la ayuda de Norteamérica en contra de la protección francesa, cayeron bajo los cuchillos de mis hombres, hasta un norteamericano, un espía.

—¿Un norteamericano?

—Sí. Nos enteramos de que pensaba comprar una prueba delatora. Y ordené lo matasen —aseguró ella con una frialdad horripilante.

—¿No lo hiciste tú? —preguntó Morton por decir algo, pues sentía que el corazón amenazaba salirse del pecho. A un paso tenía a la persona responsable de la muerte de su hijo. Ahora buscaba a la mano ejecutora, con el fin de dictar sus sentencias de muerte.

—No; lo hizo Azim, ese que acaba de producir el incidente, y, por cierto, lo hizo bastante mal: recibió un balazo en la pierna.

—¿Cómo lograsteis burlar a la Policía Internacional de Tánger? ¿No es muy eficiente?

—No podían sospechar de nosotros. Aquella misma noche del americano, murió también un ropavejero que podía habernos delatado. He recibido noticias de que otros agentes americanos están acabando con mis hombres de allí. Ya es tarde. En Tánger ya nada tengo por hacer. ¿Estuviste en Tánger?

—No, vengo de Trípoli, en viaje de captación a mi idea. Pienso ir allá y luego dirigirme a París, donde podremos conseguir ayuda monetaria y armas, si fuere preciso. He viajado mucho y conozco las costumbres y el lenguaje de los infieles. Ya voy teniendo años y quisiera, antes de morir en una emboscada, ver libres y poderosos a los senusis, mi amado pueblo.

Les interrumpió la conversación la entrada de un chiquillo de unos doce años, de pelo rizado negrísimo, cara graciosa y cuerpo desarrollado y ágil. Sus facciones eran copia de las de Zoraida y en sus ojos existía una expresión despierta. Zoraida sonrió al niño y le invitó a acercarse.

—Ven, Mohamed; pasa —y dirigiéndose al jeque—: Es mi hijo.

El chiquillo se acercó, un poco receloso del desconocido. La pantera se rozó con su pierna, igual que si fuese un perro en vez de una fiera. La madre abrazó al chiquillo, variando el gesto de su

rostro por completo. Ella, la mujer cerebral, dictadora inflexible de los más repugnantes y cobardes crímenes, no podía evitar su instinto maternal. Mientras Morton acariciaba la cabellera rizada del niño, preguntó:

—¿Tuyo y de Adda?

Ella negó con la cabeza, sonriendo tristemente. No dio ninguna explicación, prueba de que no quería recordar algo triste o desagradable. El jeque observó que la tez del niño era morena, de estar al aire libre, pero no tenía el tinte específico de los árabes. Supuso que el padre era un mestizo o pertenecía a la raza blanca.

Zoraida preguntó cariñosamente a su hijo:

—¿Querías algo?

El niño mostró un libro en la mano y, abriéndolo, señaló una línea:

—No sé lo que esto dice, madre.

Ella se inclinó a mirar y manifestó:

—No conozco esa palabra, hijo —y notificó a Morton, con una sonrisa de disculpa—: Desde pequeño he tratado de hacerle estudiar, hasta conseguirlo. Estudiaba en Mostaganem, pero al venirme aquí, lo traje conmigo; no puedo separarme de él. Aquí no hay quien sepa inglés; yo entiendo muy poco, y, a veces, me pone en unos apuros...

—¿Qué palabra es? —interrogó el fingido jeque, tomando el libro en sus manos.

Se trataba de una gramática inglesa, y la palabra era *bough-pot*.

—Quiere decir: «florero», y la frase entera es: «Las rosas del florero se secaron».

El niño se quedó mirando al jeque con la boca entreabierta; tal vez, la demostración de sabiduría y el tono grave y magnético de la voz de Morton cautivó al muchacho, que se retiró con una inclinación de cabeza.

—Nunca pensé que una mujer como tú tuviese hijos —manifestó Morton en cuanto quedaron a solas, deseoso de conocer la vida de la mora.

—Sólo tengo éste. Lo tuve siendo muy joven, a los dieciocho años, de un... —se contuvo y cambió su gesto de añoranza por otro descaradamente cínico—. ¡Bueno! Lo pasado, pasado. En Orán pasé la infancia; soy argelina, y me ocurre lo que a ti: amo a mi pueblo.

Una vez solo en su cuarto, lujoso y elegido personalmente por Zoraida, Morton oró, antes de acostarse en los almohadones. No pudo conciliar el sueño. Estaba metido en el cubil de los criminales addauitas; ya conocía a los asesinos de su hijo. Le quedaba saber el paradero de Peter Ford, el agregado militar norteamericano.

Y lo supo al día siguiente, cuando, después de conversar con Zoraida, a media mañana, ella le invitó a contemplar los ejercicios militares de sus hombres. Acompañados por el niño, que había vuelto con sus consultas al jeque, salieron del palacio y se encaminaron a la parte posterior del edificio.

Allí había un gran claro en el extenso jardín amurallado, y se levantaba un edificio de un solo piso, de paredes encaladas, donde reverberaba el lúcido sol. En la explanada, una sección de cincuenta moros se ejercitaban en el manejo de los fusiles y ametralladoras, desplegándose y haciendo retiradas. Los mandaba un hombre, cuyas facciones no se distinguían por estar de espaldas y a alguna distancia. Vestía pantalón de montar y camisa caqui. Alguien le tuvo que avisar de la llegada de los visitantes, pues volvió la cabeza y seguidamente ordenó «¡Alto!». Las fuerzas formaron en tres filas, con una precisión admirable, como si fuesen a ser revisadas por la dueña de la fortaleza.

El hombre de los pantalones *breeches* se fue aproximando. El jeque vio, con estupor, que su cabello era rubio y sus rasgos no tenían nada de árabes. Había encontrado al desaparecido Peter Ford, pero no se presentaba con cadenas y atormentado, sino que parecía sano, feliz y sonreía rendidamente a Zoraida. Ésta presentó, en un francés fluido:

—Jeque, aquí tiene un buen amigo de los musulmanes. Se ha convertido a nuestra religión y nos ayuda a disciplinar a los hombres, para cuando llegue el gran momento: la hora H, como dirían los norteamericanos, ¿no es así, capitán Ford? Le presento al jeque Suleiman bey Kefrim, representante de las aspiraciones senusis. El aportará un gran número de combatientes a nuestra causa, a la causa de todo buen creyente.

Era indudable que Peter Ford no sospechaba, ni remotamente, que se hallaba frente al jefe del Estado Mayor del

F. B. I.,

de su país, como hasta entonces nadie lo había sospechado, pues

sonrió amablemente, saludando también en francés:

—Espero que cooperemos por el bien del Islam.

Morton no podía hablar; la serenidad le faltaba; sus nervios, excitados, estaban a punto de impulsarle a pisar al reptil que había traicionado a su patria, siendo la causa de la muerte de su hijo. Se limitó a responder con una inclinación de cabeza. No notó el militar el frío saludo, pues estaba pendiente de la bella mora; había caído en sus redes amorosas, era más que evidente. Morton comprendió la intriga, la médula de lo que hasta entonces fue un misterio. Tendría que aguardar a otra ocasión más propicia para poner las cosas en su punto, y dar a cada uno su merecido; juraba *in mente* que la ocasión llegaría.

Le distrajo de sus pensamientos un altercado en las filas de los árabes. Ford y Zoraida se adelantaron, extrañados. El jeque les siguió, acompañado del niño, que no se separaba de él un momento, encontrándole un atractivo especial, algo que no tenían sus otros amigos. Durante la clase de inglés, pues las consultas en su habitación fueron muchas, el chiquillo recibió con agrado las enseñanzas y las palabras cariñosas del jeque.

El causante del alboroto era Azim, que se resistía a recibir órdenes de un «*spahi*», en funciones de sargento. Ford no se encolerizó al oír que Zoraida disculpaba la indisciplina de su secuaz; ello demostraba que era un simple monigote en manos de la hermosa mujer, y su paso al islamismo no se debía a un sincero cambio de fe, sino a su deseo de convivir con ella.

Morton vio llegada la ocasión de imponerse, de mostrar su autoridad, vengarse, y hacer ver que no tenía miedo a nadie, a pesar de hallarse entre desconocidos dentro de la fortaleza. Contaba de antemano con la simpatía de los otros árabes, que nunca podrían ver con agrado los privilegios de que disfrutaba uno como ellos.

Agarrando a Azim por el brazo, de un tirón lo sacó de las filas y de un manotazo le arrojó el fusil al suelo. Reaccionó primeramente Zoraida, encolerizada por la intrusión del forastero.

—¿Qué haces? Si yo digo que...

—Tú no puedes decir nada en contra de nuestra causa, y la disciplina es necesaria para conseguir la victoria. Ordena ahora mismo que le den cincuenta palos en las plantas de los pies, o si no tendré que...

—¿Tendrás qué...? —preguntó Azim, desasiéndose bruscamente, bravucón, por el apoyo que le prestaba su dueña.

—Tendré que castigarte yo mismo —anunció sombríamente Morton—. Soy un jeque y merezco el respeto de cuántos profesen el islamismo.

—Serás lo que seas en tu tierra, pero aquí no eres nadie —aseguró Azim, envalentonado.

El puño derecho de Morton describió un arco, de abajo arriba, y fue a golpear con la fuerza de un ariete la barbilla del asesino, que cayó a tierra, escupiendo sangre y dientes. Se revolvió con la agilidad de un gato, se puso en pie, desenvainando el alfanje, que le colgaba al cinto, sable corto y con filo por un lado y afilado por ambas partes en la punta, arma peligrosísima en manos de un experimentado. Avanzaba paso a paso, aproximándose al jeque, con un rictus feroz en su cara de patibulario.

Morton dio un salto de costado, refugiándose entre las filas de árabes que presenciaban la escena sin atreverse a intervenir. El del F. B. I.,

empuñó el alfanje que uno de ellos le tendió disimuladamente, y salió al descubierto, acero al frente, dispuesto a jugarse la vida. No sentía miedo, no podía sentirlo, porque se trataba de una venganza personal y la sangre le hervía, aun cuando procuraba conservar la calma.

Azim sonrió siniestramente al ver armado a su enemigo, como despreciándole, más dejó de avanzar, y espiaba el momento propicio para atacar. Los dos contendientes contenían la respiración y se miraban fijamente a los ojos, intentando adivinarse el pensamiento. Los circunstantes permanecían a distancia prudente, en silencio. El niño se había cogido a la mano de su madre, que contemplaba la escena con una sonrisa desdeñosa en sus labios atrayentes. Ford, a su lado, trataba de comprender la causa de todo aquello, y no osaba opinar ni interponerse.

Fue Azim el primero que atacó, astutamente, con el alfanje golpeando a derecha, para luego cambiar en el aire de dirección y descargar un golpe de arriba abajo capaz de partir en dos a un buey. Morton elevó el brazo derecho y opuso su acero, por el lado sin filo. Del choque saltaron chispas y él sintió que la muñeca se distendía, acusando seguidamente un dolor insoportable. No

obstante, había logrado salvarse. Intuyó, más que vio, el brillo del acero de Azim, que le amenazaba otra vez, con un amago a la cintura, en diagonal, queriendo coger de sorpresa al jeque. Éste echó un paso atrás y, al mismo tiempo, sacudió un golpe al cuello del asesino, que tuvo la habilidad de agacharse y dejar que la lámina cortante le pasase por encima de la cabeza.

Los golpes, las tretas y los ataques se repitieron; sudaban ambos combatientes bajo el sol africano, con las ropas hechas en jirones. Hubo un momento de intensa emoción, cuando se cruzaron los dos aceros, se corrieron hasta la empuñadura, y los dos luchadores se encontraron frente a frente, casi pegadas las caras, con los músculos en tensión. Azim vio que unos ojos acerados le taladraban, le horadaban como puñales y leyó en ellos su sentencia de muerte. Morton sólo vio en los del otro un destello de ferocidad. De una sacudida brutal, de antebrazo, rechazó a Azim, arrojándolo al suelo, pero éste levantó las piernas y mantuvo el acero al frente, protegiéndose hasta levantarse.

De nuevo se enfrentaron, a tres pasos de distancia, con el brillo del furor en las pupilas. Atacó valientemente el del

F. B. I.,

dirigiendo un golpe de arriba abajo a la cabeza de su contrario, que levantó horizontalmente su alfanje para protegerse, más el acero de Morton cambió en el aire, describió una curva y descargó un golpe al costado descubierto del otro. El filo se abrió paso en la ropa y mordió en la carne. El asesino vaciló y lanzó un aullido de dolor, pero la herida no era mortal. Hurtando el cuerpo, que sangraba, y cojeando, se arrojó locamente contra Morton. Este puso el alfanje de punta y al mismo tiempo levantó el pie derecho, golpeando la rodilla la pierna coja de Azim, derribándole a tierra.

Y allí, amenazándole de muerte, le mantuvo impotente unos momentos, para enloquecerlo del todo y hacerle saborear la amargura que también sintieron sus inocentes víctimas. Y como refinamiento de su venganza, retrocedió, dejándole levantarse.

Azim había perdido la serenidad y sólo veía sangre, un turbio velo que oscurecía su vista, unido al terror a morir. Era cobarde, como todos los asesinos. Quiso salvarse y se lanzó al ataque con un grito de guerra. Morton le dejó pasar, agachándose y echándose a un lado, sin oponerle el acero, pero cuando tuvo al otro de espaldas,

le sacudió un tajo al hombro derecho, que le rompió la clavícula, dejándole inútil el brazo armado. Y entonces se invirtió la escena primera. Azim, en pie a duras penas, sin poder huir, por estar cojo y sangrando, con un alfanje en la mano, pero sin fuerzas para utilizarlo, vio acercarse con una lentitud sádica al jeque Suleiman bey Kefrim, que le sentenciaba con la vista. Vio levantarse el alfanje, vio que se movía, fue a gritar, más el terror le estranguló la garganta y luego cayó en la muerte, con el cuello cortado, rodando su cabeza por tierra, produciendo un ruido sordo, escalofriante.

Mohamed había ocultado la cara en la falda de su madre. Ella contemplaba admirativa al vencedor, que sudaba por todos los poros de su piel y semejava un titán sanguinario. Ford pudo tragar saliva al cabo de un rato, y los árabes de las filas comprobaron que el sacerdote también sabía usar las armas y castigar a los indisciplinados.

No hubo comentarios por parte de nadie. Zoraida no alabó ni censuró lo hecho. Era mujer y admiraba el valor. Trabajo le costó a Morton, al regresar a palacio, que el niño le cogiese la mano, como hacia un rato antes.

El resto del día lo pasó el jeque en su habitación, arrodillado durante muchas horas y haciendo plegarias, simulando pedir a Alá perdón por la muerte forzosa de Azim. Mohamed, el hijo de Zoraida, sentado en un cojín, le miraba con simpatía creciente, encontrando una dulzura especial en aquel hombre tan diferente a los demás por sus conocimientos y su piedad. Los criados comentaban la valentía y destreza del «*santón*», alabándole, pues odiaban a Azim.

Estaba Morton al día siguiente en el salón de Zoraida, llamado por ella con el pretexto de continuar su conversación acerca de los ambiciosos planes políticos del senusi, que concordaban con los addauitas. La realidad de la llamada era que la bella mora había estado pensando en el jeque durante la noche entera, admirada de su fortaleza, de su valor y de su sabiduría, que rebosaba apenas ella le interrogaba sobre cualquier cuestión del tipo que fuese. El cerebro de una mujer, puesto en el precipicio del mal, llega a imaginar y urdir propósitos y decisiones, que quedan muy lejos del carácter tajante y rectilíneo y, por tanto, franco, del hombre. En la mente de Zoraida habíase forjado un plan vasto, criminal y más que

ambicioso. A solas con sus pensamientos, ella reconoció que odiaba a Adda ben Tounes, el hombre que la amaba, pero que nunca llegó a seducirla por carecer de todas las cualidades menos las del servilismo a los franceses. Por el contrario, el jeque Suleiman bey Kefrim habló el día anterior de la sublevación total de los musulmanes; él tenía prestigio religioso suficiente para acaudillar el movimiento e inteligencia sobrante para dirigirlo por buenos derroteros. Si ella conseguía...

A esto se debía la llamada tan temprana. Morton no podía sospecharlo, más a las primeras palabras de la mujer, amables y entusiastas, le hicieron ver que algo había cambiado. El esperaba de ella una reprimenda o enfado por haberle desobedecido en lo que se refería a la muerte de Azim, acusándole de meterse en lo que no le importaba, y ahora se encontraba con una mujer que le miraba lánguidamente por entre las largas pestañas, peligrosamente seductora, como Eva maligna que deseaba arrastrar al pecado al jeque.

—¿No has tenido más ilusión en tu vida que la religión, jeque? —preguntó ella, incitante, con un doble sentido tan marcado, que las palabras en falta sobraban en realidad.

Morton sintió que un escalofrío le recorría la piel, pese a que el odio hacia Zoraida le roía el corazón. Ahora no le extrañaba la traición de Peter Ford. Conteniéndose, repuso:

—Sólo la religión y la salvación de mi pueblo. Me debo a Alá por entero y...

—¿Quieres ser más que el mismo Mahoma con ser el Profeta? —interrogó ella cínicamente, demostrando que, en el fondo, la religión mahometana le importaba un bledo. A la vez sonreía seductoramente; decían más sus ojos que sus labios.

Morton varió de conversación, buscando despejar una incógnita y alejarse del peligro:

—¿Quién es el padre de Mohamed?

Durante un momento, la mujer pareció haber recibido un hachazo, podador de su táctica obsequiosa; luego se repuso y contestó, en tono quedo, evocando parte de su vida:

—Fue en Orán, yo era muy joven y me enamoré de un francés. Viví con él varios años y me hizo ver que África no es todo el mundo, y que por ahí, las costumbres son muy diferentes, países

donde las mujeres tienen sus derechos, opinan y son verdaderamente felices, bien en el amor o en sus profesiones. Me llevó a París. Estuve allí dos meses; nunca lo olvidaré. El regreso a Orán fue la muerte de mis ilusiones y de mi vida, en realidad. Al poco tiempo me abandonaba; él había sentido mi inferioridad al contacto con otras mujeres europeas. Me dejó a Mohamed y por eso mi hijo es toda mi vida. Me basta con mirarle para recordar.

—Entonces. ¿Add ben Tounes?

—¡Es una bestia inmundita! No sabe tratar a una mujer, y si me mantengo a su lado es porque aquí manda él, y él me necesita. Yo le dirijo; él sólo figura ante los demás. Me descompone cuando intenta dárselas de inteligente y astuto conmigo. Si no fuese por quien le respalda, ya estaría enterrado. No le quiere nadie, ni los mismos suyos. Por eso, al oírte hablar, al conocer tu valentía y tu experiencia, pensé que tú y yo podíamos ser muy buenos amigos, amigos íntimos.

La declaración estaba hecha. Una ola creciente de asco enlodó el interior de Morton; pero, a la vez, era hombre y tuvo que entornar los párpados, apretar las mandíbulas y los puños, mientras en su cerebro colocaba en primer plano la imagen querida de su hijo, de su Leslie, muerto canallescamemente por orden de aquella mujer que en el presente se le ofrecía. La cólera le hizo decir:

—¿Es posible que...?

Ella se puso en pie, deteniéndose ante el jeque. Su hermoso cuerpo semejava estar agitado por el huracán, el viento fuerte de la pasión, de los sentimientos nobles e innobles, del odio y del amor dormidos.

—¡Claro que es posible! No digo que esté enamorada de ti, jeque. Me gustas, te admiro. Eres fuerte, valeroso, inteligente y... me gustas como hombre. Te extrañas de que una mujer te hable así. Pero cuando esa mujer ha sentido que un puñal le rasgaba la vida, cuando esa mujer, con más inteligencia que muchos hombres, se ha visto obligada a soportarlos y a reírles las gracias porque ellos mandaban, porque las leyes musulmanas así lo mandan injustamente; cuando esa mujer ha tenido que luchar por la existencia, con la sonrisa en los labios mientras el corazón le sangraba, creo que un hombre como tú debe saber dispensarla. Creo que tienes experiencia y sabes lo que es sufrir; te imaginarás lo que

es estar humillada por mi condición de mujer. Yo revolucionaré las costumbres en África y trataré de liberar a los pueblos de la tiranía de los príncipes y de los extranjeros. ¡Odio a los franceses y a todos! Estoy educando a mi hijo para que herede el fruto de mi tarea.

Cesó de hablar, más en sus pupilas quedaba el fulgor de la cólera, inundando a aquel ser orgulloso y ambicioso, capaz de todo con tal de conseguir sus fines. El drama de Zoraida era haber nacido en un país donde la mujer no tiene derechos algunos, quedando todos de propiedad del hombre.

No pudieron seguir hablando, porque escuchóse un murmullo de voces cada vez más fuerte, ruido de pisadas sobre los mármoles, y al momento, el árabe barbudo entraba, anunciando traer un prisionero.

Zoraida se repuso, volvió a adquirir su máscara habitual y sentóse en los cojines, adoptando una postura majestuosa. El falso jeque Suleiman bey Kefrim se situó detrás, en pie.

Dos criados nubios entraron con Edward

O'Brien

delante, el cual llevaba los brazos atados y aparecía desgreñado, con surcos sanguinolentos y resecos en el rostro y rotas las ropas, señal de la resistencia que había hecho a dejarse coger.

Posteriormente, penetró en el salón un árabe desconocido; después de una inclinación, haciendo el saludo mahometano, comunicó haber cogido al infiel en Mostaganem, preguntando por Adda ben Tounes e intentando averiguar el paradero de Zoraida. El árabe depositó, en una mesita con incrustaciones de nácar, los objetos quitados al prisionero. Morton vio la pistola, el billetero, el pasaporte británico y la pitillera de plata, estuche de la emisora receptora.

Zoraida se apoderó del pasaporte, desconcertándole, sin duda alguna, la profesión de su titular. Luego sonrió, adivinando la falsedad, e interrogó súbitamente:

—¿Cuánto te paga el *Intelligence Service* por tu espionaje?

O'Brien,

que había fingido no fijarse siquiera en el alto moro de enfrente, ni siquiera respondió. Clavaba la vista en la mujer.

—¡Contesta, perro! —insistió Zoraida.

Igual mutismo. Morton intuyó que ella iba a dar orden de

atormentarlo a fin de hacerle confesar, y, para evitarlo, se adelantó, cogiendo a su compañero de la camisa y zarandeándolo.

—¡Contesta o echaremos tu cadáver a los chacales! ¡Vamos!

Y sin dejarle responder, le sacudió un directo a la mandíbula, que tuvo mayor eficacia aparente al colocar el pie detrás de O'Brien.

Éste retrocedió al golpe, tropezó con el talón en el obstáculo y cayó al suelo, pareciendo que el puñetazo había sido mortal.

O'Brien

se enteró claramente de la posición de confianza conseguida por su jefe y también de lo que éste deseaba. Poniéndose en pie, dijo, humildemente, fingiendo:

—Soy viajante en maquinaria eléctrica y no sé por qué se me trata de esta forma. ¡Haré la reclamación a mi cónsul y alguno de ustedes lo pagará caro! A un inglés no se le hace esto.

Zoraida se echó a reír, coreándole a medio tono sus secuaces.

—A un inglés se le hace esto y mucho más. Ya verás. Viajante en maquinaria eléctrica, ¿eh? y preguntando por mí. ¿Para qué? Intentando venderme un ventilador, ¿no? ¿Quién te dio mi nombre? O'Brien

quiso contar una nueva mentira, en su afán de justificarse, pero ella no le dejó hacerlo, ordenando a sus esbirros que lo encerrasen, en espera de las correspondientes gestiones en Mostaganem.

Otra vez quedaron a solas la argelina y Morton. Ella volvió al tema interrumpido.

—Ya lo estás viendo, jeque. Éste es seguramente un agente del Servicio inglés, y Adda ben Tounes sin enterarse, marchándose al Cairo a una reunión pacifista. Es tan bestia que deja al enemigo meterse en casa. Gracias al cuerpo de hombres que tengo pendientes de todo extranjero. ¿Estás viendo cómo es necesaria una amistad entre tú y yo, jeque?

—¿Qué hace aquí ese norteamericano que me presentaste ayer?

Mientras acariciaba con su pequeña mano el pelaje de la pantera, Zoraida contestó, sonriente:

—¿Estás ya celoso? ¡Eso me gusta, Suleiman! ¡El norteamericano no es nada para mí! Se dejó engañar muy fácilmente, en Tánger; es el agregado militar al Consulado norteamericano. Logré atraparle, me enteré de sus planes respecto a los musulmanes que solicitaron

ayuda a Estados Unidos, y me lo traje con engaños. Lo tengo empleado en la instrucción de mis hombres; en cuanto termine, terminará él también.

—No tengo otro remedio que admirar tu hermosura y tu ingenio, Zoraida. Pero eres demasiado atrevida. ¿No comprendes que la desaparición de ese hombre produciría graves consecuencias? ¿Quién sabe si ese que acaba de ser traído no es uno de esos «yanquis»? ¡Todo pudiera ser! Escucha, Zoraida: conviene tener a este varios días encerrado, sin obligarle a hablar, porque ahora no diría más que mentiras. Después, pasada una semana de estar solo, se habría ablandado. La tortura no obtiene nada. En cuanto se atormenta a un hombre, está dispuesto a achacarse todas las culpas, con tal de que lo dejen en paz. Hablo por experiencia.

Ella meditó el razonamiento del jeque, estando muy lejos de sospechar los verdaderos móviles. Posiblemente por halagarle, accedió a su proposición.

La entrada de su hijo evitó una escena algo difícil de salvar para Morton.

Dos días pasó el falso jeque trabando amistad con los criados árabes que formaban la guarnición armada de la fortaleza. Charló con ellos, los animó en su fanatismo religioso, les predicó la guerra santa contra los infieles y consiguió, en consecuencia, andar por todo el palacio con la seguridad de no ser espiado. Pasó muchas horas en lo alto de las murallas, junto a los centinelas que oteaban el horizonte mediante el uso de los prismáticos, enterándose de sus turnos y relevos. También conoció las cuadras, donde cien caballos de sangre árabe aguardaban a ser montados. Hasta se permitió salir al exterior de la fortaleza, cabalgando, en un paseo corto, acompañado de Zoraida y de su hijo, que montaba como un centauro. La amistad entre Morton y el niño iba consolidándose, y a la madre le parecía bien aquella amistad, que beneficiaba sus ambiciosos planes particulares y políticos.

Había conversado también con Peter Ford, su compatriota renegado, y se convenció de que el militar era un fatuo, orgulloso y estúpido, sin sentido común; seguía creyendo que Zoraida le amaba, y sólo pensaba en ella, bastándole con una sonrisa o una caricia. Ford consideraba al jeque como un rival, y apenas si se dignaba hablarle; de buena gana, Morton le hubiese escupido a la cara su

desprecio y su lástima.

Salió la luna aquella noche, después de vencer el velo de nubes que oscurecía el cielo. La fortaleza estaba dormida y solamente vigilaban los centinelas en las almenas, envueltos en sus albornoces, dado el frío nocturno de la montaña.

Una sombra humana salió del palacio y atravesó la pequeña explanada hasta sumergirse entre la arboleda del jardín. Se trataba de Morton, decidido a visitar a su amigo

O'Brien,

encarcelado en una mazmorra de la fachada posterior del edificio. Mazmorra que estaba cerrada con una puerta maciza de madera y asegurada por un grueso cerrojo con candado, cuya llave la guardaba siempre el moro de confianza de Zoraida. No tenían puesto centinela, porque, aun cuando el prisionero hubiese destrozado la puerta, después de romper sus cadenas —si es que ambas hazañas las realizaba—, se encontraría preso de todas formas en el recinto amurallado y vigilado desde lo alto.

Morton se deslizaba por entre los macizos de plantas y flores, bordeando la explanada. Hacía una noche de maravillosa belleza: las hojas de los árboles aparecían plateadas, mientras el césped se dividía en manchas blancas o suavemente oscuras. Los mármoles del palacio estaban teñidos de un azul blanco, delicadísimo, y las aguas del estanque reflejaban la calma argentada de la noche.

Llegado a la fachada posterior del edificio, Morton oteó desde la sombra de un árbol, sin ver a nadie por allí; los centinelas de la muralla no podían verle. Se acercó, con la agilidad de una ardilla a la mazmorra, echándose al suelo, pegado a la fachada, a la altura de la estrecha ventana enrejada. Miró adentro: oscuridad absoluta.

—¡Edward, muchacho! ¡Edward! —llamó, colocando la cara entre los gruesos barrotes.

Al momento se escuchó la voz, muy débil, de O'Brien:

—¡Jefe! ¿Qué hay? ¿Cuándo me va a sacar de aquí?

—Calma, Edward. He estado planeando la huida y sólo me faltan unos detalles. Tal vez mañana por la noche salgamos de aquí.

—¿Se ha enterado de lo que sucedió a Peter Ford, jefe? ¿Nos vamos a llevar a Zoraida? Estoy deseando verme libre; esto acaba conmigo.

—Ford está aquí; no le ha ocurrido nada, pero está sentenciado. En cuanto a ella, he decidido...

Mientras Morton explicaba en voz baja sus planes al prisionero, no podía darse cuenta de que otra sombra le había seguido desde el palacio y se aproximaba, deslizándose, junto a la fachada, atraído por el suave murmullo de la conversación. Era Abbas, el moro barbudo. Avanzaba con una daga en la mano. Torció la esquina y se detuvo un instante, agachado, observando el bulto blanco tirado en el suelo, junto a la ventana de la mazmorra.

Paso a paso, Abbas fue aproximándose al hombre que le daba la espalda y no podía verle. Le faltaban dos yardas escasas para llegar con el puñal, cuando una piedrecilla rechinó sobre la arena al ser pisada.

Morton volvió la cabeza, a punto de ver caerle encima a un hombre con algo brillante en la mano; no tuvo tiempo de levantarse y solamente se hizo rodar a un lado, salvándose de ser apuñalado por el momento. Abbas, sin ponerse en pie, se arrojó encima del jeque, más éste le recibió con un puntapié al vientre, que le detuvo, atontándole un segundo. Veloz como un rayo, la mano diestra de Morton agarró la muñeca armada del árabe, y entonces comenzó una lucha feroz y titánica sobre la arena, lívida por la luna.

Ambos luchadores eran fuertes y conocían artimañas y tretas. Abbas resistía la dolorosa argolla de dedos que se ceñía a su muñeca, e intentaba con la otra mano hacer presa en el cuello del falsario. Forcejearon, rodaron uno sobre el otro, sintieron entremezclados sus alientos y un pisotón fuerte del moro obligó al jeque a quedar debajo. Fueron unos instantes de peligro mortal. Morton tenía encima a Abbas, el cual trataba de ir bajando el puñal, para clavarlo en el cuello del contrario. Éste empujaba hacia arriba, viendo que la punta acerada se acercaba más y más, mientras el antebrazo le temblaba. Luchador de primera clase, hubiese vencido desde el principio si la vestimenta árabe no le impidiese el juego de piernas; tuvo que recurrir a una treta infame. Rápido, antes de que Abbas pudiese evitarlo, le hundió los tres dedos centrales de su mano derecha en las cuencas de los ojos, apretándole furiosamente. El resultado fue instantáneo.

Un alarido terrorífico hendió la serenidad nocturna, y Abbas aflojó sus músculos, soltando el acero y retorciéndose por el suelo;

habíale saltado los ojos de las órbitas. Su dolor debía ser horrible. Sin piedad, porque se trataba de a vida o muerte, Morton empuñó el caído puñal y lo hundió dos veces en el cuello de Abbas, que merecía este castigo por su rosario de crímenes.

No se podía perder tiempo. Oyéronse voces de alarma en el interior del palacio; los centinelas de las murallas, asustados, comenzaron un tiroteo contra no sabían quién. Morton soltó el acero y corrió a lo largo de las caballerizas, rodeando el edificio por la parte opuesta. Al llegar a la esquina de la fachada principal se detuvo, asomando la cabeza con cautela.

Varios criados negros y unos árabes estaban en el umbral de la gran puerta, gritando a los centinelas que no disparasen contra ellos. Luego corrieron hacia la parte donde sonó el alarido, momento que aprovechó Morton para llegar a la puerta, y quedarse allí, observando, como si hubiese sido despertado también y trataba de enterarse de lo ocurrido.

Al momento estaba a su lado Zoraida, acompañada de dos moros, fusiles en mano.

—¿Qué ha pasado, Suleiman? —preguntó ella, subyugadora en su ligera vestimenta de noche.

—No sé, Zoraida. Estaba durmiendo, oí un grito y el tiroteo, y bajé a ver.

Un criado vino corriendo y notificó:

—Señora: Abbas está ahí, apuñalado.

Le siguieron todos y contemplaron el retorcido cadáver del moro. A Zoraida le bastó una mirada a la ventana de la mazmorra para imaginarse aproximadamente lo ocurrido. Se equivocó en lo más importante. Dirigiéndose a los hombres de los fusiles, les ordenó:

—Buscadme al americano y que no se os escape. ¡Pronto! En cuanto lo encontréis, lo metéis en el calabozo con el otro.

—¿Por qué eso, Zoraida? —preguntó Morton, fingiendo extrañeza.

—¿No adivinas lo ocurrido, Suleiman? Ford intentó salvar al inglés, que seguramente será norteamericano, de los que actuaron en Tánger, y Abbas lo sorprendió. Por eso tampoco ha aparecido ahora, a pesar del alboroto. Fingirá estar dormido.

No era ocasión adecuada, ni convenía tampoco a sus planes,

defender al traidor; de todas formas, no contaba con su ayuda para la huida. No obstante, se imponía la fuga inmediata. A lo más, un día.

Los dos árabes de los fúsiles no hallaron a Ford durmiendo, sino medio vistiéndose apresuradamente. Entre grandes y violentas protestas suyas, fue reducido y conducido a la mazmorra.

Pasó también Morton, alumbrándose con una antorcha. El lugar era tenebroso e intimidaba. Paredes desnudas de piedra, telarañas en todos sitios, olor a aire húmedo y corrompido, y gruesas cadenas de eslabones irrompibles con argollas en los extremos.

O'Brien

tenía las muñecas cogidas por un par de ellas, y no podía sentarse, porque la cadena no daba la longitud suficiente. La barba le oscurecía el rostro, tenía los ojos enrojecidos y las facciones desencajadas. Miró a su jefe como el náufrago en alta mar que ve cercana la tabla de salvación.

El agregado militar fue aherrojado, siendo la explicación un latigazo y una carcajada de Zoraida.



¡INTRIGA!

¡EMOCION!

¡AMOR!

Encontrará usted en la magnífica Colección

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

VI

EN LA MAZMORRA



OS sucesos del día siguiente fueron decisivos e inesperados. Los planes de Leslie Morton, el jefe del Estado Mayor del F. B. I., se derrumbaron.

En días anteriores, una vez lograda la total confianza de Zoraida, Morton había exigido se le diese una habitación de paredes desnudas, sin tapices que ocultasen puertas o ventanas secretas. Su solicitud la justificaba por lo ocurrido anteriormente con el curioso Azim y debido a su deseo de rezar a solas las oraciones de medianoche. En realidad, lo que buscaba era poder encerrarse y

despojarse de la barba y bigote postizos, que le irritaban infernalmente la piel.

Y en la mañana siguiente a la detención de Peter Ford, estando el del

F. B. I.,

en su cuarto, sin los postizos, llamaron a la puerta con los nudillos.

—¿Quién es? —preguntó en árabe, alarmándose.

A través de la madera se oyó la infantil voz de Mohamed, el hijo de Zoraida:

—Suleiman, vengo contigo. ¡Ábreme!

Nunca pudo justificarse Morton el error que cometió entonces, teniendo como atenuante el cariño y la simpatía que sentía hacia el chico, al que compadecía por tener que vivir en aquel ambiente emponzoñado.

El caso es que abrió la puerta, con el fin de dar entrada al niño, sin darse cuenta de que estaba sin caracterizarse. Tuvo la revelación inmediata de su error al ver a Mohamed quedarse inmóvil en el umbral, con ojos de sorpresa, extrañado, naturalmente, de hallar en la habitación del barbudo jeque a un hombre que no tenía nada de árabe, fuera de los pantalones. Morton alargó el brazo para hacerle pasar, y pensar después la solución, más no llegó a tiempo. El niño retrocedió, lanzando un grito de pavor, y salió corriendo.

La siguiente acción de Morton, encolerizado contra sí mismo, fue cerrar la puerta, atrancarla con los muebles y empuñar el revólver, del que nunca se separaba.

No tardaron en sobrevenir las consecuencias. Aporrearon la puerta y oyóse decir a Zoraida:

—Entrégate o morirás. Tengo a mis hombres armados y rodean la habitación. La ventana está vigilada; no cometas la locura de querer salvarte. Entrégate y hablaremos. Te doy una probabilidad de salvarte.

Morton meditó, decidiendo rendirse. En cuanto las balas del tambor se le terminasen, acabaría él también. Tal vez pudiese engañar nuevamente a la mora, con otros argumentos.

Abrió la puerta y cinco árabes entraron, fusiles en mano, y le rodearon. Zoraida no mostraba su característica sonrisa de burla con los vencidos. Estaba seria, pálida, posiblemente desconcertada ante la desilusión sufrida. Examinó al hombre cuya apariencia era

ahora de europeo. Quedó impresionada por la personalidad viril del jefe del Estado Mayor del

F. B. I.

A su lado, el niño le miraba, tembloroso, con una lucecita de pena en sus grandes y negros ojos. Iba haciéndose camino en su mente la idea de que por su culpa iba a perder a un buen amigo.

—¿Quién eres? —preguntó ella—. ¿A qué viniste?

—A saludarte, Zoraida. Me hablaron mucho de tu belleza y quise conocerla y, a ser posible, saborearla —contestó él burlonamente.

—No quieres hablar. Está bien. Acompañarás a los otros, a tus compañeros, seguramente, y luego veremos si todos habláis a coro o no. Tengo y conozco muchos métodos para hacer hablar. ¡Lleváoslo con los otros! —ordenó a sus secuaces.

La entrada de Morton en la mazmorra, en aquella forma, acabó con las ilusiones de

O'Brien,

que confiaba en su jefe. Quien se mostró muy extrañado fue Peter Ford, ahora encadenado, como enseguida lo estuvo Leslie Morton. Los árabes no los torturaron, sino que los dejaron solos, cerrando después la recia puerta. Sonó a lúgubre el chirrido del cerrojo en la oscura mazmorra. La escasa luz del ventanuco enrejado, a ras del suelo, sólo permitía distinguir borrosamente las caras.

Estuvieron en silencio más de dos horas, sin poder sentarse y sin recibir alimentos. Al fin,

O'Brien

preguntó:

—¿Qué ha sucedido, jefe? ¿Cómo es posible que...?

—Ya te contaré, muchacho. Serenidad, y pensemos en alguna forma de escaparnos. Temo que Adda ben Tounes regrese a Mostaganem y venga aquí. ¿Has visto alguna probabilidad de fuga?

—Ninguna, jefe. Cuando traen la comida, vienen dos, armados, y sólo abren una argolla, la de la mano derecha, para que se pueda comer la basura de la cazuela.

—Por ahí no hay nada que hacer. Y a usted, Ford, ¿se le ocurre algo?

El interpelado, sin reponerse de su sorpresa aún, contestó secamente, interrogando a su vez:

—¿Quiénes son ustedes?

Si Morton no hubiese estado encadenado, seguramente hubiera estrangulado al estúpido militar. Se contuvo, y su ira sólo se advertía en el tono grave, reconcentrado, de su voz poderosa:

—Somos las víctimas de tus errores, Peter Ford, agregado militar del Consulado norteamericano en Tánger, traidor a los Estados Unidos, apóstata de su religión, hombre sin hombría, cobarde, que permitió murieran varios inocentes. Esos somos nosotros: víctimas de tus pecados y de tus errores.

Jamás

O'Brien

había visto tan rabioso a su jefe. Ford tragó saliva y tiró de las cadenas, queriendo, en vano, arrancarlas para lanzarse sobre el hombre que le insultaba de tal forma.

—¿Qué está usted diciendo, maldito farsante? ¿Qué sabe usted de mí? ¿Quién es usted?

El joven agente del

F. B. I.,

respondió por su jefe:

—Está usted hablando con el jefe del Estado Mayor del

F. B. I.,

venido conmigo a Tánger a aclarar la desaparición de usted y a castigar al asesino de su hijo, otro agente del

F. B. I.,

que murió asesinado mientras dormía, en tanto que usted estaba aquí sano y contento. No sé por qué ha hecho usted todo eso; pero le juro que, si me veo libre, va usted a pasarlo mal, Ford.

—¡Calla, Edward, déjame a mí! —le aconsejó Morton, más aplacada su ira.

Hubo un lapso de tiempo en que no dijeron nada. El militar estaba rumiando las noticias escuchadas, y no osaba siquiera levantar la vista del suelo. Era evidente que se reconocía culpable. Inició Morton, con su voz magnética:

—Peter Ford, te acuso de traidor, apóstata y causante indirecto de la muerte de varios musulmanes y de un norteamericano, de mi hijo, aparte de la falta a tu deber. Estoy enterado de todo. Lo hiciste por una mujer; me lo contó ella misma, riéndose de ti, pensando matarte en cuanto terminases de adiestrar a sus hombres.

¿Cómo pudo entrar en tu cabeza por un solo momento que ella

podía quererte? ¿A tanto puede llegar la insensatez de un hombre que se precie de tal?

No hubo respuestas para las dos preguntas. Morton prosiguió:

—Tú, que vestías el uniforme cien veces glorioso del Ejército de los Estados Unidos; tú, que naciste en el libre país norteamericano, donde se respetan las haciendas y vidas ajenas, donde tendrás tu familia, la madre, que moriría de vergüenza si supiese el pecado del hijo, o, si está muerta, sufrirá en el cielo por tus faltas e implorará que Dios te perdone; tú, que mamaste la religión única y verdadera de Cristo, santificador y predicador de la paz, de la nobleza, del amor al prójimo; tú, Peter Ford, has olvidado todo esto por las caricias de una mujer ramera, ambiciosa, que siempre ha sido una ramera entregada al mejor postor. Distes el honor, la hombría, la patria y a Dios por la carne de una mujer corrompida. ¡Piensa en lo que has hecho y arrepiéntete! ¡Pronto vas a morir, moriremos todos, pero mi compañero y yo caeremos bajo las balas con la alegría de morir por una causa justa y noble! ¡Tú morirás como un perro!

Las terribles palabras de Morton rebotaban en las pétreas paredes de la mazmorra. Era la acusación del representante de la patria, que, por boca de él, acusaba a uno de sus hijos traidores. Peter Ford había escuchado en silencio al principio, y luego comenzó a sollozar, pugnando por contener las lágrimas. Le habían abierto los ojos cuando ya era tarde. Podía arrepentirse aún, y su llanto era buena prueba de ello.

No se cruzaron más palabras ni acusaciones, porque la puerta de la mazmorra se abrió y entraron diez árabes, armados todos. Quitaron las argollas a los prisioneros y a empujones los sacaron a la explanada del jardín. La deslumbradora luz del mediodía cegó los ojos habituados a la oscuridad. Con las manos ligadas fueron llevados al interior del palacio, a un salón grande, de paredes de mármol negro. Seis antorchas iluminaban el lugar, produciendo efectos dantescos con sus vacilantes llamas. Sobre un estrado, varios cojines.

Los árabes les ataron las muñecas a unas argollas que colgaban de la pared, obligándoles a tener los brazos levantados a ambos lados de la cabeza.

Al rato entró Zoraida, a pasos lentos, majestuosos, seguida de su hijo, que dirigió una mirada compasiva al falso jeque. Éste tuvo el

humor de sonreírle. Sentía piedad de aquel muchacho, cuya vida acabaría en la horca o bajo el filo de un alfanje.

Reclinada indolentemente en los almohadones, Zoraida preguntó:

—¿Estáis dispuestos a decirme la verdad? Yo estoy dispuesta a despellearos vivos si no lo hacéis. ¡Hablad uno de vosotros! ¿Quiénes sois?

No obtuvo respuesta. Los prisioneros se mantenían en silencio, mirándola fijamente. La enérgica faz de Morton no había variado.

O'Brien

se humedecía los labios a cada instante. Peter Ford clavaba sus ojos en la mujer con una expresión indescifrable.

—¡Azotad al de la derecha! —ordenó Zoraida a sus esbirros, señalando a

O'Brien.

Uno de los moros desenrolló un látigo de cuero con puntas metálicas y comenzó a descargarlo sobre el cuerpo del joven agente especial, que se retorció bajo el castigo de la cruel tralla. Rasgaba el aire con su silbido hasta hacer mella en la tela, que salió en jirones, dejando al descubierto los surcos sanguinolentos sobre el pecho.

Morton vio que el sacrificio sería inútil. Decidióse a hablar por salvar de la tortura a su fiel compañero; de todas formas, el revelar su misión ya no tenía importancia, puesto que las cartas estaban boca arriba y la jugada terminada, habiendo resultado ganadora la criminal argelina.

—¡Yo hablaré, Zoraida! Manda que dejen de golpear a mi compañero.

Así lo hizo la mora, con palpables señales de que se sentía prendida, muy a su pesar, de la figura de Morton. Éste preguntó:

—¿Qué deseas saber?

—¿Quiénes sois? —repitió ella, tercamente.

—Somos agentes del Federal Bureau of Investigation de los Estados Unidos de América, la organización encargada de eliminar a los enemigos del país.

—¿Por qué vinisteis aquí?

—Tú hiciste desaparecer a Peter Ford de Tánger. El cónsul pidió ayuda, y vino... un agente del

F. B. I.

Tú ordenaste que lo asesinasen. Volvió el cónsul a pedir ayuda, y vinimos nosotros dos. Tú nos matarás, si quieres. El cónsul volverá a pedir ayuda, y vendrán más y más, hasta que acaben contigo y con todos tus lacayos asesinos. Nosotros moriremos, pero tú morirás, y caerá también Adda ben Tounes y todos los addauitas. Cometiste la locura de enfrentarte a la organización más poderosa del mundo; serás vencida, tenlo por seguro. Profetizo que morirás y muy pronto. Aún estás a tiempo de salvarte y salvar a tu hijo.

—¿Cómo? —preguntó ella, irónicamente, incrédula.

—Poniéndonos en libertad y entregándote. Se te haría justicia, tomándose en cuenta que sólo te guiaban fines políticos.

—¿Crees que estoy loca para entregarme voluntariamente a la horca? Parte de lo que has dicho puede ser cierto, pero yo procuraré resolverlo. Hay muchas formas de justificar la desaparición de personas. Este asunto es demasiado grave, y tendré que consultarlo con Adda ben Tounes. Hasta que él venga, viviréis. Después... —Y paseó su mirada cruel por el rostro de los prisioneros—. ¡Lleváoslos! —ordenó a sus hombres.

Los árabes se dispusieron a desatar a los prisioneros de las argollas, realizándolo por parejas.

Y entonces, Peter Ford, el hombre que traicionó los más sagrados deberes, realizó una proeza desesperada. En cuanto tuvo los brazos libres, de un empujón titanesco, se desprendió de sus guardianes y corrió locamente hacia Zoraida, sin que nadie pudiese evitarlo de momento, y cayó sobre ella, echándole las manos al cuello. Se armó un barullo infernal, dedicándose los árabes presentes a salvar a su dueña de las manos del infiel. Este momento fue aprovechado por Morton, que también había sido desatado de la argolla —

O'Brien

aún no— y se lanzó a coger a Mohamed, el hijo de la mora. El niño le vio llegar, intentó huir, pero las grandes zancadas del agente especial le alcanzaron. La gran y nervuda mano inmovilizó al chiquillo, que parecía un juguete junto a Morton, y éste lo llevó en vilo hasta el lugar donde

O'Brien

permanecía atado.

El montón informe de cuerpos apelotonados en el estrado fue

aclarándose, apareciendo Zoraida frotándose el cuello, respirando afanosamente, y Peter Ford, cosido a puñaladas y desangrándose sobre un almohadón. Cuando un moro le dio un puntapié, rodó al suelo, ya sin vida.

Entonces se dieron cuenta todos de la presa hecha por el falso jeque. Zoraida fue a levantarse y correr hacia su hijo, más la voz tonante de Morton la detuvo:

—¡Quieta o lo estrangulo!

No hubiese sido capaz de hacerlo; necesitaba amenazarla, porque si no, los árabes lo acosarían, terminando por matarlo.

La argelina se retorció las manos nerviosamente y no dejaba de mirar a su hijo prisionero. Los moros, escoltando a su dueña, tampoco se atrevían a atacar; no les daría tiempo a evitar que el niño muriese a manos del infiel. Morton exigió:

—¡Soltad a mi compañero! ¡Ordénalo, Zoraida, o tendrás que sentirlo!

Ante el gesto feroz del norteamericano, ella cedió y mandó a uno de sus hombres que lo hiciese. Prudentemente, Morton se retiró unos pasos, sin soltar a Mohamed, que permanecía quieto, adivinando que su vida estaba pendiente de un hilo.

Poco después, Edward

O'Brien,

con el cuerpo ensangrentado, pero sin sentirse desfallecido, estaba libre. El mismo quitó al árabe su alfanje, por sorpresa, indicándole se alejase. A continuación, se replegó hasta la proximidad de su jefe.

La situación era extremadamente peligrosa. De momento, los bandos estaban equilibrados: uno disponía de más hombres y armados; el otro poseía un precioso rehén, lo único que podía contener a la criminal mujer. Por fortuna, aquel salón de castigo no tenía ventanas y ningún tirador oculto podría hacer fuego impunemente contra los infieles.

Pasaron unos momentos angustiosos. El silencio se hacía pesado, pareciendo asfixiar, como si fuese solidificándose. Al fin lo rompió Morton:

—Zoraida, estás perdida. Aún puedes salvar la vida de tu hijo. ¡Ven! Acércate a nosotros o...

Cual una médium hipnotizada, así avanzó obedientemente la

mujer. No le quedaba otro remedio, si deseaba salvar a Mohamed. El juego había cambiado.

—Encárgate de ella, Edward, y máatala si sus hombres se atreven a cortarnos el paso —ordenó en voz alta el jefe del Estado Mayor del

F. B. I.,

en cuanto la argelina estuvo al alcance de O'Brien.

Paso a paso, con la espalda pegada a la pared y observando a los árabes, que no sabían qué hacer, se dirigieron hacia la puerta de salida, llevando por delante, agarrados, a los valiosos rehenes, que serían excelentes salvoconductos para salir de la fortaleza.

Encontrarse fuera del salón y echar Morton el cerrojo todo fue uno, antes que los del interior se atreviesen a seguirlos. Tendrían que tirar abajo la robusta puerta, y tardarían bastante tiempo.

Aprovechar el tiempo era el problema de Morton. Quedaba salir del palacio y franquear el gran portalón de la muralla, vigilada con ametralladoras por los centinelas.

—¡Sígueme! —ordenó Morton al joven.

Los cuatro entraron en las habitaciones de Zoraida. Allí encontraron sus objetos y sus armas, a más de otro alfanje y varios fusiles ametralladores. Una doncella negra que apareció imprudentemente recibió un golpe en la nuca, cayendo sin sentido al suelo.

Con los cordones de las cortinas fueron ligados los brazos de Zoraida y su hijo, quedándoles libres solamente las piernas. Un cabo de cada cordón fue atado a las respectivas cinturas de los agentes especiales, a fin de tener las manos libres y saber que sus prisioneros no se escaparían.

Morton dirigió el grupo hacia la puerta de salida del palacio. No quería hacer fuego y así no alarmar a los centinelas del exterior, pero un criado nubio que los sorprendió en la huida osó arrojarle a O'Brien

su puñal. Éste empujó a Zoraida, a fin de salvarle la vida, cayendo los dos al suelo. El criado negro cayó también, con el cráneo atravesado por una bala del revólver de Morton, quien empuñaba con la otra mano un fusil ametrallador.

Salvado este obstáculo, salieron al jardín, y a buen paso

rodearon el edificio. Aparentemente, el personal del exterior no estaba aún enterado de lo sucedido en el palacio. Todo era calma; Posiblemente, el disparo hecho contra el nubio habría sonado muy poco, o es que estaban muy acostumbrados a sentirlos y ya no les chocaba, atribuyéndolos a cualquier deseo o capricho de la dueña.

El mozo de cuadras, cuyo nombre era Mehmed, el mismo joven moro de cara de hurón que ayudó tiempo antes a Abbas a matar al ropavejero de Tánger, no les vio llegar, entretenido en limpiar a uno de los muchos caballos. No se había repuesto de su sorpresa cuando el tajo de un alfanje le seccionó la yugular.

Dos caballos fueron enjaezados, y con ellos salieron, llevando encima a Zoraida y a su hijo, respectivamente, mientras que los agentes iban a pie, sujetando las riendas con la izquierda y preparado el fusil ametrallador en la derecha. La cuerda que los unía a los agentes evitaría un posible intento de salvación por parte de la mora. Recorrieron el largo paseo del jardín, y varios moros y criados desaparecieron como por ensalmo al ver en tal guisa a su dueña y armados a los infieles.

La llegada al portalón de la muralla, vigilado por el cuerpo de guardia de la guarnición, era el momento más difícil. Los de la guardia se hallaban jugando, con las armas en el armero, junto a un rincón.

Morton apareció en la puerta con el fusil ametrallador empuñado, intimidándolos. Todos se quedaron quietos, menos uno de los sentados al fondo, medio oculto por otro, que hizo ademán de coger un arma.

El fusil ametrallador entonó su canción de muerte, segando con sus ráfagas a los siete addauitas de la guardia. Se levantaban, se retorcían con las manos engarfiadas, y luego caían con el cuerpo acribillado a balazos. Fue una matanza infernal, pero si los del F. B. I.,

querían la libertad, tenía que ser a costa de las vidas de aquellos malditos asesinos del tarbuch rojo con el turbante blanco.

—¡Apéalos y mételos aquí, Edward! ¡Vigílalos! ¡También los caballos! —ordenó Leslie Morton secamente, mientras se apoderaba del fusil ametrallador de su compañero y salía a la puerta de la sala. O'Brien

se apresuró a obedecer, vigilando constantemente a Zoraida, de

quien temía un ataque desesperado, y más allí, donde las armas estaban muy cercanas, en el armero.

Como Morton había supuesto, el anterior tiroteo de su fusil atrajo la atención de los centinelas de aquella parte de la muralla, intrigados a más no poder, puesto que no divisaban a nadie en el valle, ni amigo ni enemigo.

Les sacó de dudas el chaparrón de balas que cayó sobre uno de ellos. Vieron a Morton y corrieron a manejar las mortíferas ametralladoras «*Wickers*», emplazadas sobre los trípodes en las almenas, sin saber que podían matar a su dueña a la que no veían.

Allí quedó demostrada una vez más la pericia de los hombres del F. B. I.

Morton había agotado el cargador del segundo fusil ametrallador y tenía ya empuñado un fusil corriente, de los de la guardia. Se lo echó a la cara y acabó con el segundo de los centinelas de la muralla de un certero balazo en el pecho. El tercero llegó a hacer fuego con la «*Wickers*», y sus gruesos proyectiles perforaron las paredes de yeso encalado como si hubiesen sido de papel. El tiro era demasiado alto, y cuando quiso corregirlo, una bala del fusil de Morton se le metió entre ceja y ceja. Cayó de bruces sobre la magnífica ametralladora.

Los tres restantes centinelas estarían a punto de correrse hacia la parte del portalón, pero sería inútil, pues sus ametralladoras estaban fijas por los trípodes al muro y no era tiempo de desmontarlas.

Osadamente, Morton desatrancó la puerta, echando a un lado el grueso madero, y abrió una sola de las hojas.

—¡Pronto, afuera! ¡Venga, Edward, tráetelos!

De la pequeña edificación salieron las tres personas y los dos caballos.

El valle se ofreció a su vista, y también el camino que ascendía por la ladera hacia la costa mediterránea.

Morton llevaba delante a Zoraida, y

O'Brien,

al niño, ambos prisioneros silenciosos. La madre, con los labios contraídos por la ira y el miedo; nunca podía sospechar ella: que se pudiese salir así de la fortaleza. El hijo, con los ojos llenos de lágrimas, sufriendo su alma infantil por el cambio de aquel hombre

que antes aparentaba ser tan bueno.

Cabalgaron bajo el sol de la tarde, suavizado el calor a causa del fresco viento de las alturas.



EDITORIAL ROLLAN prepara una Colección
maravillosa para las **MUJERES ESPAÑOLAS**

VII

EL REGRESO A TANGER



EJARON atrás la última estribación de los Atlas y cabalgaron por el llano, en dirección al mar, todavía no visible. Les quedaba mucho camino a recorrer. Aun cuando el niño tenía hambre, Morton no quiso pasar por el mesón. Temía encontrarse con algún addauita que conociese a Zoraida y pusiese a todos los de la secta en su persecución.

Apartándose de la carretera, guió su caballo por estrechas sendas y vericuetos, calmando la sed en los arroyuelos y dejando sin saciar el hambre.

Al amanecer del día siguiente llegaron a las proximidades de un

caserío pesquero; los caballos, los únicos que habían comido, acusaban también el cansancio.

Morton pidió a

O'Brien

todo el dinero que llevase encima y, tras encargarle vigilase a los rehenes, escondiéndose con ellos en un bosquecillo, él se dirigió al caserío. Al frente, el mar, recibiendo la luz del sol nascente. La líquida superficie semejaba un manto de terciopelo púrpura surcado de franjas esmeraldas y moradas.

Su regreso no fue tardío, anunciando que había comprado una barca. Sólo le bastó hacerle una advertencia a Zoraida:

—No se te ocurra llamar la atención o resistirte a subir. Tu hijo sería el primero en caer.

Habiéndoles quitado las cuerdas a los prisioneros, abandonaron los caballos y se alejaron del bosquecillo, en dirección al pequeño puerto. Unas lanchas viejas, redes puestas a secar y otras a remendar por unas mujerucas moras, y algún que otro marinero de avanzada edad.

El vendedor de la barca les esperaba junto a ella. Se trataba de una pequeña embarcación con velas latinas y un timón. Al verla, O'Brien

miró interrogativamente a su jefe. Éste notificó, sonriendo, más sin perder de vista a Zoraida:

—Es segura; no te preocupes. Llegaremos con bien.

Montaron en la embarcación y despegaron de la costa, despidiéndose del árabe, que ignoraba la tragedia de una mujer de su raza.

Soplaba la brisa fuertemente, hinchando la vela e impulsando la barca a una marcha bastante aceptable. Los cuatro eran prisioneros del mar y, no obstante, los agentes especiales aspiraban el aire yodado con verdadero placer. Habían llegado a odiar las resacas tierras argelinas. Zoraida, sentada en un escalón de madera, contemplaba el agua, ensimismada. Su hijo, sentado junto a ella y con la cabeza apoyada en su regazo, se recreaba infantilmente en aquel paisaje, nuevo para él, pues en Orán, cuando era pequeño, no le dejaban salir de su casa. Él no se daba cuenta de lo que aquella excursión significaba para su madre.

Llegó la noche, sin haberse cruzado más que con un vapor, muy

a lo lejos. Se mantenía el rumbo al Estrecho de Gibraltar. Morton no se separaba del timón e indicaba a su compañero las maniobras pertinentes con la vela. Era una tumba flotante, dado el mutismo de sus pasajeros.

Se disponían a dormir, excepto Morton, cuando el mar fue embraveciéndose y la barca daba bandazos y se hundía, volviendo a subir de nuevo. Morton se multiplicaba intentando que la vela no recibiese una ráfaga plena y se inclinase la embarcación peligrosamente.

Pasaron las horas y casi llegó la alborada. Había amainado el temporal. El jefe del Estado Mayor del

F. B. I.,

se notaba cansado, después de la dura brega, y mandó a

O'Brien

se hiciese cargo del timón, marcándole el rumbo por las estrellas. Luego se echó en el fondo de la embarcación, muy próximo a Zoraida y a su hijo, quedándose dormido enseguida.

No habría transcurrido un cuarto de hora, cuando la mora levantó la cabeza sigilosamente, espionando a Morton, que dormía profundamente, y a

O'Brien

que, sentado a popa, llevaba la caña del timón. La frágil nave surcaba las oscuras aguas suavemente, no oyéndose más ruidos que el rugir del mar, el golpeteo del agua en los costados y los trallazos aislados de la vela.

Paulatinamente, la mora fue irguiéndose hasta quedar de rodillas, y avanzó, poco a poco, en dirección al descuido

O'Brien,

que dormitaba, muy a su pesar.

Tuvo tal vez el presentimiento de un peligro y abrió los ojos cuando Zoraida le iba a arrebatar el revólver cogido al cinturón. En vez de gritar, como hombre que era creyó fácil reducir a la mujer. Ella se defendía rabiosamente, sin hablar, atacando con uñas y dientes. El agente soltó el timón, a fin de poner término a la desigual lucha. Observó al momento que la embarcación derivaba. Dando un empujón a la mujer, se hizo otra vez con la caña. Un grito sonó a su espalda. Volvió la cabeza a tiempo de ver que Zoraida, perdiendo el equilibrio en la borda y cayendo al agua, desaparecía

en su profundidad.

Morton y el chiquillo se despertaron, sobresaltados por el grito.

O'Brien

le contó en pocas palabras lo ocurrido; intentaron salvar a la mujer, pero en la oscuridad era imposible. Viraron, llamaron, buscaron; todo inútil. Así murió Zoraida, la mujer capaz de llegar al crimen por conseguir sus ambiciones.

Mohamed lloraba afligidamente la pérdida de su madre. Morton lo atrajo hacia sí, intentando consolarlo.

O'Brien

se maldecía a sí mismo.

Estaba el sol en el cenit cuando los dos hombres conversaron por primera vez después de lo sucedido. Veían al niño dormido sobre las tablas del fondo, olvidado, en su sueño, de la vida que el Destino le deparaba.

—¿Qué vamos a hacer ahora con él, jefe?

—Me lo llevo a Estados Unidos, Edward —manifestó Morton, gravemente.

—¡Jefe...!

—Me da pena del chico. ¿Qué sería de él en estas tierras? Su madre me quitó a mi hijo, yo me quedaré con el suyo e imaginaré que Leslie no murió, sino que ha vuelto a la infancia. Los hombres como nosotros también necesitamos un cariño a nuestro alrededor, Edward. Tú siempre has estado solo y no sabes...

—Creo que voy a dejar de estarlo, jefe —dijo el pecoso agente especial, sonriendo—. O valgo muy poco, o dentro de un mes estoy casado con una chica rubia que me espera en Tánger, en la calle de América.

Morton sonrió también recordando la cómica escena de

O'Brien

abrazando desvergonzadamente a la hija del cónsul, delante de sus padres, mientras un addauita descansaba en el suelo con un balazo en la cabeza.

La barca prosiguió su navegación hacia Tánger...



**¿Cómo mueren los
Agentes Especiales del F. B. I.?**

¡TRAIDOR!

En esta novela se revela cómo luchan los Agentes Especiales del F. B. I., y cómo mueren en el cumplimiento de su deber.

O. C. TAVIN

el autor de LA REDADA —obra que marcó un hito en la literatura actual— nos presenta con su mano maestra una asociación de espionaje dirigida por un cerebro astuto que pone en grave peligro la existencia del F. B. I., al morir sus mejores agentes...

No se encuentra dato alguno para descubrir a los espías, que se infiltran en el FEDERAL BUREAU OF INVESTIGATION y trabajan en la sombra pérfida de la traición.

LEA EL PROXIMO TITULO

¡TRAIDOR!

Y CONOCERA EL EJEMPLAR ESPÍRITU DE
LUCHA QUE ANIMA A LOS AGENTES DEL
F. B. I.

NOTAS

[1] Infiel. (N. del E.). < <

[2] Loco. (N. del E.). < <

[3] ¡No importa! ¡Por Dios! < <

[4] Creyente. (N. del E.). < <

[5] Musulmán que ha hecho la peregrinación a la Meca, capital espiritual del islamismo. (N. del E.). < <

[6] Léase las interesantes enseñanzas que reciben los agentes especiales del

F. B. I.,

en la excelente novela de Alf Manz, titulada «¡Culpable!», número 1 de esta Colección. < <

[7]

O'Brien

hace en inglés un juego de palabras. Traveller significa viajero. Commercial traveller, viajante. (N. del E.). < <

[8] ¡Agua! ¡Agua! < <

[9] ¡La paz sea contigo! < <

[10] ¡Y contigo la paz! < <

[11] Sacerdote. (N. del E.). < <

[12] En nombre del Dios compasivo y misericordioso. (N. del E.).

< <

[13] Gloria a Alá, Dios de los mundos. (N. del E.). < <